

1ª, 2ª, 3ª Juan (2ª parte)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 26, N.º 4

**1ª, 2ª, 3ª JUAN
(2ª PARTE)**

**Autor:
J. W. Roberts**

La Primera Carta de Juan:

La fe cristiana
y el amor
(4.1—5.12) 3

Conclusión y resumen
(5.13–21) 19

La Segunda Carta
de Juan
(1–13) 25

La Tercera Carta
de Juan
(1–15) 34

El presente material es extraído
de Living Word Commentary
1ª, 2ª, 3ª Juan,
propiedad de ACU Press
y usado con permiso.

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.

«Y este es el amor,
que andemos según
sus mandamientos.
Este es el mandamiento:
que andéis en amor,
como vosotros habéis
oído desde el principio»
(2ª Juan 6).

¿Es usted una ayuda o un estorbo?

(3ª Juan)

Existen dos tipos de cristianos: los que ayudan a la iglesia y los que la obstaculizan. Encontramos ejemplos de ambos tipos en 3ª Juan.

Tercera Juan es diferente de algunas de las otras epístolas, como Romanos, Efesios y Hebreos, que podrían considerarse tratados teológicos escritos en forma de cartas. Las palabras «Jesús» y «Cristo» ni siquiera se encuentran en esta pequeña carta, sin embargo, «el nombre» obviamente se refiere al nombre de Jesús nuestro Señor. «Jesús» es el único nombre por el cual podemos ser salvos, el nombre que está sobre todo nombre, y el nombre ante el cual toda rodilla finalmente se doblará (Hch 4.12; Fil 2.9, 10).

La Tercera Carta de Juan es muy personal, del corazón de un hombre al corazón de otro. Además, al igual que las cartas personales, proporciona una visión especial de la mente y vida tanto del autor como del destinatario. También ofrece una visión íntima de varios otros actores en el drama de la vida de la iglesia hacia fines del siglo primero. Descubramos lo que podemos aprender de las personas que Juan nombró.

Cristianos que ayudan en la obra de la iglesia. La Tercera Epístola de Juan habla de varios tipos de cristianos que ayudaban en el cumplimiento de la obra del Señor.

«Líderes amorosos». El autor de la carta se identificó a sí mismo como «el anciano»: «El anciano a Gayo, el amado» (vs. 1). Hay buenas razones para creer que era, de hecho, el apóstol Juan. El primer cristiano mencionado en esta epístola, entonces, es el apóstol Juan, quien escribió la carta a un hermano en Cristo. Cuando consideramos el carácter de Juan, se llega a la conclusión de que el cumplimiento de

la obra de la iglesia requiere líderes amorosos.

¿Qué conexión tenía con la obra? La respuesta a esa pregunta requiere que sepamos cuál era la obra. A Juan le preocupaban los evangelistas viajeros o misioneros. Para que pudieran cumplir con sus tareas, tenían que ser recibidos y apoyados por individuos e iglesias. En la situación descrita en 3ª Juan, Gayo había estado recibiendo y ayudando a tales hombres; sin embargo, Diótrefes los había rechazado. ¿Cuál era el papel de Juan para corregir esta situación? Era un líder; dirigió instando, apreciando, enseñando y motivando, y prometiendo disciplina correctiva (vs. 10). Como líder, tenía la responsabilidad de asegurarse de que la obra se realizara.

¿Cómo lograba cumplir con su responsabilidad? Lo que se destaca de su liderazgo en el texto de 3ª Juan es el amor: 1) Juan amaba a Gayo (vs. 1). 2) Su amor lo llevaba a desear lo mejor para Gayo, es decir, que Gayo prosperara en todos los sentidos, así como prosperaba su alma (vs. 2). 3) Su amor hacía que se concentrara en el bienestar espiritual de los demás. Nada le agradaba más que saber que aquellos por quienes se sentía responsable «[andaban] en la verdad» (vs. 3; vea el vs. 4). 4) Sin embargo, su amor no lo llevó a excusar el pecado de Diótrefes. Habló abiertamente del pecado de Diótrefes y dijo que se ocuparía de él cuando viniera (vss. 9, 10). Se tomaba en serio su liderazgo y autoridad, no por su propio bien, sino por el de la iglesia.

Aun así, para que la obra de la iglesia hoy se lleve a cabo, esto es, si lo que se desea es salvar almas y edificar la iglesia, la iglesia tiene que tener líderes amorosos. Tales hombres tomarán en serio
(Continúa en la página 50)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2022 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

La Primera Carta de Juan: La fe cristiana y el amor

La tercera división principal tiene como fin desarrollar aún más los temas principales de las secciones anteriores, especialmente los temas de la fe en Jesús como el Cristo y el amor a los hermanos. Estos dos deberes se encuentran en el resumen de Juan al final de la sección anterior (3.23), y ahora forman las ideas principales de la siguiente división a medida que se desarrollan más en paralelo y en fuerte contraste con las afirmaciones, actitudes y enseñanzas de los falsos maestros que están perturbando a los lectores de Juan.

El tema del amor se analiza por tercera vez en la epístola (cf. 2.7ss.; 3.11ss.). Sin embargo, ahora es tratado con mayor profundidad que antes, ya que Juan muestra que es de la naturaleza misma de Dios y que nuestro amor por nuestros hermanos es propiamente una respuesta al amor de Dios por nosotros en Cristo (4.7–21; 5.1–3). El tema de la fe en Jesús como el Cristo estaba implícito en la primera sección por la insistencia de Juan en que la sangre de Jesús y su sacrificio expiatorio hacen posible la comunión (1.7–10; 2.1, 2). Luego, el tema fue subrayado por la exposición de Juan de los anticristos como aquellos que niegan la fe básica en Jesucristo (2.18–25). En esta presente sección el tema se hace notar en la mención de la fórmula de la confesión por la que los falsos maestros han de ser probados (4.1ss.); se demuestra que es básico para el amor, porque aquellos que no creen en Jesús como el Hijo a quien Dios envió no «creen en el amor de Dios» manifestado en ese acto (4.14–16). Y finalmente es presentado y desarrollado hasta su punto más alto como el poder que vence al mundo y como la base de la comunión con Dios (5.1, 4–12).

En esta sección final del cuerpo de su carta, el estilo de Juan vuelve a recapitular sus ideas y temas. Reitera sus conceptos principales como la comunión con Dios (4.12, 15, 16), la vida eterna

(5.11ss.), el don del Espíritu (4.13; 5.10), ser «de Dios» (4.1ss.), y ser «nacidos de Dios» (4.7; 5.1, 4). Este estilo desafía cualquier intento por sistematizar el pensamiento. Sin embargo, Juan no está escribiendo sin propósito. Sus ideas se destacan claramente, y quizás sean más impresionantes por la forma en que se entrelazan repetidamente a lo largo de la epístola.

Divisiones de la tercera parte

- I. IDENTIFICACIÓN DE LOS FALSOS MAESTROS MEDIANTE LA APROPIADA CONFESIÓN DE LA FE EN CRISTO Y LA SEPARACIÓN DEL MUNDO, 4.1–6
 - A. Es necesario poner a prueba a las personas que afirman tener un don profético debido a los falsos profetas, y el medio para lograrlo es la confesión de Jesús como el Cristo encarnado, 4.1–3.
 - B. Los cristianos y los falsos profetas se distinguen claramente entre sí por su relación con el mundo, 4.4–6.
- II. EL AMOR COMO UNA CARACTERÍSTICA DE LA NATURALEZA DE DIOS Y COMO IDENTIFICACIÓN SEGURA DE AQUELLOS ENGENDRADOS POR ÉL, 4.7–5.4
 - A. El amor es de Dios, quien nos engendró como hijos suyos, 4.7–10.
 - B. El amor por nuestros hermanos es la respuesta natural al amor de Dios y es esencial para tener comunión con Él, 4.11–16 (Aquellos que no creen en Jesús no aman porque no comprenden ni creen en el amor de Dios, 4.14–16a)
 - C. El amor perfecto echa fuera el temor, 4.17, 18
 - D. El amor a los hermanos es la verdadera demostración del amor de Dios, 4.19–5.2

E. Cumplir el mandamiento de Dios de amar no es difícil, 5.3, 4

III. CREER QUE JESÚS ES EL CRISTO ES LA VICTORIA SOBRE EL MUNDO, 5.5–12

A. Los que creen que Jesús es el Cristo, que vino tanto mediante bautismo como mediante muerte, vencieron al mundo, 5.5, 6

B. Tal fe es establecida por tres testigos, 5.7, 8

C. Dios ha dado su propio testimonio de este hecho de fe, y solo aquellos que creen en este testimonio tienen comunión con él, 5.9–12

IDENTIFICACION DE LOS FALSOS MAESTROS, 4.1–6

En esta nueva sección de la epístola, Juan vuelve al tema analizado en 2.18–27, a saber, la relación de los cristianos con los falsos maestros. Exige que la confesión de Jesús como el Cristo tiene que ser el estándar por el que han de ser probados. Las diferentes relaciones que los verdaderos creyentes y los falsos maestros mantienen con el mundo los identifican aún más.

La prueba de los dones proféticos, 4.1–3

¹Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. ²En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; ³y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.

[1] En el último versículo del capítulo anterior, Juan introdujo el tema de la influencia del Espíritu cuando mostró que la realidad de la presencia divina en los creyentes es el «Espíritu Santo que nos ha dado». De esto, Juan pasa ahora al análisis del espíritu de error (vs. 6), que influyó en los falsos maestros o profetas que negaban que Jesucristo había venido en la carne. Juan dice: **Amados, no creáis a todo espíritu.** Dado que el Espíritu Santo llena e inspira a las personas en la iglesia y revela de esta manera su presencia, aquellos a quienes inspira pueden ser llamados **espíritus** (2^a Ts 2.2). Entre los dones especiales que estaban involucrados en la influencia del Espíritu estaba el de

profecía (vea 1^a Co 12.8ss.). El hecho de que Juan está pensando en aquellos que ejercen el don de profecía se desprende de la siguiente declaración: **porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.**

El lugar del profeta en la iglesia primitiva era importante. En 1^a Corintios 14.1–5, Pablo le da al profeta una importancia mucho mayor que el que habla en lenguas, porque el discurso profético es racional e inteligible y «edifica», mientras que el otro don podría no hacerlo. El don de profecía jugó un papel importante en la propagación del evangelio en la iglesia primitiva (1^a Co 14.24ss.; Hch 11.27; 13.1; 21.9, 10; Ap 10.7; 16.6; 22.9).

Sin embargo, este don estuvo sujeto a un uso indebido. Incluso en Corinto, Pablo advirtió contra el abuso, diciendo que nadie que hablara por el Espíritu de Dios podía maldecir a Jesús (1^a Co 12.3). Declaró que el espíritu del profeta estaba sujeto a su propia voluntad, que los profetas tenían que abstenerse de interrumpir cuando otros estuvieran hablando, y que esos discursos habían de limitarse a dos o tres en una sesión (1^a Co 14.29–32). Puede que tal abuso como el implícito en estos versículos haya causado que la profecía fuera despreciada por algunos, algo contra lo cual advirtió Pablo (1^a Ts 5.19ss.). En el siglo segundo, los predicadores o maestros viajeros, todavía llamados profetas, estaban causando problemas, según la *Didache* (11.7ss.).

Las referencias en 1^a Juan 4.1 podrían entenderse, contra estas referencias generales en el Nuevo Testamento, al acto de probar a los profetas, sin embargo, la situación específica se aclara mucho más. Los falsos maestros, los anticristos de 2.18, y quizás sus emisarios, intentaban ganarse la admisión a las asambleas para engañar (2.26). Sin embargo, negaban la encarnación de Jesús, y el evangelio que predicaban no era el que los creyentes habían recibido desde el principio.

El consejo de Juan en vista de esta dificultad de discernir un espíritu verdadero es **probad los espíritus si son de Dios.** En el siguiente versículo, da los medios o estándares por los que tales espíritus han de ser probados. Dado que el espíritu no contradecía en profetas posteriores la revelación ya dada «desde el principio» (2.24) por los apóstoles, esta enseñanza o revelación había de ser la norma. De modo que aquellos que afirman ejercer tales dones deben ser probados comparando sus enseñanzas con la palabra de Dios.

[2] El criterio final de Juan para «probar los espíritus» es la verdad ya conocida y recibida desde

el principio (2.24). Ese mensaje podría resumirse en la confesión de fe tan antigua con cada persona como la confesión que hizo en su bautismo. Se refería al hecho de que Jesús (la persona viviente conocida en la historia como Jesús de Nazaret) «es el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (cf. Mt 16.18; Hch 8.37, lectura variada). Dado que esta revelación era un hecho bien atestiguado de la doctrina apostólica, constituía una prueba segura de la lealtad del profeta. Por tanto, **En esto conocec el Espíritu de Dios**; es decir, usted tiene una regla por la cual determinar si un profeta está hablando por el Espíritu Santo: **Todo espíritu [profeta] que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios**. Para la confesión inspiradora del Espíritu, vea 1ª Corintios 12.3.

La dificultad en los días de Juan tenía que ver con la encarnación (hacerse carne) de Dios en Jesucristo. El término **confiesa** (*homologein*) en este contexto quiere decir una declaración pública o reconocimiento de un hecho. Las construcciones griegas con este verbo varían, y tales variaciones han dado lugar a análisis sobre cómo debería traducirse el lenguaje aquí. El verbo suele ir seguido del objeto que da la sustancia de lo confesado. A veces, este objeto es introducido por la partícula «que» (*hoti*) comenzando una cláusula sustantiva (1ª Jn 4.15). En otras ocasiones, la confesión podría expresarse mediante un infinitivo (Tit 1.16) o un participio suplementario que sigue al nombre de la persona confesada (2ª Jn 7 y nuestro pasaje actual). En otros casos, la persona confesada y lo confesado acerca de él se expresan ambos mediante un caso acusativo (doble acusativo, Ro 10.9; Jn 9.22). En el pasaje que nos ocupa, el idioma original tiene un acusativo doble, y el segundo acusativo tiene un participio modificador: (literalmente) confiesa «Jesucristo en la carne que ha venido». Esto podría dar como resultado «confiesa que Jesucristo ha venido en carne» o «confiesa que Jesús es el Cristo que ha venido en carne». Hay evidencia que indica que los docetistas no negaban que Cristo era un espíritu divino. Más bien, negaban que el Cristo-Espíritu fuera identificado de manera real con el Jesús humano o carnal. En vista de esta declaración específica de que Jesús no era realmente Dios encarnado, sino solo una persona que había sido adoptada por el Espíritu de Cristo, muchos comentaristas piensan que esta última traducción, «Jesús es el Cristo venido en la carne», es más probablemente lo que quiere decir Juan.

Sea como sea, la prueba de Juan combina los tres

elementos en la confesión de la persona y obra de Cristo: 1) que el **Jesús** humano estaba involucrado, 2) que había de ser confesado como **Cristo**, y 3) que ese Espíritu estaba completamente encarnado **en carne**. En 4.15 y 5.5 la confesión es que Jesús (no el Cristo) «es el Hijo de Dios». También en 4.3 el punto en cuestión es que «Jesús» ha de ser confesado, y en 5.1 es «Jesús es el Cristo». La enseñanza negada por los docetistas era la conexión de Jesús con la persona y obra del Cristo-Espíritu. Los espíritus o profetas que confesaban la verdadera doctrina de Jesús eran **de Dios**; eran verdaderamente profetas o predicadores de Dios.

[3] La antítesis de la declaración anterior es, por supuesto, **todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios**. Debe recordarse que esto es parte del criterio de probar a los profetas o espíritus. Dado que parte de la obra del Espíritu Santo fue dar testimonio de Jesús como el Cristo (Jn 15.26; 16.13–15), la confesión de que Jesús es el Cristo venido en la carne constituía una prueba de que un profeta en verdad hablaba por el Espíritu Santo. Sin embargo, una negación demostraba que no le pertenecía a Dios.

Sin embargo, Juan hace más con esta negación que simplemente decir que el que la hace no tiene parte con Dios. Nuevamente identifica tal negación con el **espíritu del anticristo**, del cual había hablado en 2.18–23. En ese pasaje habló del anticristo como negando que «Jesús es el Cristo», lo cual describió como, según dijo, **que niega al Hijo**. En el presente pasaje, aclara el asunto agregando el elemento específico de que Jesús es el Cristo venido en la carne; nuevamente, el punto de que el Jesús humano es la encarnación de Cristo como el Hijo de Dios. La negación es evidencia del **espíritu del anticristo**. La palabra «espíritu» en tal expresión podría querer decir la actitud o disposición del anticristo (como en 1ª Co 4.21; Ga 6.1), sin embargo, lo más probable es que el significado sea que el anticristo mismo es activado por el espíritu de Satanás y que este mismo espíritu había inspirado su negación de Jesús. Los lectores de Juan ya **[habían] oído que [venía]** tal espíritu de anticristo. Probablemente Juan se refiere a enseñanzas anteriores que les había dado a los lectores en ocasiones en las que había predicado entre ellos. Es menos probable que se esté refiriendo al pasaje anterior de esta carta (2.18ss.).

Hay una variante curiosa en algunos manuscritos del versículo 3. En lugar de **que no confiesa**

que **Jesucristo** (*ho mē homologei*) algunas fuentes tienen el verbo *luei*, que naturalmente significaría «todo espíritu que desata o divide a Jesús». Ireneo, Clemente de Alejandría y Orígenes conocían la lectura. Estaba en textos latinos (*solvet*) y fue leído por Tertuliano y Agustín. Aunque la mayoría de los críticos modernos lo rechazan como falso porque carece de un apoyo textual sustancial, algunos estudiosos consideran muy fuerte la posibilidad de que haya estado en el original. Gore pensó que la dificultad y la rareza de la lectura favorecían la misma; Blass-Debrunner-(Funk) también la considera original, señalando que la *mē* negativa no se usaría con un pronombre relativo tomando un verbo indicativo. Si es genuina, probablemente la idea era la de separar al Jesús humano del Cristo. Arndt y Gingrich sugieren el posible significado de «anular» para el verbo; es decir, «todo espíritu que anule o destruya a Jesús con una falsa enseñanza» no es de Dios.

Los falsos profetas son del mundo, 4.4–6

⁴Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo. ⁵Ellos son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. ⁶Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error.

[4] De los verdaderos hijos de Dios, a quienes Juan, como su maestro espiritual, llama sus **Hijitos**, dice, **vosotros sois de Dios**. El **vosotros** es enfático, colocado de primero en la oración en contraste con los que dice que los hijitos [**han**] **vencido**. Los que no confiesan a Jesús no son de Dios; no le pertenecen, sin embargo, **vosotros** le pertenecen. Ustedes pertenecen a Dios porque son sus hijos, habiendo sido engendrados por él. Sin embargo, Juan sabe que estos son aprobados como hijos de Dios porque confiesan que el Señor Jesús ha venido en la carne (vs. 2). Con esto no solo prueban que el Espíritu que han recibido es el Espíritu de verdad, sino que también demuestran que **los habéis vencido**.

La palabra **vencido** a esta conexión debe estudiarse a la luz de la enseñanza de Juan sobre la «victoria» (sustantivo *nikē*, verbo *nikaō*). En Juan, las palabras se usan a menudo para la victoria que Cristo ganó sobre el pecado y Satanás (Jn 16.33).

En Apocalipsis 5.5 se ve a Cristo a la diestra del Padre victorioso y digno de abrir el libro. Los cristianos, incluso si están temporalmente derrotados, se unen a su triunfo (Ap 12.11) ahora, y se les promete esa victoria de manera decisiva en el futuro (Ap 2.7; 21.7). Así que Juan en esta epístola les ha asegurado a sus lectores su victoria (2.13, 14) y mostrará cómo su fe ha vencido (5.4, 5). En el presente pasaje, se ha rechazado con éxito el ataque del enemigo que negaría el evangelio y engañaría a quienes se aferraran a él. La confianza que Juan les había engendrado de que en Cristo la victoria era de ellos bien podría haber sido decisiva en esa lucha.

La razón de la victoria no fue difícil de encontrar: **porque [...] el que está en vosotros** (es decir, el Espíritu de verdad, vs. 6) **mayor es [...]** **que el que está en el mundo** (es decir, el espíritu de error o del anticristo). La victoria no la habían obtenido por sus propias fuerzas, sino por el poder del Espíritu Santo en ellos. De modo que a los primeros cristianos se les enseñó: «... para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones» (Ef 3.16, 17). Vea también 2^a Ti 1.7.

[5] Juan infiere que los falsos maestros podrían haber tenido cierto éxito, aunque no obtuvieron la victoria. Es posible que los creyentes en la deidad de Jesucristo se hayan preguntado (especialmente en lugares donde los maestros heréticos se habían llevado una facción de discípulos) la razón de este éxito. Juan explica que tales maestros **son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye**. Estas palabras nos recuerdan las declaraciones de Jesús en pasajes como Juan 15.19, donde habla de que el mundo ama a los suyos y aborrece a los discípulos que han sido escogidos fuera del mundo. Ser del mundo es pertenecer al reino espiritual del mal, tener al dios de este mundo como padre espiritual (vea 2.15). El que pertenece a este mundo habla **del mundo**; es decir, tiene el mundo del mal como fuente de sus palabras e ideas. Así como las falsas doctrinas eran «doctrinas de demonios» (1^a Ti 4.1), el espíritu de error inspira error. Esto explica por qué **el mundo los oye**: le agradan sus propias ideas y pensamientos. Sus enseñanzas están de acuerdo con la naturaleza del mundo, y no debe sorprendernos que tales doctrinas encuentren audiencia en el mundo. Note en estos versículos que Juan agudiza la antítesis

entre el «nosotros» (los maestros apostólicos y sus seguidores, los lectores de Juan) y «ellos» (el otro círculo). Son dos grupos mutuamente excluyentes sin terreno neutral.

[6] El versículo 6 repite la antítesis entre el **Nosotros** (el círculo apostólico y sus oyentes) y **el que no es de Dios**. Así como los que son del mundo escuchan al mundo, los que conocen a Dios escuchan a los que son de Dios. Cada grupo está dispuesto a escuchar a aquellos cuyo discurso tiene su origen en el ámbito al que pertenece. Jesucristo afirmó ser de Dios, ser de arriba y hablar de arriba (Jn 3.31). Juan ya ha hablado de los que **conocen a Dios** (2.3, 13; 3.1, 6), definiendo este conocimiento en términos de reconocer sus mandamientos, observarlos y evitar el pecado. En otras palabras, conocer a Dios es haber aprendido a escuchar su palabra y responder a ella. Esto siempre ha querido decir escuchar a quienes fueron los mensajeros originales de Jesús y a quienes prometió guiar a toda la verdad. Por lo tanto dice Juan: **el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye**. Aquí Juan está extendiendo la regla del versículo 3 por la que se puede reconocer a los falsos maestros. La prueba de un profeta de Dios no es solo reconocer que el Cristo ha aparecido en la persona de Jesús de Nazaret, sino que su enseñanza concuerde con los fundamentos de la fe y la práctica aceptados por los cristianos desde el principio.

Esta regla práctica —la actitud de los dos grupos para con el cuerpo de la verdad apostólica— proporciona la fácil identificación de los espíritus detrás de ellos: **En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error**.

EL AMOR, UNA CARACTERÍSTICA DE LA NATURALEZA DE DIOS, 4.7—5.4

Debe tenerse en cuenta la secuencia de pensamientos en la epístola hasta ahora. En particular, debe recordarse el énfasis de 1ª Juan 3.22, 23. Allí, Juan habló de la seguridad que tenemos si «guardamos sus mandamientos». Explica su significado como 1) creer en el nombre de Jesucristo y 2) amarse unos a otros. Habiendo desarrollado ahora (4.1–6) algunos aspectos del significado de la fe en Jesucristo como el Hijo de Dios, vuelve nuevamente (4.7—5.4) al tema del amor.

Esta es la tercera sección de la epístola en la que Juan ha hablado del amor como la base de la ética cristiana (compare con 2.7–11 y 3.11–18). En la primera, habló del amor como el nuevo man-

damiento de Jesús y lo mencionó como parte del andar en la luz. Luego, en 3.11ss. lo relacionó con la vida eterna, cuya posesión se evidencia por el amor. En la presente sección, Juan es aún más penetrante: Tenemos que amar porque Dios mismo es amor y quiere que mostremos en nuestro trato mutuo el mismo tipo de amor que ha mostrado enviando a Cristo para que sea la expiación de nuestros pecados.

El amor es de Dios, 4.7–10

7Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. 8El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. 9En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. 10En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

[7] La primera insistencia de Juan es que Dios es amor y que el deber del cristiano de amar a sus hermanos surge de la naturaleza del que lo engendra. Las exhortaciones de Juan se expresan de diversas maneras en esta sección (como señala Stott). Primero, hay una expresión exhortadora: **amémonos unos a otros** (vs. 7). Luego Juan habla de la obligación que se nos ha impuesto de amar: «debemos también nosotros amarnos unos a otros» (vs. 11). Además, hay una condición esperanzadora que debe cumplirse: «Si nos amamos unos a otros...».

La exhortación de Juan **amémonos unos a otros** va dirigida a los **Amados**. Tanto en nuestro idioma como en griego hay un juego de palabras. A los que han sido amados se les exhorta a amar (*agapētoi-agapōmen*). El término **Amados** podría referirse a haber sido amados por Dios, o podría referirse al cuidado mismo de Juan por ellos. La amonestación es el amor los **unos a otros**, es decir, principalmente a los hermanos cristianos. Por supuesto, las instrucciones de Jesús habían incluido esta actitud incluso a nuestros enemigos. No es que Juan sea exclusivo y sea más estrecho que Jesús. Más bien, su preocupación es por la condición actual que existe en la iglesia causada por la actitud de los falsos maestros.

Tenemos que amarnos unos a otros porque **el amor es de Dios**. El amor tiene su fuente en Dios

y expresa la verdadera naturaleza y actitud de Dios. En vista de que «vosotros sois de Dios» (vs. 4) o «nosotros somos de Dios» (vs. 6), debemos exhibir la naturaleza de Dios. **Todo aquel que ama, es nacido de Dios.** Como ha sido el caso tan a menudo, Juan usa el tiempo griego para enfatizar la naturaleza continua de la relación y las características que tienen que adornar al discípulo: el que ama no solo nació sino que continúa existiendo en este estado. Por lo tanto, enfatiza la necesidad de demostrar y exhibir el parentesco divino por la naturaleza propia. Sin embargo, tome nota de que Juan agrega el elemento del conocimiento: él es nacido de Dios **y conoce a Dios.** Por su experiencia de participar en la actividad divina de amar, ha llegado a darse cuenta de cómo es Dios realmente y a estar en comunión con él. Es como la enseñanza de Jesús de que nos mostramos hijos de Dios amando como Dios nuestro Padre, que ama a todos los hombres como sus criaturas (Mt 5.45). La frase **conoce a Dios** retoma el tema frecuente de «conocer» en la epístola (vea comentarios sobre 2.3ss.; 3.6, 24; 5.2) y ofrece otra prueba para refutar las falsas afirmaciones de los gnósticos. Pablo también conecta el amor y el conocimiento (1ª Co 8.1–3). Alegar tener conocimiento podría ser probado mediante la aplicación de un verdadero conocimiento cristiano a la vida cotidiana, a saber: el amor a los hermanos.

[8] A Juan le complace aseverar sus proposiciones tanto de forma positiva como negativa. De modo que sigue la afirmación positiva de que **aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios** con su opuesta: **El que no ama, no ha conocido a Dios.** No importa (Juan infiere) si alguien (como los gnósticos) afirma «conocer» a Dios; la prueba está en el fruto. El cristiano que no ha aprendido a exhibir el amor que Dios y Cristo primero nos han demostrado y luego nos enseñaron a imitar, no ha llegado a conocer realmente a Dios.

Lo anterior es cierto, **porque Dios es amor.** El amor como atributo surge de su naturaleza y ser esenciales. Juan probablemente quiere decir aquí no solo que el amor es uno de los atributos de Dios. También es luz (1.5) y espíritu (Jn 4.24). El amor es tanto la naturaleza de Dios que todo lo que hace está motivado por el amor. C. H. Dodd dice: «Toda la actividad de Dios es actividad amorosa. Si crea, crea con amor; si señorea, señorea con amor; si juzga, juzga con amor». El amor es tanto su naturaleza de manera que condiciona todos sus actos. Por lo tanto, que alguien pretenda conocerle

y haber nacido de él sin haber comenzado a cultivar esta naturaleza constituye una falsedad evidente.

Podemos notar (como señala White) que Juan da cuatro razones para nuestro amor: 1) el amor es de Dios (vs. 7); 2) el que ama es nacido de Dios (vs. 7); 3) el que ama conoce a Dios (vs. 8); 4) el amor exhibe la naturaleza de Dios (vs. 8).

[9] Dios ha mostrado su amor por el hombre de muchas maneras: en la creación, en el cuidado de sus criaturas naturales, en su obra providencial en la historia, especialmente en la historia de Israel. Sin embargo, hay un acto supremo por el que **se mostró el amor de Dios para con nosotros.** Por este único acto, el amor de Dios se hizo visible y fue manifestado a todos. Este acto fue en la encarnación: **Dios envió a su Hijo unigénito al mundo,** y esa encarnación condujo a la expiación, que hizo posible **que vivamos por él.** Todas las demás demostraciones de amor pierden su brillo al lado de esta. Pablo habló de ese amor en cuatro dimensiones: anchura y longitud, altura y profundidad (Ef 3.18ss.), llamándole al mismo tiempo un amor «que excede a todo conocimiento». Compare nuevamente con 1ª Juan 3.16, «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros». El propósito de esta manifestación del amor de Dios es **que vivamos** (llegar a tener vida) **por él.**

[10] Una vez más, Juan amplía lo que es una comprensión del verdadero amor: el amor en su nivel más alto y significado más profundo. Insiste en que solo si partimos del punto de vista de Dios entenderemos qué quiere decir. No podemos partir de nuestras acciones humanas, ni siquiera de nuestra respuesta al amar a Dios: **En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios.** Nuestro amor por Dios en respuesta a sus actos de gracia es comprensible y esperado. «El amor de Cristo (por nosotros) nos constriñe» (a amarlo, 2ª Co 5.14). Solo cuando tenemos en cuenta que Dios nos amó y envió a su Hijo para ser la expiación de nuestros pecados, podremos saber realmente qué es el amor. Dios no nos amó porque fuéramos encantadores y amorosos; «muestra su amor para con nosotros, [...] siendo aún pecadores» (Ro 5.8).

Sobre Jesús como la **expiación** por nuestros pecados, vea 2.2, donde se analiza el término. Esta declaración es paralela a «para que vivamos por él» del versículo anterior. La vida es obtenida por nosotros mediante la muerte de Jesús. En esto, el amor se manifiesta en su máxima expresión. Ningún ser humano ha tenido la oportunidad de

amar con tal significado y resultado.

NOTA SOBRE HIJO «UNIGÉNITO» (*MONOGENĒS*)

Se ha señalado durante mucho tiempo que el término griego *monogenēs*, que es un compuesto de las palabras *mono* «solo» y *genos* «tipo», no quiere decir «unigénito», sino simplemente «singular», «único», «solo», «el único de su tipo». Moulton y Milligan en su *Vocabulario del Nuevo Testamento griego* mostraron que la formación adecuada para «unigénito» sería *monogennētos*, ya que el verbal pasivo del sustantivo para «engendrar» sería *gennētos* (al igual que *christos*, «uno habiendo sido ungido», es el verbal pasivo de *chrīō*, «yo unjo»). Los pasajes del Nuevo Testamento que usan *monogēnes* de otros además de Jesucristo lo muestran claramente. En Lucas 7.12, al hijo de la viuda de Naín se le describe con esta palabra, donde difícilmente podría querer decir «unigénito», ya que el engendrar es una función del varón más que de la mujer. En Lucas 8.42, igualmente, la hija de Jairo era su «hija única», como en Lucas 9.38 se describe así al hijo de otro hombre. Note especialmente en Hebreos 11.17 que se dice que Abraham, al ofrecer a Isaac, había estado ofreciendo a su hijo *monogēnes*. Esto difícilmente podría querer decir «unigénito», ya que, junto con Isaac, Abraham había engendrado a Ismael y varios otros hijos. El uso completo en la traducción griega del Antiguo Testamento es decisivo. La palabra se usa para traducir el hebreo *yachid*, que simplemente quiere decir «único» (Jue 11.34; Am 8.10; Zac 12.10; Sal 22.20; 25.16; 35.17). En varios de estos pasajes, la palabra llama la atención a la naturaleza amada de la persona o cosa debido a que es el «único».

Si lo anterior es cierto, ¿cómo se adoptó la traducción «unigénito» y por qué se ha perpetuado? Se puede demostrar que en las traducciones antiguas se entendía que la palabra griega quería decir «único» o «solo». Las versiones latinas antiguas (por ejemplo, Codex Vercellensis) tradujeron la palabra como *unicus* «único» y no como *unigenitus* «unigénito». En el siglo cuarto surgió una controversia sobre si el Cristo preexistente fue engendrado como Hijo del Padre. Los registros de esa controversia muestran que el griego para «unigénito» no era solo *monogenēs* sino esa palabra usada con el participio «ser engendrado»: *gennēthenta monogenēs*. Cuando Jerónimo revisó la antigua Biblia latina, acortó la expresión y tradujo el término *monogenēs huius* en referencia al Señor

Jesucristo como «hijo unigénito», es decir, *unigenitus*, en pasajes como Juan 1.14 y 3.16. Así, la palabra pasó a la Biblia inglesa de Wycliff y fue retenida por los traductores con la excepción de William Tyndale en su edición de 1534. La traducción de *monogenēs* con la idea de «unigénito» comenzó con Jerónimo a fines del siglo cuarto.

A menudo se piensa que el término *monogenēs* se refiere al nacimiento virginal y al hecho de que Jesús es el «único» Hijo de Dios (Dios tiene muchos hijos en otros sentidos) para ser engendrado así. Entonces se insta a que cualquier traducción además de «unigénito» le roba a Cristo su deidad y lo convierte en otro más de los muchos hijos de Dios. Sin embargo, esto infiere que el término «engendrado» cuando se usa para el Hijo se refiere al engendramiento del nacimiento virginal. De hecho, el término «engendrado» (raíz del verbo *gennaō*) nunca lo usa Juan para hablar del nacimiento de Jesús. El término está asociado (de Salmos 2 «Yo te engendré hoy») con Jesús como el primogénito de entre los muertos y aplica a la resurrección de Jesús, no al nacimiento virginal (Hch 13.33). Por otro lado, Juan a menudo usa el término «engendrado» para designar la relación entre él y los cristianos como hijos de Dios (Jn 1.13; 3.3ss.; 1ª Jn 2.29; 3.9; 4.7; 5.1, 4, 18). Paralelamente, el término «hijo» nunca se usa en los escritos de Juan para los cristianos, siempre está reservado para el Hijo de Dios (Jn 1.34; 3.18; 5.25), mientras que a los discípulos siempre se les llama *hijos* (*tekna*, Jn 1.12; 1ª Jn 3.1, 2).

Con estos hechos aclarados, un traductor difícilmente puede ser exacto y retener la traducción errónea «unigénito». Aquí deseo reconocer mi deuda con el artículo de Dale Moody en el *Journal of Biblical Literature* LXXII (diciembre de 1953), 213–219.

El amor por nuestros hermanos, 4.11–16

¹¹Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. ¹²Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.

¹³En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. ¹⁴Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. ¹⁵Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en

Dios. ¹⁶Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él.

[11] Por última vez en la epístola, Juan se dirige a sus lectores como **Amados** (no hay otro saludo hasta 5.21). ... **si Dios nos ha amado así** se establece como una condición o cláusula «si», aunque en griego la condición es una de la realidad, una condición asumida como verdadera, «puesto que». Puesto que Dios nos ha amado de esa manera, **debemos también nosotros amarnos unos a otros**. Es natural que los hijos de Dios muestren su naturaleza y amen a quienes él amó y de la manera que él amó. Él nos ha mostrado lo que es el amor y, por lo tanto, somos capaces y estamos agradecidos de hacer lo mismo. Juan no dice simplemente que, puesto que Dios nos amó, debemos amarle a él. No hace falta decir aquí que eso es cierto. Sin embargo, probablemente Juan esté reaccionando a una enseñanza falsa que diría que se podría amar a Dios sin la correspondiente obligación de amar a los hermanos.

[12] La presencia del tipo de amor por nuestros hermanos que Juan ha estado describiendo constituye la prueba absoluta de que Dios permanece en nosotros. Las personas pueden afirmar que conocen a Dios; puede que aleguen tener visiones y revelaciones. Sin embargo, en realidad, **Nadie ha visto jamás a Dios**. La verdadera prueba de que **Dios permanece en nosotros** es que **nos amamos unos a otros**. Guardar sus mandamientos es prueba de que realmente conocemos a Dios (2.3); guardar su palabra es prueba de que estamos en él (2.5); y ahora el cultivo del amor es prueba de que Dios tiene su presencia en nosotros. Además, de esta manera **su amor se ha perfeccionado en nosotros**. Sobre este punto, vea 1ª Juan 2.5 y 4.16, 17, donde la perfección del amor de Dios en nosotros se muestra guardando su palabra (2.5), creyendo en el amor de Dios que se ha manifestado entre nosotros en Jesús y permaneciendo en amor (4.16, 17). Cuando el cristiano muestra en su vida la clase de amor que Juan ha descrito en detalle, entonces se alcanza el propósito de Dios en el evangelio. Dios es amor; mostró ese amor en Jesucristo para mostrarnos cuál es su significado (3.1, 16; 4.9, 10). Sin embargo, Dios está satisfecho solo cuando ese mismo tipo de amor también se manifiesta en la iglesia. El amor de Dios es perfecto: ama tanto al justo como al injusto con amor constante (Mt 5.48).

Cuando amamos de la misma manera, mostramos ser «hijos del Padre» y demostramos la plenitud y perfección del amor de Dios en nosotros.

[13] El patrón de pensamiento de Juan sigue trazando ideas y reuniéndolas como hace una orquesta con los acordes de una melodía para desarrollarlas más plenamente. La «permanencia de Dios en nosotros» y su «amor perfeccionado en nosotros» se definen y examinan con más detalle. Juan expone formas en las que podemos estar seguros de que Dios permanece en nosotros y nosotros en él. Se presentan tres ideas (vss. 13–15): 1) la posesión del Espíritu, 2) la historia o experiencia de la iglesia («ver» y «testificar»), y 3) la confesión de nuestra fe en él.

El hecho de **Que permanecemos en él, y él en nosotros** podría ser conocido por nosotros, **en que nos ha dado de su Espíritu**. Esto repite la afirmación de 3.24, donde Juan dice que por esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado. La declaración es paralela a la afirmación de Pablo de que el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado (Ro 5.5). Dado que la recepción del Espíritu Santo en nuestros corazones no es algo físico que pueda ser percibido empíricamente por evidencia concreta (como la que acompañó los dones milagrosos del Espíritu), nos podría desconcertar en cuanto a qué certeza podría ser la presencia de ese Espíritu. Sin embargo, el Nuevo Testamento enseña que hay una clara evidencia de la presencia del Espíritu en los factores morales y espirituales que se dice que proporciona. Si somos conscientes de las siguientes cosas en nuestra vida, podríamos asumir la presencia y obra del Espíritu Santo mediante la palabra de Dios en nuestras vidas: la aptitud para las cosas espirituales (1ª Co 2.4ss.), el deseo de orar en nuestro corazón (Ro 8.26ss.), la realización de nuevas normas de conducta en nuestras vidas (Ro 12.2, NEB), la capacidad de vencer o dar muerte a las obras de la carne (Ro 8.13), un sentido de habilidad para lograr lo que de otra manera parecería imposible (Ef 3.16), la realización de un nuevo amor para con todos los hombres (Ro 5.5) y, de hecho, la realización de la maduración del fruto del Espíritu en nuestras vidas (Ga 5.22ss.). Con todo lo anterior discernido subjetivamente, podemos saber que de hecho tenemos el Espíritu de Cristo morando con nosotros, y tenemos prueba de que permanecemos en él y él en nosotros.

[14] La segunda base de la certeza de que,

pese a que ningún hombre ha visto al Padre, permanecemos en él y él en nosotros, es lo que Dodd llama la «memoria corporativa de la iglesia viviente». Evidentemente Juan, que había visto personalmente al Hijo viviendo y enseñando en el mundo, se une al testimonio apostólico (vea comentarios sobre 1.4) vivo y registrado. Dice, **nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo**. Aquellos que vieron a Jesús vivo dieron testimonio de cosas tales como sus milagros, su vida, su enseñanza, su resurrección y su ascensión. La naturaleza extraordinaria de su vida demostró que fue más que un simple hombre. Su propia afirmación de que vino a ministrar y dar su vida en rescate por los pecadores fue verificada por el testimonio de aquellos que lo vieron «[haciendo] y [enseñando]» (Hch 1.1). Se nos recuerda aquí la seguridad dada por Pedro a sus lectores de que no había seguido «fábulas artificiosas» en dar a conocer el poder y la venida del Señor (2ª P 1.16).

El presente versículo, como Juan 3.16, declara el evangelio en su esencia: Dios **ha enviado** (tiempo perfecto, llamando la atención sobre los resultados permanentes del envío) **al Hijo, el Salvador** (el griego no tiene una palabra que conecte entre Hijo y Salvador; las dos palabras están en aposición: el Hijo como **Salvador del mundo** (el mundo entero fue el objetivo de su misión; cf. Jn 3.17; 4.42). La declaración «Todo aquel que confiese» en el versículo siguiente da la única limitación para el cumplimiento de este objetivo.

No se peca en enfatizar demasiado que a Juan le preocupaba la historicidad de los eventos sobre los que creía estaban los cimientos del cristianismo. Juan aquí está explicando el significado de la encarnación de Cristo en Jesús. Sin embargo, junto con la correcta comprensión doctrinal del conjunto, insiste en que el asunto se basa en lo que los testigos habían visto y testificado. Y todo esto fue de la manera más literal. En la introducción a esta epístola, habló de lo que había sido «oído», «visto» y «palpado».

[15] Como tercera certeza de la realidad de Dios en su vida, Juan cita la confesión del cristiano: **Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios puede tener la confianza de que Dios permanece en él, y él en Dios**. Si el cristiano tiene dudas sobre lo anterior, que recuerde y renueve la confesión que hizo antes de su bautismo (vea 1ª Ti 6.12). Desde los días de la confesión de Simón Pedro en Cesarea de Filipo (Mt 16.16), esta confesión ha

sido el medio para reclamar a Cristo como propio (vea Ro 10.9, 10). Juan parece estar diciendo que si el creyente puede repetir esta confesión con sinceridad, entonces Dios permanece en él y él en Dios (2.24). La permanencia recíproca quiere decir la comunión más cercana entre el creyente y el Padre (3.24; Jn 14.20; 17.21–23). El hecho de que los falsos maestros y sus seguidores ya no confiesen a Jesús como el Hijo de Dios (aunque alguna vez lo hayan creído y lo hayan confesado) es prueba de que ya no tienen esta comunión con el Padre y el Hijo.

[16] Sólo cuando creemos hasta el punto de confesar abiertamente que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, que fue enviado a la tierra como Salvador, es que **nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros**. Aquí nuevamente, los dos verbos usados por Juan están en tiempo perfecto expresando sus ideas verbales como si estuviera pensando en la continuación presente de la acción pasada: De esta manera llegamos a darnos cuenta (y seguimos [**conociendo**]) y hemos **creído** (como todavía mostramos que estamos creyendo) **el amor que Dios tiene para con nosotros**.

Observe la expresión **creído el amor que Dios tiene para con nosotros**. Creer que Dios estaba él mismo en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo mientras Jesús moría por los pecados del mundo es [**crear**] el [tipo de] **amor** que se manifiesta en Jesús. El que realmente no cree que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios, podría creer algunas cosas acerca de Dios, sin embargo, no puede percibir la clase de amor que Juan ve inherente en el relato del evangelio. Rechazar la encarnación es no creer en el amor único de Dios.

Se ha dicho que **crear el amor** es el credo de Juan en tres palabras. La negación de ello va a la raíz de toda negación de lo que Jesús alega de su persona y misión divinas. Lo que la herejía no logra entender es que Dios entregue a su Hijo unigénito, engendrado en carne humana, a la vergüenza y al abuso del sufrimiento descrito en los relatos de su muerte para que por su sangre pueda salvar a un mundo justamente condenado a una eternidad de sufrimiento. Es un exceso o desbordamiento de amor lo que es increíble.

Lo anterior es, entonces, la esencia del evangelio: **Dios es amor**. Al enviar a Jesús al mundo para morir por nuestros pecados Dios estaba dando expresión a su naturaleza misma. La persona que, reconociendo y creyendo este amor, **perma-**

nece en ese amor, permanece también en Dios. Sólo «permaneciendo con» este amor, es decir, permitiéndole tener plena influencia en su vida y continuar creyendo y actuando como si fuera cierto en todas sus implicaciones, se puede tener la comunión con el Padre y el Hijo que se promete como una bendición en el evangelio.

El perfecto amor echa fuera el temor, 4.17, 18

¹⁷En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. ¹⁸En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.

[17] Es sólo conociendo y creyendo el amor de Dios para con nosotros que **se ha perfeccionado el amor en nosotros** (en nosotros probablemente quiere decir «en nuestro caso»). El amor **perfeccionado** como en 2.5 y 4.12 (que se repite también en el vs. 18) probablemente quiere decir que el amor ha alcanzado su verdadero fin o propósito en nuestras vidas: ha llegado al desarrollo o madurez deseados cuando tenemos plena fe en el amor de Dios. El resultado es **para que tengamos confianza en el día del juicio**. Juan ya ha hablado de tal confianza. En 2.28, después de hablar de la negación de los anticristos y recordar la unción que tenemos del Padre para que todos tengamos conocimiento, Juan dijo que si permanecemos en él tendremos confianza y no nos avergonzaremos cuando él venga. Nuevamente en 3.21 dijo que si permanecemos en amor podemos asegurar nuestro corazón cuando éste nos reprenda y que si nuestro corazón no nos reprende (es decir, si tenemos la confianza de que estamos viviendo en pureza y amor delante de él) entonces tenemos gran denuedo o confianza y recibimos la respuesta a nuestras oraciones. Entonces, aquí Juan dice que si hemos creído en el amor de Dios y así hemos perfeccionado el amor de Dios en nosotros, podemos enfrentar la venida de Cristo en juicio con perfecta confianza o denuedo.

A continuación, se da una razón adicional para la confianza: **pues como él es, así somos nosotros en este mundo**. El uso del pronombre demostrativo *ekeinos*, usado en el sentido de una personalidad «bien conocida» o «notable» dentro de un análisis en Juan, usualmente se refiere a Jesús (2.6; 3.3;

3.5, 7, 16). El punto de Juan es que somos como Jesucristo, así que no debemos temer el juicio de Dios. El punto exacto de la comparación no está tan claro y solo podría suponerse. Puede que quiera decir que somos hijos como él fue (Stott) o que hemos perfeccionado el amor como él lo hizo (Plummer). La última idea parece encajar mejor en el contexto. Jesús se destacó en amor, viviendo en perfecta armonía y sujeción para con el Padre y en la más profunda compasión por las necesidades y problemas del hombre. Enfrentó la crisis de su propio juicio de modo que, aunque fue inocente y estaba siendo castigado como un culpable, el amor todavía se mostraba mediante su acción en completa libertad y confianza para con el Padre. Como él era, nosotros también somos. Así también, cuando nuestro amor ha sido perfeccionado, pecaminosos y humanos como somos, nos es dado por medio de Cristo el andar con la misma confianza y seguridad, incluso con la certeza de que el día del juicio vendrá sobre nosotros.

[18] Juan ha estado explicando que aquellos cuyo amor ha sido perfeccionado podrían tener gran denuedo incluso en la perspectiva del juicio. Son como Jesús en el mundo, cuyo amor le hizo afrontar con la mayor confianza el juicio que le sobrevino. Ahora Juan elabora este pensamiento. El cristiano no debe tener temor si ama porque **en el amor no hay temor**. El amor y el temor son actitudes opuestas y se excluyen mutuamente. El hijo que tiene amor y confianza en la bondad de un padre no se aleja de él con terror. **El perfecto amor echa fuera el temor**. Si hemos crecido en nuestro amor, conociendo y creyendo en ese amor y dejando que haga lo suyo en nuestras vidas, entonces no tenemos temor al juicio. La razón es que **el temor lleva en sí castigo**. El sustantivo *kolasis* usado por Juan aquí y que se traduce como **castigo** tiene el significado habitual de castigo o tormento. Compare el uso del verbo en Hechos 4.21; vea también 2ª Pedro 2.9; Mateo 25.46. Sólo temerá la persona que crea que será castigada por lo que ha hecho. El temor donde no hay razón para el temor es antinatural. Sin embargo, el cristiano sabe que el amor de Dios ha cubierto sus pecados. Sabe que incluso si su corazón lo condena como pecador, tiene la seguridad de que Dios es más grande y lo sabe todo. Cuando sabe que sus pecados han sido corregidos en Jesucristo y que está respondiendo al amor de Dios, entonces tiene la certeza de que sus oraciones serán contestadas (3.20ss.) y que no estará sujeto al tormento de Dios

preparado para los que mueren en desobediencia a él. Aquel que, aunque cristiano, no goza de esta confianza o denuedo, pero aún vive en el temor, no ha desarrollado la concepción apropiada del amor de Dios: **el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor.**

El amor a los hermanos muestra el amor de Dios, 4.19—5.2

¹⁹Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. ²⁰Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? ²¹Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.

¹Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. ²En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos.

[19] Nuestro deber de amar tanto a Dios como al hombre es claro porque Dios nos ha dado el ejemplo. **Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero.** En el versículo 10, Juan ha dicho que la verdadera demostración de amor no ha de considerarse como nuestro amor por Dios, sino como su amor por nosotros que se manifestó en Jesús. Sin embargo, una vez que conocemos y creemos en el amor que él ha tenido por nosotros, entonces nuestro deber de amar es evidente.

Los traductores y comentaristas han diferido en la traducción del verbo **amamos** (*agapōmen*). En forma, puede ser un indicativo, esto es, declarando que **amamos**, o podría ser subjuntivo, expresando una exhortación: **amemos**. Esta última interpretación fue adoptada por los traductores latinos y por estudiantes como Lutero y Law. Es difícil decidir cuál es la correcta, ya que cualquier traducción tendrá sentido. El amor es la naturaleza de Dios y debe perfeccionarse en nosotros. Por tanto, **amemos**, como amonestación urgente, está acorde con el contexto. Por otro lado, **Nosotros [...] amamos, porque él nos amó primero**, como continuación de la declaración definitiva de Juan sobre la naturaleza y obligación del amor, también tiene sentido.

El estudiante notará que la NASB consigna solamente «Nosotros amamos» donde la Reina-

Valera tiene **Nosotros le amamos a él**. Algunos textos tienen «amamos a Dios»; el texto griego recibido tiene **a él**; otros manuscritos usan el verbo intransitivamente, simplemente **nosotros amamos** (probablemente el texto correcto). Nuestro amor (para con Dios o nuestros semejantes) es un deber claro para nosotros, en vista de que Dios nos amó primero. Hay muchos otros pasajes en las Escrituras que basan el deber ético del amor en una imitación del amor de Dios tal como se revela en Jesús (Jn 13.34; 15.12ss.; 1ª Jn 3.16; Ef 5.2).

[20] Mediante el uso de la condición, **Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano**, Juan retoma el estilo usado anteriormente en la epístola donde expresa las afirmaciones de los falsos maestros con tales condicionales (cf. 1.6, 8; 2.4, 9) y muestra que la falta de un acompañamiento práctico y consistente vuelve falsa la afirmación. A Juan le sigue interesando el significado del amor en el contexto congregacional. Naturalmente, todos los que dicen ser cristianos afirmarán amar a Dios. Sin embargo, el examen de las actitudes para con los hermanos ha revelado que algunos incluso permitirían el aborrecimiento para con los hermanos al mismo tiempo que hacen tal afirmación (3.15); Juan ha dicho que el aborrecimiento para con los hermanos es, en cierto sentido, un tipo de homicidio. Por lo tanto, Juan aquí asevera claramente que alguien que dice amar a Dios mientras aborrece a su hermano **es mentiroso**. Juan ha usado «no ama» y «aborrece» como prácticamente sinónimos (3.14ss.).

Para Juan, amar a Dios supone el amor por los hijos de Dios; no es natural pretender amar a un padre y no amar a sus hijos (5.1). Dado que Dios y sus hijos comparten las mismas actitudes y son miembros de la misma familia, parecería incoherente afirmar amor por uno y no por el otro. El argumento de Juan aquí es un argumento de lo más fácil a lo más difícil. De los dos relacionados tan estrechamente que deben amarse mutuamente, parecería que el que es visible ante los ojos de un hombre sería el que probablemente amaría más. Ningún hombre ha visto a Dios jamás (4.12) y su realidad, no demostrable por medios naturales ni físicos, tiene que comprenderse mediante la fe. Por tanto, **el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?** Varios pasajes del Nuevo Testamento comentan sobre la invisibilidad de Dios (vea Jn 1.18; 1ª Jn 4.12; 1ª Ti 1.17; 4.16; Col 1.15). Los mejores textos omiten la palabra «cómo» («¿cómo puede...») de la

Reina-Valera, haciendo una declaración declarativa del versículo en lugar de una pregunta.

[21] En el versículo 20, Juan ha razonado desde una base lógica que quien ama a Dios tiene que amar también a su hermano. Sin embargo, no lo deja simplemente como una cuestión de lógica. Se nos ha encomendado el deber de manera expresa: **Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.** El **él** probablemente se refiere al Padre, en vista de que esta parece ser la referencia en la declaración anterior.

El **mandamiento** al que se hace referencia aquí probablemente es que se debe amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente, mientras que al mismo tiempo tiene que amar al prójimo como a sí mismo (Lc 10.27; Mt 22.34–39; vea Dt 6.5; Lv 19.18). Es cierto que aquí Juan dice «hermano» en lugar de «prójimo», sin embargo, esto se aproxima a una paráfrasis y en el contexto del Antiguo Testamento sería prácticamente equivalente. Recordemos que Jesús enfatizó el deber paralelo al resumir el deber de «toda la ley» (Mt 22.40). La conclusión de Juan es clara: No se puede obedecer el mandamiento de amar a Dios sin incluir también el amor al prójimo o hermano.

[1] El capítulo 5 continúa el argumento iniciado en la sección anterior (4.7) sobre el deber del cristiano de amar a su hermano. Aquí Juan vuelve a la idea del «nacido de Dios», que usó en ese versículo. Ha mencionado el engendramiento divino en 2.29 («todo el que hace justicia es nacido de él»), en 4.7 («Todo aquel que ama, es nacido de Dios») y aquí en 5.1: **Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios.** «Creer» se repite de 3.23; 4.1 y 4.16. En los dos primeros casos, el objeto de la fe es Jesús (como aquí), mientras que en 4.16 la fe está en el amor de Dios.

En los tres casos mencionados anteriormente, donde Juan ha hablado de ser «nacido de Dios», y ahora en su uso de «es hijo de Dios», tiene el mismo verbo y también el mismo tiempo del verbo (tiempo perfecto de *gennaō*). El verbo podría traducirse como «nacido» o «engendrado» según el énfasis del contexto. Aquí, la RSV parafrasea **es un hijo de Dios** para resaltar el juego sobre la idea de la relación padre-hijo. En ninguna de estas tres declaraciones Juan dice que uno se hace cristiano o hijo de Dios simplemente por «hacer justicia» o por «amar» o por «creer». El tiempo perfecto denota una acción iniciada o completada

en el pasado, que continúa hasta el momento de la escritura. Juan realmente está diciendo, entonces, que el que continúa creyendo que Jesús es el Cristo (habiéndose hecho cristiano) continúa demostrando con esto que ha sido engendrado o es un hijo de Dios. Continuar en la condición de hijo de Dios depende de la fe continua en Jesús.

La segunda parte de la declaración (y el punto principal de Juan aquí) es que **todo aquel que ama al que engendró** (otras versiones consignan «ama al padre») ama al hijo («ama al que es engendrado»). Todo el que ama a Dios, que da vida a la nueva criatura, ama al hijo de Dios, que es su descendencia. Dodd sostiene que «padre» aquí no debe escribirse con mayúscula, ya que Juan en realidad está hablando proverbialmente del hecho general: **Ámame; ama a mi descendencia.** Probablemente sea cierto. Es evidente desde el punto de vista de la relación humana que es inconsecuente amar a un padre y aborrecer a su descendencia. Entonces, es inconsecuente afirmar que amamos a Dios el Padre y no a nuestros hermanos que también son sus hijos. El **que ha sido engendrado por él** es obviamente aquí el hijo de Dios y no Jesucristo, como muestra el contexto.

[2] La mayoría de los traductores y comentaristas interpretan la siguiente declaración de Juan: **En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, como refiriéndose a las siguientes palabras: cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos.** Sin embargo, lo anterior produce resultados inciertos en la interpretación y (como dice White) no es fiel a la experiencia (cf. fariseísmo). Es mejor (con Dodd y White) interpretarlo como una referencia a la declaración anterior: **En esto**, es decir, por lo que se acaba de decir (todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él), **conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos.** Cuando recordamos que es natural amar al hijo del padre cuando amamos al padre, entonces podemos percibir que estamos amando a los hijos cuando amamos al padre (Dios) y guardamos sus mandamientos.

El amor no es difícil, 5.3, 4

³Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. ⁴Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.

[3] En su esencia, **el amor a Dios** no es tanto una emoción del corazón como sí una sumisión u obediencia. Es **que guardemos sus mandamientos**. Compare lo anterior con 2.5, «el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor a Dios se ha perfeccionado» y también la declaración de Jesús, «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jn 14.15). El aspecto más notable en la debida consideración de cualquier hijo por su padre será su sumisión a los deseos de ese padre. Entonces, afirmar que se ama a Dios sin obediencia es vacío.

Tampoco debe resultar difícil esta experiencia de obediencia, porque **sus mandamientos no son gravosos** (la palabra griega quiere decir «pesados», por lo tanto aquí «severos» o «difíciles de cumplir»). Jesús prometió, «porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga» (Mt 11.30), a diferencia de las «cargas pesadas y difíciles de llevar» (Mt 23.4) de los fariseos. Compare aquí Hechos 15.10; Apocalipsis 14.13. Los hijos amorosos ven con deleite los deseos de un buen padre; un padre sabio pide sólo lo que es bueno, aceptable y perfecto según su voluntad (Ro 12.2). No quiere decir que siempre será fácil hacer lo que Dios pide. Sin embargo, quiere decir que las exigencias de Dios no exceden nuestros límites humanos (1ª Co 10.13) y también que siempre dará poder para hacer lo que pide (Fil 4.13; Ef 3.16ss.).

[4] En vista de tal seguridad de que los mandamientos de Dios no son gravosos, sino que por su poder están a nuestro alcance como hijos de Dios, el resultado es que el hijo de Dios tiene asegurada la victoria: **Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo**. En 2.13ss. Juan se dirigió a sus «hijitos, porque», dice, «habéis vencido al maligno». Aquí Juan evidentemente está pensando en esta fuerza que asegura la victoria como base para la declaración de que los mandamientos de Dios no son gravosos. Debido a que todo lo que nace de Dios vence al mundo, el hijo de Dios no encontrará los mandamientos de Dios demasiado difíciles. «Es el mundo y sus caminos lo que vuelve penosos los mandatos divinos, y el nuevo nacimiento incluido en la fe nos da una nueva naturaleza no mundana y una fuerza que conquista el mundo» (Plummer). El participio sustantivo de Juan (**todo lo que es nacido**) es neutro en griego probablemente para enfatizar la naturaleza del nacimiento mismo y su hecho continuo (tiempo perfecto como en 5.1) en lugar de la persona o individuo engendrado. En los versículos 1 y 18, Juan usa el masculino «el que ha sido engendrado». Compare con Juan

3.6, 8, donde (como señala Plummer) Juan tiene la misma fluctuación entre los géneros.

Sin embargo, la base de la fuerza para vencer es la **fe**. El poder para vencer al mundo guardando los mandamientos de Dios no está en nosotros: **esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe**. Juan pone lo concreto por lo abstracto: la victoria misma es puesta como medio para lograr esa victoria. La victoria es la fe. Esa fe, como insta toda la epístola, se centra en Jesucristo y la acción de Dios en su encarnación y sufrimiento vicario por nosotros. Compare con las palabras significativas de Jesús: «en el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Jn 16.33). «En todas estas cosas somos más que vencedores» (Ro 8.37; cf. también 1ª Co 15.57; Ef 6.16). El participio griego para **vencido** es aoristo, probablemente enfatizando la certeza decisiva de la victoria.

LA VICTORIA SOBRE EL MUNDO, 5.5–12

Después de la sección introductoria de la tercera parte, en la que se les advirtió a los lectores de Juan probaran a los falsos maestros (4.1–6), dio su análisis más extenso sobre el amor (4.7–5.4). Ahora hace lo mismo con la tesis cristológica: la fe en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios (5.5–12). El tema ha sido mencionado antes. Está implícito en la identificación de los anticristos (2.18ss., donde se describe su negación de Jesús). En 4.2 al comienzo de la tercera parte se menciona principalmente en el análisis de señalar a los falsos maestros. Al presentar el amor (4.17), Juan había demostrado que el amor se basa en la comprensión del amor de Dios enviando a Jesús como el Hijo de Dios. Ahora, con mayor profundidad, presenta la fe en Jesús como la victoria sobre el mundo y como el fundamento de la comunión con Dios (5.5–12).

Primero se hace la afirmación de que la fe es el medio de la victoria sobre el mundo y que la fe se define aún más mostrando que toda la vida de Jesús, incluida su muerte, no puede ser separada del elemento Cristo: Éste vino mediante agua y sangre (vss. 5, 6). Luego muestra que esa fe reposa en el testimonio de tres testigos (vss. 7, 8). A esto se agrega el testimonio de Dios mismo que confronta al oyente y tiene que ser aceptado o rechazado, con la decisión determinando la posesión de la vida eterna, es decir, la salvación (vss. 9–12).

Crea que Jesús es el Cristo, 5.5, 6

¿Quién es el que vence al mundo, sino el que

crea que Jesús es el Hijo de Dios?

“Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad.

[5] Si el medio para vencer al mundo es la fe, entonces **el que vence al mundo es el que cree que Jesús es el Hijo de Dios**. La proposición de que Jesús es el Hijo de Dios resume todo significado de la encarnación y muerte de Jesús. Jesús venció al mundo (Jn 16.33) y da la victoria (Ro 8.37). Sin embargo, una fe que no creyera realmente que el Hijo se encarnó en Jesús no sería una fe que venciera. Le faltaría la sangre de Jesús por la que viene la limpieza del pecado (1.7); carecería de la intercesión de Jesús como abogado de los pecados y fracasos (2.1ss.); y le robaría al amor de Dios la profundidad que le da el conocimiento de que Dios estaba en Cristo Jesús reconciliando consigo al mundo. Juan no dará el brazo a torcer; cualquier negación de la verdad plena de la encarnación le roba al cristiano el poder que le brinda el evangelio para estar a la altura de los mandamientos de Dios y así vencer al mundo.

[6] Juan ahora expande el significado de la fe en Jesús como el Hijo de Dios. La venida de Jesús es vinculada tanto con el bautismo como con la muerte de Jesús y es apoyada por testigos culminados por el testimonio de Dios mismo. El resultado de la fe en este testimonio y la aceptación de Jesús como el Hijo resultan en vida eterna para el creyente.

Juan ahora describe el objeto de nuestra fe: **Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre**. La palabra «espíritu» es agregada después de «agua» en algunos manuscritos, sin embargo, la mayoría de los demás la omiten. Plummer le llama al pasaje que comienza con la frase **que vino mediante agua** el pasaje más desconcertante de la epístola y uno de los más difíciles del Nuevo Testamento. Lo que Juan quiere decir con el **que vino mediante agua y sangre** es incierto. Las principales interpretaciones son: 1) el agua y la sangre que vinieron del costado de Jesús cuando fue traspasado después de la muerte, Juan 19.34, una interpretación ofrecida por Agustín y F. W. Farrar; 2) las ordenanzas del bautismo y la cena del Señor (Calvino y Lutero); 3) purificación y redención; y 4) el agua del bautismo de Jesús y la sangre derramada en su muerte.

La primera de estas interpretaciones, que los términos se refieren al agua que vino del costado

de Jesús en su muerte, tiene la ventaja de incidir en el punto obvio del contexto, es decir, una garantía de la realidad de la encarnación física de Cristo. Sin embargo, no parece que tenga sentido llamar la atención sobre el agua en la frase repetida: **no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre**. La sangre, no el agua, es lo habitual en la muerte, y para que tenga sentido de esta manera la frase debe leerse «no mediante sangre solamente, sino mediante sangre y agua» (donde el **mediante agua** también llamaría la atención sobre las extrañas circunstancias del fluido de agua con la sangre de Jesús en su muerte).

La segunda y tercera explicaciones, en las que el **agua** se relaciona con el rito del bautismo en la iglesia o con su efecto purificador, mientras que la sangre se relaciona con la copa de la Cena del Señor o con la redención obtenida mediante la sangre de Jesús, difícilmente parecen plausibles. Confieso con Stott que no parece lógico decir que Jesús vino mediante las ordenanzas del bautismo y la Cena del Señor como fueron dadas a la iglesia. Lo mismo podría decirse de la santificación y la purificación; las que podrían dar testimonio (como podría querer decir realmente el versículo 8) de su venida, sin embargo, difícilmente podría decirse que haya pasado por ellas o «a través» de ellas. Estos parecen intentos ingeniosos de conectar eventos en la vida de Jesús con aspectos significativos de la doctrina de la iglesia o de la adoración que surgen de ellos. Sin embargo, ¿es este el propósito de Juan en el pasaje aquí? ¿No parece más bien estar haciendo una referencia específica y directa a aspectos de la vida de Jesús que conectan al Jesús de los Evangelios con la declaración de que él era verdaderamente el Cristo, el Hijo de Dios? En vista de los puntos de análisis en toda la epístola, esto es lo más probable.

Por tanto, la cuarta explicación, que las referencias son al agua del bautismo de Jesús y a la sangre derramada en su muerte, parece más probable. Cerinto enseñó que el Cristo divino vino sobre Jesús en su bautismo, sin embargo, partió antes de su muerte. En contra de esta enseñanza, la declaración de Juan tiene sentido y es bastante directa. El Cristo encarnado en Jesús no vino **mediante agua solamente** en el bautismo, sino también **mediante [...] sangre** en su muerte. Jesús vino por la salvación del hombre tanto mediante su muerte como por su bautismo. La referencia a los elementos específicos en lugar de los eventos que representan podría ser un impulso hacia el

dualismo de los falsos maestros. No fue un mero fantasma o una experiencia de fantasía que el Cristo, representado por Jesús de Nazaret, pasó por estas experiencias físicas humanas.

NOTA SOBRE 1ª JUAN 5.7, 8

Se notará que la RSV no contiene la oración (partes de los versículos 7 y 8) que en la versión Reina-Valera dice, «Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra...». Esta adición es falsa sin ninguna duda. Fue agregada a la cita en 1ª Juan por un hereje español Prisciliano (fallecido en el 385 d.C.) en un sermón latino. De su obra, el versículo fue agregado a un manuscrito latino de Pseudo-Virgilius y gradualmente se abrió camino en los textos latinos tardíos. De éstos se copió en la traducción griega en sólo dos manuscritos griegos tardíos: 162 (siglo XV); 34 (siglo XVI) y en el margen del 88. Erasmo no lo incluyó en su primera edición de su testamento griego (1516) porque no aparecía en ninguno de los manuscritos que recopiló para su texto. Fue agregado a una edición posterior cuando un amigo le preguntó por qué lo había omitido. Le dijo al hombre que lo agregaría si se lo mostraba en un manuscrito; y así, a partir del manuscrito 34, pasó a formar parte del Texto Recibido en su tercera edición. Así entró en la versión Reina-Valera, que fue traducida de una edición posterior de este texto. No hay posibilidad de que este versículo haya sido parte del texto original.

Tres testigos, 5.7, 8

7Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno.* 8Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan.

[7] Hay otro testimonio de la encarnación. A la afirmación anterior de Juan, agrega (según la NASB, versión utilizada por el autor del presente estudio), **Y el Espíritu es el testigo**, o más literalmente, «el Espíritu es el que da testimonio». Juan quiere decir que el Espíritu da testimonio de los hechos que se han aseverado; el Espíritu Santo

*[La versión del autor no incluye lo anterior, dice en cambio «Y el Espíritu es el testigo, porque el Espíritu es la verdad».]

colabora en confirmar la veracidad del hecho de que Jesús es el Hijo de Dios. Probablemente la referencia sea a toda la revelación del Espíritu Santo en la experiencia de la iglesia, en primer lugar en la proclamación apostólica del evangelio por parte de los apóstoles, profetas y predicadores inspirados que predicaron el evangelio «por el Espíritu Santo enviado del cielo» (1ª P 1.12). En segundo lugar, el testimonio del Espíritu se mostró en las señales que dio confirmando esta palabra (Hch 14.1, 2; He 2.1–4). Luego, eventualmente, esto llevó a las Escrituras cristianas, por lo que permanece el testimonio del Espíritu dentro de la iglesia incluso para nosotros. Ese testimonio, representado por los cuatro Evangelios, la predicación incrustada en los Hechos de los Apóstoles y en las epístolas de Pablo, Pedro, etc., confirma la doctrina de la encarnación divina de Cristo Jesús (cf. 1ª Ti 3.16; Jn 1.1, 14; 6.51; Col 1.22; He 2.14; 5.7; 1ª P 4.1).

El Espíritu está especialmente calificado para dar este testimonio **porque el Espíritu es la verdad** (RSV). A menudo se le llama el Espíritu de verdad (Jn 14.17; 15.26; 1ª Jn 4.6). Por lo tanto, simplemente se le llama **la verdad**, compartiendo con la Deidad el carácter de no poder mentir (Tit 1.2; He 6.18).

[8] La combinación del **Espíritu** con los dos testigos mencionados anteriormente, **el agua y la sangre**, proporciona los **tres [...] que dan testimonio** en cuanto a que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Hay importancia desde el punto de vista del Antiguo Testamento en tener al menos tres testigos (Dt 17.6; 19.15; Mt 18.16). Parece haber pocas razones para no darle al **agua y la sangre** el mismo significado que tenían en el versículo 6, la venida de Cristo «mediante agua y sangre». Allí quiere decir más naturalmente que su encarnación terrenal incluyó su bautismo y su muerte. Así que aquí Juan probablemente quiere decir que el testimonio del Espíritu está unido al de estos dos eventos importantes de la vida de Jesús que ayudaron a identificarlo como el Cristo, el Hijo de Dios.

Algunos comentaristas piensan que la intención de Juan (usando el tiempo de acción continua del participio sustantivo) es enfatizar el testimonio que continuaba dándose en el momento en que escribió. Es lo más natural, piensan, que Juan se refiera aquí con agua y sangre a las dos cosas que tienen su origen en estos dos eventos de la vida de Jesús: el bautismo cristiano del bautismo de Jesús y la cena del Señor a partir de la muerte de Jesús. Sin embargo, parece que no hay razón para extender el significado de Juan más allá del significado más

obvio, especialmente porque mediante el testimonio del testigo inspirado de la iglesia primitiva el registro de estos eventos está tan enfatizado que todavía son efectivos como testimonio.

Juan enfatiza que los **tres [...] que dan testimonio [...] concuerdan**. Dan el mismo testimonio, todos testificando la verdad de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. La realidad de la encarnación del Cristo en el Jesús humano es lo que testifican específicamente estos testigos. Contra estos testigos debe sopesarse la negación de los falsos maestros. La curiosa construcción gramatical de esta oración se interpreta de diversas formas. Literalmente dice en griego, «y los tres a [eis] el uno son». Algunos ven *eis* como la introducción de una frase preposicional que da el objeto del testimonio, «los tres están dirigidos a éste, es decir, en su testimonio unánime». Parece mejor interpretar el *eis* no como una preposición verdadera sino como el *eis* hebraísta respondiendo al *le* hebreo e introduciendo predicados nominativos. La construcción es frecuente en el Nuevo Testamento tanto en citas de la Septuaginta (Mt 19.5; 1ª Co 6.16; 2ª Co 6.18; He 1.5) como en otros lugares (Lc 13.19; Jn 16.20; Ap 16.19; 1ª Ts 3.5). El significado correcto es que los tres testigos son uno, y concuerdan en dar el mismo testimonio.

Crea en el testimonio, 5.9–12

⁹Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. ¹⁰El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. ¹¹Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. ¹²El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

[9] Una vez más (vea 5.1) el autor apela a un principio general de la acción humana para mostrar su fuerte argumento y fundamentar la afirmación de Jesús. **Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios.** Juan usa una condición de realidad, queriendo decir que aceptamos tal testimonio. En asuntos legales, el testimonio de tres testigos es suficiente para resolver un asunto, incluso para ejecutar a un hombre si su crimen es un delito capital. Si le

damos tanta importancia al testimonio humano, ¿cuánto más **mayor es el testimonio de Dios** y por ello ser aceptado? ¿Por qué es mayor este testimonio? Juan dice que es **porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo**. Debido a que el testimonio consiste en que el Padre da testimonio de su Hijo, el testimonio es mayor.

El punto de Juan es que el Padre es el que mejor puede testificar del Hijo. Jesús mismo dijo, «nadie conoce al Hijo, sino el Padre» (Mt 11.27). El Padre que envió a Jesús testifica de él (Jn 8.18), haciendo que el testimonio sea más fuerte que el testimonio humano que se acepta en asuntos ordinarios. Juan usa un tiempo perfecto porque piensa que el valor de ese testimonio sigue siendo duradero.

[10] El testimonio que Dios tiene de Jesús establece su afirmación de ser el Hijo de Dios. **El que cree en este testimonio y, en consecuencia, cree en el Hijo de Dios** [Juan usa *pisteuein eis*, queriendo decir creer o poner la fe en él como persona] **tiene el testimonio en sí mismo**. El testimonio ya no es externo, sino que se ha implantado en su corazón y, por lo tanto, está ahí para confortarle (vea Jn 5.37).

El sentido es el mismo que el «tener» o «retener» el testimonio de Jesús en el Apocalipsis (6.9; 12.17; 19.10; cf. 20.4) donde los testigos o mártires sostienen ese testimonio y lo dan siempre que se presente la oportunidad (vea Ap 1.2).

Sin embargo, **el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso**. Juan aquí varía su construcción con el verbo «creer», usando el dativo: **no cree**, es decir, no confía en Dios. Así, en tal punto, el incrédulo ha decidido que el testimonio del Padre es mentira. La evidencia de esto es **no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo**.

[11] En el versículo 11, Juan enfatiza la consecuencia del testimonio. El testimonio (como se muestra en los vs. 9c y 10) es el que se refiere a Jesús como el Hijo de Dios. Este es el testimonio de Dios porque es el mensaje que viene de él, y este testimonio es lo que el creyente tiene en sí mismo, y lo da. A la luz de esto, cuando Juan dice que **este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo**, no nos está dando el contenido del testimonio de Dios. Más bien está aseverando la consecuencia de ese testimonio como el testimonio mismo. La segunda mitad de la declaración probablemente todavía depende de la partícula *que*. El testimonio quiere decir dos cosas: (1) Dios nos ha dado vida eterna, y (2) esa vida está en su Hijo. Los que creen tienen
(Continúa en la página 40)

La Primera Carta de Juan: Conclusión y resumen

El cuerpo principal de la Primera Epístola de Juan termina con 5.12. El hecho de que los versículos restantes (13–21) forman una conclusión y resumen se hace evidente por la similitud de estos versículos con la conclusión del Evangelio de Juan (vea Juan 20.30, 31). Este hecho queda claro también por la forma en que estos versículos recapitulan y resumen los temas principales de la epístola. El énfasis principal de la sección es la certeza de que el creyente ha establecido la comunión con Dios, y es evidente en la repetición de las ideas que Juan ha usado a lo largo de la epístola para la comunión: vida eterna (5.13, 20), nacido de Dios (5.18), conocer a Dios (5.20) y estar en él (5.20). Esta certeza se demuestra aún más por el uso repetido del verbo «conocemos», que se usa seis veces en la sección, y por una serie de declaraciones resumidas al final que afirman que el nacido de Dios no peca, es guardado para que el maligno no lo toque, se le haya dado entendimiento, esté en el Verdadero y tenga vida eterna.

La conclusión podría dividirse en tres partes. En la primera (vss. 13–17) se hace la declaración de que la carta fue escrita para que el creyente supiera que tiene vida eterna. Esto lleva a la idea de que tiene desnudo para orar, y esto a su vez sugiere el deber de orar por el hermano pecador. Los versículos 18–20 contienen un resumen de los diferentes temas de la epístola, cada uno de los cuales comienza con «sabemos» y acumula las certezas de la salvación. Finalmente (vs. 21) hay una advertencia de dejar la idolatría.

Divisiones de la cuarta parte

Tema: La comunión con Dios brinda certeza de salvación.

- I. LA CERTEZA DE LA SALVACIÓN, 5.13–17
 - A. El propósito de escribir ha sido asegurarle

- al creyente que tiene vida eterna, 5.13
- B. La certeza de salvación conduce al desnudo en la oración, 5.14, 15
- C. Los creyentes deben orar por hermanos que estén pecando, pero no de muerte, 5.16, 17

II. LA CONFIANZA DEL CRISTIANO EN LA REALIDAD DE SU FE Y ESPERANZA, 5.18–20

- A. El nacido de Dios no peca sino que está protegido del maligno, 5.18
- B. El cristiano pertenece a Dios, sin embargo, el mundo yace en pecado, 5.19
- C. El Hijo ha traído entendimiento y conocimiento al creyente y le ha dado comunión verdadera y vida eterna, 5.20

III. ADVERTENCIA FINAL CONTRA LA IDOLATRÍA, 5.21

LA CERTEZA DE LA SALVACIÓN, 5.13–17

El punto principal de Juan en la primera división de esta parte de la epístola es mostrar que la certeza que tiene el cristiano se extiende a la oración y que le abre el camino para orar por aquellos que no han pecado de muerte.

El propósito de escribir, 5.13

¹³Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.

[13] Como en pasajes anteriores donde Juan sugiere sus propósitos para escribir, comienza con un aoristo epistolar (un tiempo pasado que habla de una acción desde el punto de vista de la persona que recibe la carta, cuando ya será un hecho).

Él dice, **Estas cosas os he escrito** (literalmente «os escribí») **a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios. Estas cosas** probablemente se refieren a toda la epístola. Especialmente tiene en mente las secciones de la carta como 2.18ss.; 4.1ss.; 5.6–12, que han demostrado la importancia de la fe apostólica en Jesús como el Mesías que ha venido en la carne. A pesar de las muchas advertencias, Juan confía en que sus lectores aún conservan su fe en el nombre de Jesús como el Hijo de Dios. Sobre el uso del «nombre» en representación de la persona misma, vea los comentarios sobre 3.23.

Además, Juan dice que escribe **para que sepáis que tenéis vida eterna**. Esta es una de las garantías que Juan ha dado en la epístola. Comenzando con la declaración en el prólogo de que Jesús es la vida eterna que estaba con el Padre y nos fue manifestada (1.2), Juan les asegura a sus lectores que por medio de él gozan de la vida eterna como la promesa que les ha sido hecha (2.25) y que verdaderamente han pasado de muerte a esta vida (3.12), mientras que los que aborrecen a sus hermanos son homicidas que no pueden tener vida eterna permaneciendo en ellos (3.13). Finalmente, dice que Dios nos ha dado la vida eterna como testimonio y que el que tiene al Hijo tiene esta vida (5.11, 12). Establecer el hecho de que sus lectores poseían este don, dice, era uno de sus propósitos al escribir esta epístola. Este conocimiento les ayudó a los lectores cristianos a tener ciertas actitudes y confianzas que son importantes para sus propósitos.

Denuedo en la oración, 5.14, 15

¹⁴Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. ¹⁵Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.

[14] Los que tienen vida en él están en comunión con él. Así, los que son hijos de Dios y permanecen en él tienen el privilegio de la oración y pueden tener una gran confianza en la oración. Así dice Juan: **Y esta es la confianza que tenemos en él**. Es la cuarta vez que Juan menciona que la conexión del cristiano con Cristo y el Padre proporciona la base para un gran denuedo o confianza para con ellos. El término que se traduce como «confianza» por lo general incluye la voluntad de hablar con denuedo. El cristiano incluso podría tener este acercamiento a nuestro Padre sin temor

incluso cuando se enfrenta al juicio (2.28; 4.17). También podría sentirse libre de tener esta misma actitud en la oración, incluso cuando su corazón lo condena por no ser todo lo que exige el amor de Dios (3.21, 22). Ahora Juan repite el asunto de la confianza en la oración, diciendo: **si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye** (vea Jn 14.13ss.; 15.7). En 3.22, Juan había dicho que la condición para orar de manera aceptable es que guardemos sus mandamientos y hagamos lo que le agrada. Aquí es donde debemos pedir conforme a su voluntad. Su voluntad es para nuestro bien. La frase **él nos oye** supone que escucha y concederá las solicitudes.

[15] Juan continúa el análisis de la confianza que tenemos en la oración mediante el uso de una condición que supone que podemos [**saber**] **que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos**. Por supuesto, la condición ya establecida de que tenemos que pedir de acuerdo con su voluntad no requiere aclaración. Sabemos que nos escuchará de esta manera porque es justo lo que ha prometido hacer: «Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Mr 11.24). Ahora que sabemos que él nos escucha en todo lo que le pedimos, **sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho**. Esto podría querer decir que en el pasado sabemos que él ha escuchado y que de alguna manera nos han respondido. Simplemente sabemos por todo lo que ha prometido que no ignora nuestras peticiones. Otros piensan que Juan quiere decir que oramos con tanta confianza que podemos ver el don como dado y recibido incluso mientras oramos y antes de que Dios haya tenido tiempo de cumplir con nuestra petición. Nuestra confianza hace que la expectativa sea tan segura que sabemos que recibiremos incluso cuando pedimos.

Ore por hermanos descarriados, 5.16, 17

¹⁶Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. ¹⁷Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte.

[16] Juan muestra que está pensando especialmente en la oración por un hermano descarriado. El amor del que Juan ha hablado tantas veces en la epístola no solo hace que el cristiano sea consciente

de las necesidades físicas del hermano (3.17, 18), sino también del bienestar de su alma. Los falsos maestros que habían salido de entre los discípulos fieles probablemente habían apartado a algunos miembros de la iglesia con ellos y habían dejado a otros en duda o perturbados en cuanto a cuál era realmente la verdad (2.26). Debe recordarse que Juan estaba escribiendo para preservar el vínculo de comunión entre los hermanos (1.3). Probablemente su corazón estaba con los que estaban en duda e incluso con los que se habían apartado. Quizás algunos podrían ser recuperados; otros podrían recibir ayuda y conservar su fe. Fue con este fin que Juan aconsejó la oración.

Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida.

Juan está hablando a cristianos leales y fieles de su deber para con los que yerran (vea Ga 6.1). Se debe orar por cualquier hermano a menos que su pecado sea **pecado [...] de muerte**. El «pecado [...] de muerte» en griego es literalmente «pecado para muerte». Este término probablemente quiere decir un pecado que es fatal, así como una enfermedad «para muerte» en Juan 11.4 quiere decir una enfermedad de la cual no hay esperanza de recuperación. Es muy probable que la frase en sí no se refiera a ningún pecado en particular. Jesús describió el pecado de atribuirle a Satanás el poder del Espíritu Santo por el cual estaba echando fuera demonios un «pecado eterno» que jamás tiene perdón (Mr 3.29). Allí, por supuesto, el pecado es específico (la blasfemia). Vea Hebreos 6.4ss.; 10.26–29 por la posibilidad de una condición que excede el arrepentimiento. En este pasaje, Juan no menciona ningún pecado específico como «de muerte» o «mortal». En vista del contexto, puede ser que se refiera a la negación de la deidad de Jesús por parte de los falsos maestros con quienes ha estado tratando. Algunos de estos hermanos ya habían salido de ellos (2.19). Como los falsos maestros de 2ª Pedro 2.1ss., habían «[negado] al Señor que los rescató». Estos bien podrían ser juzgados como tan perdidos en su negación que no podrían ser recuperados, por lo que su pecado era de muerte. Sin duda, otros hermanos no habían llegado tan lejos. Es posible que todavía se hayan quedado con las iglesias, aunque inclinándose hacia los falsos maestros. En cada caso, el sustantivo griego para pecado es cualitativo sin artículo. Debería traducirse, «hay pecado que es mortal, y pecado que no es mortal». Juan no dice que hay «un» pecado que es mortal. Lo que Juan parece querer decir, entonces, es que

algunos cristianos eran culpables de un pecado que aparentemente era de muerte porque los que pecaban habían ido demasiado lejos, mientras que otros todavía parecían tener esperanza.

Las interpretaciones alternativas a este difícil versículo son: 1) que el pecado de muerte se refiere a un crimen por el que las autoridades podrían imponer la pena de muerte (por ejemplo, homicidio que podría ser un delito capital), 2) que el pecado es uno que la iglesia podría castigar con la muerte pidiéndole a Dios que visite al pecador como lo hizo con Ananías y Safira, como se registra en Hechos 5, y 3) que el pecado es uno que hace que la iglesia le retire la comunión o excomulgue al pecador. Sin embargo, no hay confirmación de estos significados.

Para el hermano al que se le observa cometiendo un pecado que no es de muerte, el cristiano, dice Juan, **pedirá** en oración (el verbo *aiteō* a menudo tiene el significado de pedir cosas en oración, Mt 6.8; 7.11; Stg 1.6; 4.3). El tiempo futuro aquí probablemente (como sucede con frecuencia, Mt 20.26; 22.37) tiene la intención de ser un imperativo suave, sugiriendo lo que debería hacerse. Otra posibilidad es que tal oración sea la acción lógica que se avecina para un cristiano de pensamiento recto que ve a otro hermano pecar de esta manera.

La respuesta a tal oración hecha con fe es que **Dios le dará vida**. El sujeto bien podría ser **Dios**, como lo dice la Reina-Valera, aunque el cambio de sujeto en los dos verbos (**pedirá** y **dará**) tan estrechamente conectados es difícil. La otra posibilidad es que el que ora conceda vida (indirectamente a medida que Dios responde a sus oraciones) a los hermanos que yerran. El significado sería que Dios otorgará vida para el pecador al hermano interesado que ora fervientemente por su prójimo cristiano descarriado. Esto está indicado por los dos dativos: Dios «le dará vida; esto es para los que cometen pecado». Su oración confiere un don o una bendición al pecador que yerra. Ese don es la vida. En respuesta a la oración, Dios dará vida por aquellos cuyo pecado no es mortal. La vida aquí probablemente signifique una vida más larga para resolver su problema y llegar al arrepentimiento, o podría querer decir una nueva vida en arrepentimiento (vea Stg 5.19).

Juan concluye el punto diciendo: **Hay pecado de muerte** (o fatal, como se muestra arriba); **por el cual yo no digo que se pida**. Juan no prohíbe orar por eso; él simplemente, en el caso del hombre cuyo pecado es mortal y sin esperanza, libera a los

lectores de la obligación de orar por él.

[17] El punto de vista de Juan sobre la posibilidad del perdón de algunos pecados y su clasificación de algún pecado como no de muerte no debe oscurecer la gravedad del pecado. Todo pecado es malo, porque **Toda injusticia es pecado**. El griego *adikia* aquí quiere decir «injusticia», donde «justicia» significaría una acción que se ajusta al estándar de lo correcto establecido por la revelación de la voluntad de Dios. Juan ya ha definido el pecado (1.9) como injusticia. También lo ha llamado anarquía (3.4). En cualquier caso, el pecado constituye un quebrantamiento de la norma de Dios. Aquí Juan no da más detalles sobre el castigo por el pecado, sin embargo, ya ha indicado que el pecado es del mundo que pasa (2.17), es tinieblas que excluye de la comunión con Dios (1.5, 6), es del diablo, que será destruido (3.8), y lleva al temor del castigo en el juicio (4.17, 18). Juan ha estado asegurándoles a sus lectores que por muy malo que sea el pecado, **hay pecado no de muerte**. Mediante la expiación de Jesucristo, el creyente puede ser perdonado por su maldad (1.7–9; 2.1ss.; 4.10). La oración ayudará al que está en peligro. Sin embargo, ningún pecado debe tomarse a la ligera.

LA CONFIANZA DEL CRISTIANO, 5.18–20

Los versículos 18–20 contienen un resumen de la epístola en forma de tres cosas que Juan dice que **sabemos**. Lo que **sabemos** se opone al conocimiento que afirman tener los falsos maestros.

Protección del maligno, 5.18

¹⁸**Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.**

[18] El primero de los tres resúmenes tiene que ver con el cristiano mismo y su protección. El cristiano fiel es aquel que **ha nacido de Dios**. Aquí nuevamente, como en 2.29; 3.9; 4.7; 5.1, el participio sustantivo está en tiempo perfecto, es decir, el que ha nacido y permanece en la relación (algo así como la «simiente» o «naturaleza» que permanece en él de 3.9). El tal **no practica el pecado**, es decir, no continúa pecando ni viviendo en pecado (presente de acción continua). Esta es una reafirmación de 3.9. Sin embargo, en pasajes como 2.13, 14; 4.4; y 5.4ss., Juan combina con esa declaración la idea

de victoria. El hecho que la acompaña es que el que nació de Dios **le guarda** (o a sí mismo) para que **el maligno no le [toque]**. Juan le asegura así la victoria al nacido de Dios. Está protegido por el poder disponible para él de Jesucristo para que el diablo ni siquiera pueda comenzar a hacerle daño. «Tocar» se usa aquí en el sentido de poseerle, un significado que a menudo se le da al verbo en la Septuaginta (Sal 105.15; 1° Cr 16.22; Zac 2.12).

La lectura griega que expresa el poder que le guarda (**Aquel que fue engendrado por Dios**) tiene dificultades textuales. La RSV sigue a Nestlé y algunos manuscritos en la lectura **el que ha nacido** (o engendrado) **le guarda**. Otra lectura consigna **se guarda a sí mismo**. Esto significaría que el cristiano, una vez engendrado de la palabra de verdad, se guarda para que el maligno no le toque. El pronombre **le** podría considerarse la lectura más difícil y, por lo tanto, el texto preferido, si no fuera por el hecho de que Juan nunca usa el verbo *gennaō* de Jesús siendo engendrado como el Hijo de Dios. Por lo tanto, la lectura **se guarda a sí mismo** es probablemente la lectura correcta. Compare el versículo final de Juan: «Hijitos, guardaos [a vosotros mismos] de los ídolos». Si se adopta la otra lectura, el significado es que Jesús, como el Hijo de Dios, guarda al fiel para que esté más allá del poder del diablo (cf. Jn 17.12, 15; Jud 1 y 1ª P 1.5).

El cristiano le pertenece a Dios, 5.19

¹⁹**Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.**

[19] El segundo de los tres resúmenes introducidos por **Sabemos** tiene que ver con la pertenencia del cristiano a Dios en oposición al mundo maligno del diablo: **Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno**. Esta oración resume versículos como 2.29; 3.1–3, 10 y 2.15–17; 3.1ss., 8; 4.5; 5.4, 5.

A lo largo de la epístola, Juan ha buscado establecer el estatus del verdadero discípulo y confortarlo contra las falsas afirmaciones de los gnósticos. Este discípulo puede conocer verdaderamente a Dios: saber que está en él (2.5), saber que le conoce (2.3), saber que ha nacido de él (2.29), saber que es su hijo (3.1ss.), saber que él es de la verdad (3.19), y saber que permanece en él (4.13). Sabemos tales cosas guardando sus mandamientos (2.3) o su palabra (2.5), andando en luz (2.6), haciendo

justicia (2.29; 3.10), amando a los hermanos (3.10), el testimonio del Espíritu (3.24; 4.13), escuchando a los maestros de Dios (4.6), nuestra confesión de fe (4.15), nuestro Dios amoroso (5.2). Todo lo anterior lo resume Juan diciendo que **sabemos que somos de Dios**. Hasta este punto, Juan siempre ha usado «somos de» (*ek*, «provenir de Dios») queriendo decir que Dios es la fuente de nuestra vida y engendramiento. Ahora, por primera vez, utiliza el predicado genitivo o posesivo: **Somos de Dios**, es decir, «somos de Dios; le pertenecemos». La seguridad del cristiano es que, como hijo de Dios, le pertenece a Dios.

La antítesis que se podría esperar es que otros sean del mundo o del diablo (vea Jn 8.34ss.). Sin embargo, Juan dice en cambio: **el mundo entero está bajo el maligno**. El verbo *keimai* que aquí se traduce como **está bajo** quiere decir literalmente «yacer en», «encontrarse uno mismo en». A menudo se usa para referirse a la condición en la que alguien se encuentra (2º Macabeos 3.11; 4.31, 34). La idea aquí es la pasividad y la impotencia, por así decirlo, del mundo maligno y pecaminoso que no conoce a Cristo. Si esta descripción del antiguo mundo pagano parece demasiado severa, deberíamos considerar Romanos 1.18ss. y 1ª Pedro 1.18. La división entre el mundo y los que son de Dios es una de las cosas claramente demostradas en los escritos de Juan, y él dice que sabemos que es verdad. Para contrastes similares, consulte 4.5ss.

Entendimiento y vida eterna, 5.20

²⁰Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.

[20] La tercera verdad en la conclusión de Juan se refiere a otro hecho que, según él, **saben** sus lectores, es decir, **el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero**. La declaración resume la enseñanza de las secciones anteriores, especialmente 3.8; 4.9 y 5.6–12 sobre Dios enviando al Hijo y la venida del Hijo. El énfasis a lo largo de la epístola ha estado en la realidad de la manifestación de Jesús como el Cristo el Hijo de Dios (1.2; 3.5; 4.2). Otros podrían negar su venida y sus resultados permanentes (Juan usa un tiempo perfecto), sin embargo, los cristianos saben que **ha venido**. La revelación (Juan diría la

manifestación) de Jesucristo, acompañada de un fuerte «testimonio», le da al creyente esa confianza.

El resultado de su venida es que se ha dado **entendimiento**. La palabra griega quiere decir percepción o inteligencia, la capacidad de discernir algo de manera correcta. Es el único uso que hace Juan del término. Este entendimiento nos permite **conocer** (el verbo quiere decir reconocer o gozar de la experiencia de) **al que es verdadero**. El hecho de que Dios es verdadero en este contexto quiere decir que él es real o genuino en oposición a los dioses falsos o inexistentes (vea 1ª Co 8.5). Juan dice que la manifestación del Hijo nos ha dado entendimiento para conocer al Dios real, es decir, al único Dios verdadero. Compare su declaración en el siguiente versículo: «guardaos de los ídolos».

Sin embargo, Juan dice además que no solo podemos conocer al verdadero, sino que **estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo**. Es el único uso que hace Juan de la frase simple estar **en él** (RSV). En cambio, Juan ha usado varias veces la frase «permanecer» o «permanecer en Dios» o «el Hijo» con algo así como el mismo significado (2.6, 24, 27, 28; 3.6; 3.24; 4.13). Parece que con estas expresiones se refiere básicamente al sentido de relación personal (conexión con el Padre y el Hijo en el organismo espiritual que es su cuerpo o iglesia) y de compañerismo o comunión. Probablemente **estamos en el verdadero** debería ser considerado el término más explícito, y es característico de Juan que en su mismo resumen y párrafos finales de la carta deba cambiar de fraseología y no simplemente decir lo mismo a modo de resumen. Era para promover la comunión con los cristianos, una comunión que es «con el Padre, y con su Hijo Jesucristo», que Juan comenzó su carta (1.3). Ahora la finaliza con la certeza de que estamos en el verdadero donde se encuentra esa comunión o compañerismo.

Esta parte del versículo, junto con la parte final, **Este es el verdadero Dios, y la vida eterna**, plantea un difícil problema de interpretación. Cuando Juan dice que conocemos **al que es verdadero**, ¿se refiere al Padre o al Hijo? El griego no tiene conectivo o conjunción y parece usar la frase **en su Hijo Jesucristo** como una aposición, identificando a Jesús como **el verdadero**. Este es luego seguido por la oración **este es el verdadero Dios, y la vida eterna** que, si se toma con la frase **en su Hijo Jesucristo**, identifica a Jesucristo como Dios. Wilder (*Interpreter's Bible*) señala que, tomada de esta manera, la declaración proporciona una

de las declaraciones más explícitas del Nuevo Testamento sobre la deidad de Jesucristo. Por esta razón, el pasaje ha sido muy debatido.

Es posible interpretar el lenguaje de más de una manera:

1) Las cláusulas **conocer al que es verdadero, estamos en el verdadero** y **Este es el verdadero Dios**, todas podrían referirse al Padre. Dado que el Hijo es quien nos da entendimiento para conocer al que es verdadero, podría parecer que éste sea otro que no sea el mismo Hijo. El pronombre **su** en la frase **en su Hijo Jesucristo** parecería tener la frase sustantiva **al que es verdadero** como antecedente. Esto armonizaría con Juan 17.3, donde «el único Dios verdadero» se distingue de «aquel a quien tú enviaste» (es decir, el Hijo). Esto, entonces, haría de la frase **en su Hijo Jesucristo** una afirmación adicional, igual a **estamos en el verdadero** y también **en su Hijo Jesucristo**. La dificultad con ello es que el griego aquí no tiene «y».

2) Es posible considerar que estas tres declaraciones se refieren a Jesucristo, incluida la que dice que **este es el Dios verdadero**. En vista de la aposición **en su Hijo Jesucristo** (donde el **su** podría identificarse simplemente en el contexto general como el significado del Hijo de Dios), incluso la frase que **nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero** podría referirse a la auto-revelación de Cristo como participante en la verdadera deidad. No debe considerarse extraño que Juan le llame a Jesucristo Dios, en vista de que es la afirmación y declaración central del Evangelio de Juan. Lo afirma primero en la declaración del prólogo de que el Verbo era Dios (1.1). En segundo lugar, la lectura «el único Dios» (Jn 1.18, *monogenēs theos*; RSV), que ciertamente tiene un fuerte reclamo de ser la lectura correcta, también lo afirma. Y finalmente, el clímax del Evangelio, donde Tomás exclama «Señor mío y Dios mío» (Jn 20.28), llama a Jesús «Dios». Otros pasajes del Nuevo Testamento hablan de él como Dios (por ejemplo, He 1.8; probablemente Ro 9.5; Tit 2.13). El significado, entonces, sería que **el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero** [el Hijo Jesús]; **y estamos en el verdadero, en su** [de Dios] **Hijo Jesucristo. Este** [el Hijo] **es el verdadero Dios, y la vida eterna.**

3) La tercera posibilidad es que si bien las declaraciones **para conocer al que es verdadero** y **estamos en el verdadero** se refieren a Dios Padre, Juan pasa a afirmar la verdad adicional de que

estamos **en el Hijo** del Padre y que el Hijo en un sentido real **es el verdadero Dios, y la vida eterna.**

La deidad de Jesucristo y la pertinencia de referirse a él como Dios no dependen de este pasaje. La indicación más fuerte de que, sea en el sentido de 2) o 3), arriba, la declaración **Este es el verdadero Dios** quiere decir que Jesucristo es el hecho de que Juan agrega la descripción adicional **Este es [...] la vida eterna**. Esta frase en el contexto de 1ª Juan parece querer decir Jesucristo. Debe recordarse que en su declaración inicial (1.2) al mencionar la encarnación y manifestación de Jesús, Juan afirma, «porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó». Juan ha mantenido esta referencia en todo momento, o de hecho no insinúa ningún doble significado. Jesús es la vida eterna. En 2.25 habla de la vida eterna prometida, queriendo decir evidentemente en el contexto que tal vida se encuentra permaneciendo en el Hijo y en el Padre. En 3.15 niega que tal vida pueda estar en un homicida. Sin embargo, en 5.11 definitivamente identifica la vida eterna con el Hijo: «Dios nos ha dado vida eterna: y esta vida está en su Hijo». Es en este contexto que debe entenderse **Este es el verdadero Dios, y la vida eterna**. Esto parece culminar la afirmación de Juan sobre la persona y obra de Jesucristo en la epístola, como lo hizo la exclamación de Tomás, «Señor mío y Dios mío», en el Evangelio de Juan.

ADVERTENCIA FINAL CONTRA LA IDOLATRÍA, 5.21

²¹**Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén.**

[21] Como punto final, el Dios verdadero es contrapuesto a los ídolos. Juan exhorta: **Hijitos, guardaos de los ídolos**. Juan no ha mencionado previamente a los **ídolos** en la epístola. La mención del Dios verdadero tiene que recordarle que la región alrededor de Éfeso, donde probablemente vivían los lectores de la epístola (en realidad, el caso sería muy similar en el mundo grecorromano en cualquier lugar donde los lectores podrían haber vivido), abundaba el culto idólatra, constituyendo una de las principales amenazas para la seguridad de los cristianos. La asistencia a las fiestas en honor de los dioses paganos que se llevaban a cabo en los templos no podía ser considerada otra cosa que idolatría por Juan, y está claro en Apocalipsis (Continúa en la página 40)

La Segunda Carta de Juan

La Segunda Carta de Juan está escrita por alguien que se define a sí mismo como «el anciano» y va dirigida a una «señora elegida» y sus hijos. La carta tiene el mismo tipo de autenticación en la iglesia primitiva que 1ª Juan. Su estilo común sostiene firmemente que el anciano y el autor de 1ª Juan son la misma persona.

La «señora elegida» (*eklektē kuria*) tiene varios significados posibles. Si la designación es personal, 1) *kuria* podría ser un nombre personal, con «elegida» o «escogida» como modificador descriptivo: «a la elegida Ciria». 2) *Eklektē* podría ser un nombre propio (como lo consideró Clemente de Alejandría, *Hipótipos, Padres Antenicenos*, Vol. II, págs. 576ss.), con *kuria*, «señora», un apositivo: «a la señora Eclecte». El término *eklektē* se usa con mayor frecuencia como un adjetivo que quiere decir «elegida» o «escogida», sin embargo, existe documentación para *eklektē* y *kuria* como nombres propios. 3) O podría ser que ninguno de los términos es un nombre personal y que ambos estaban destinados a ser descriptivos: «a la señora elegida», sin que se le identifique más a la persona. Contra la idea de que *eklektē* es un nombre, está el uso que hace Juan de la misma palabra en el versículo 13 como adjetivo: «Los hijos de tu hermana, la elegida, te saludan». Difícilmente habría habido dos hermanas con el mismo nombre, ni el autor probablemente habría usado el adjetivo que describe a la hermana de alguien cuyo nombre era «Eclecte». Si se prefiere una señora cristiana individual, no hay posibilidad de identificarla. Otros argumentos, como la delicadeza de Juan al declarar su amor por la señora, son demasiado subjetivos para ser tomados en serio como prueba para determinar la identidad de la señora.

Sin embargo, lo más probable es que la «señora elegida» no es una persona en absoluto, sino la

personificación de una iglesia local.

El caso para lo anterior es muy fuerte. El uso del pronombre personal plural «vosotros» (*humas, humin*) en los versículos 10 y 12 y la forma plural del verbo en los versículos 6 y 8 parecen indicar que *kuria* no es una sola persona y, por lo tanto, sugiere la probable conclusión de que los términos han de traducirse como «la señora elegida» e interpretarse como una referencia a una comunidad cristiana a la que Juan está escribiendo. También es posible que Juan esté incluyendo a los hijos de la señora elegida en el pronombre y, por lo tanto, el argumento no es concluyente. Tal personificación de una iglesia, sea en el sentido universal (Ap 21.9; 22.17; Ef 5.22ss.) o en el sentido local (2ª Co 11.2; y probablemente 1ª P 5.13) es común. Hay un precedente de ello en el Antiguo Testamento en la figura de Israel como una hija (Is 52.2), una esposa (Jer 2.2), una madre (Is 54.1ss.). La literatura de la iglesia primitiva (por ejemplo, el *Pastor de Hermas*, donde se representa a la iglesia como una señora) continuó con el mismo uso.

La carta tiene que ver con el ofrecimiento de hospitalidad a los misioneros viajeros. Después de una introducción, en la que el autor modela su saludo para enfatizar el significado y la continuidad de «la verdad» (1–3), define qué quiere decir «seguir la verdad»; incluye «amor», sin embargo, tiene que ser «conforme a la verdad» (4–6). Luego advierte a la señora contra los falsos maestros (7–9) y prohíbe ofrecerles hospitalidad (10, 11). En la parte final (12, 13) anuncia su intención de visitar y envía sus saludos.

Divisiones de 2ª Juan

I. EL PRÓLOGO, 1–3

II. SEGUIR LA VERDAD: QUÉ QUIERE DECIR Y QUÉ IMPLICA, 4–11

- A. Andar en la verdad quiere decir andar de acuerdo con los mandamientos de Dios, 4–6
- B. Se advierte a la señora y sus hijos que tienen que tener cuidado con los engañadores (falsos maestros) que van más allá de la doctrina de Cristo, 7–9
- C. Como medida práctica, los lectores ni siquiera han de ofrecerles hospitalidad a los falsos maestros, 10, 11

III. EL CIERRE DE LA CARTA: INTENCIÓN DE VISITA Y SALUTACIÓN, 12, 13

EL PRÓLOGO, 1–3

¹El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, ²a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros: ³Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor.

[1] La Segunda Epístola de Juan es escrita por alguien que se llama a sí mismo **el anciano**. El término quiere decir literalmente «el hombre mayor de edad», usado como sustantivo. Podría ser utilizado por un autor 1) que deseara llamar la atención sobre sus años avanzados como demandando el respeto de sus lectores o 2) que deseaba referirse a su posición oficial en la iglesia mediante el uso del término como un título. Como título de la iglesia, el término se usaba indistintamente con «obispo» o «supervisor» (Hch 20.17, 28; Tit 1.5, 7). Dichos oficiales parecen haber existido siempre en pluralidad en cada iglesia local (Hch 14.23; 20.17, 28; Fil 1.1; cf. *Didache* 15; *1º Clemente* 42). Dado que esta era la práctica de la política eclesiástica del Nuevo Testamento en el momento de escribir Juan, podría haberse referido a sí mismo como un anciano en un sentido oficial (vea 1ª P 5.1). Dado que no hay evidencia de que el apóstol a quien tradicionalmente se le atribuye la epístola fuera un anciano, probablemente Juan se califica a sí mismo de esta manera debido a su avanzada edad. Se dirige a sus lectores en un momento de peligro en su vida congregacional cuando son perturbados por nuevas enseñanzas, refiriéndose a sí mismo como «el anciano» porque tal descripción llama la atención a su larga conexión con la herencia de la iglesia y demuestra su derecho a hablar.

Hay otra posibilidad que surge de lo anterior. Existe documentación de que en el siglo segundo era costumbre referirse a los primeros testigos de Jesucristo como los «ancianos» o «antiguos», aquellos que eran los «testigos oculares» de las obras de Jesús o que eran, por tanto, los más importantes en el línea de testimonio que se remonta al mensaje de Jesús. Aunque el término a menudo quiere decir la segunda línea de testigos que habían escuchado a los apóstoles, es posible que la referencia de Juan a sí mismo como el «anciano», además de referirse a su avanzada edad, también haya señalado el hecho de que él era el último sobreviviente del oficio apostólico. En todo caso, es como «el anciano» que a Juan se le ha de escuchar.

La carta va dirigida a **la señora elegida**. En la introducción se ha argumentado a favor de ello como una personificación de una iglesia. **Sus hijos**, entonces, probablemente sean miembros de una iglesia local. El versículo 13 se refiere a una iglesia similar en los alrededores, y sus hijos también son sus miembros. Si se va a aceptar el significado congregacional, la razón de Juan para emplear este título en lugar de mencionar a la iglesia por su nombre geográfico local podría haber sido simplemente un asunto de estilo, o puede que haya sido para la protección de la iglesia receptora en caso de que la carta cayera en manos de funcionarios gubernamentales.

El término **elegida** quiere decir «escogida» o «seleccionada». Tal término tiene connotaciones teológicas antiguotestamentarias, donde designa a aquellos a quienes Dios escogió de entre los hombres y estableció relaciones de pacto consigo mismo (Dt 4.37; Is 45.4). La designación también se usa en el Nuevo Testamento de los cristianos como elegidos de Dios (1ª P 1.1; 2ª Ti 2.10). Más simplemente, el adjetivo podría querer decir «elección» o «excelente», ya que, por ejemplo, Pablo elogia a Rufo como «escogido en el Señor» (Ro 16.13; «eminente», NASB), sugiriendo el significado de «la dama excelente».

Los **hijos** de la señora elegida probablemente sean miembros de la iglesia local, si la carta es para una congregación. A estos hijos, dice Juan, **amo en la verdad**. Indudablemente los ama por la asociación que ha tenido con la iglesia en el pasado, así como por el vínculo que lo une a ellos en Cristo. La expresión «en la verdad», que carece del artículo en el original, podría interpretarse adverbialmente como «sinceramente» o «verdaderamente», o, de conformidad con la costumbre griega de omitir

el artículo con un sustantivo definido cuando va precedido de una preposición, podría interpretarse en el sentido de «verdaderamente». Aunque varios comentaristas y traductores modernos consignan «verdaderamente» o «sinceramente», la frecuente repetición del sustantivo «verdad» en el primer párrafo («conocido la verdad» y «a causa de la verdad» en el vs. 2 y «en verdad y amor» en el vs. 3) apunta a un significado más específico.

El tema de la carta es que la iglesia no ha de aceptar maestros de falsa doctrina en su comunión. Juan desarrolla la idea de que la relación entre él y la iglesia a la que está escribiendo, y de hecho entre todos los cristianos, está determinada por su apego a la verdad. «La verdad» aquí no parece ser sustancialmente diferente de la «doctrina de Cristo», entendida objetivamente. La fuerza del tiempo perfecto «conocido la verdad» (es decir, aquellos que han llegado a conocer y continúan haciéndolo, vs. 1) y el uso de «a causa de la verdad que permanece en nosotros» (vs. 2), donde el verbo «permanece» (griego *menein*) quiere decir «una comunión personal interna y duradera» (Arndt-Gingrich) basada en la verdad, muestra que tal verdad es el elemento constitutivo de la comunidad cristiana.

Sin embargo, el amor de Juan por la señora y sus hijos no es singular: **no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad** de la misma manera. La razón de tal amor de hecho surge de la verdad o del evangelio. La verdadera comunión con Dios se establece cuando el creyente llega a conocer la verdad y permite que esa verdad permanezca en él. Cuando tenemos esa comunión, también tenemos comunión con hermanos que también conocen la verdad. Entender y creer el amor que Dios tiene por nosotros (1ª Jn 4.16) es devolver ese amor al Padre, y amar a tal Padre quiere decir amar también a sus hijos (1ª Jn 4.21; 5.1). La afirmación de que **todos los que han conocido la verdad** aman a los hijos de la señora puede asumir que aquellos a quienes se dirigía eran una iglesia conocida cuya reputación se extendía dondequiera que el evangelio había ido.

[2] El hecho de que todos los que conocen la verdad amen a los hijos de la señora elegida es tanto más natural **a causa de la verdad que permanece en nosotros**. La verdad que habían acogido los había establecido en comunión con Dios y entre ellos. El verbo «permanece» aquí es una palabra favorita de Juan para una comunión personal. Su preocupación en esta epístola, como

en 1ª Juan, es que los cristianos permanezcan en la doctrina o palabra, la verdad que habían recibido desde el principio, y que le permitan a esta verdad permanecer en ellos (1ª Jn 2.5, 14, 24ss., 27; 2ª Jn 4). La situación revelada tanto por la primera como por la Segunda Epístola es que la comunión de la iglesia está en peligro por los engañadores que no continúan aferrándose a la verdad como fue proclamada desde el principio (1ª Jn 2.18ss.; 2ª Jn 8–11).

[3] Así como Juan confiaba en que la verdad de Dios estará con nosotros para siempre, también promete: **Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre**. Las bendiciones de Dios son tan constantes y duraderas como su verdad.

La anterior promesa modifica la forma tradicional del saludo que normalmente se encuentra en la carta helenística. El estilo habitual en la escritura de cartas era, después de mencionar al autor y al destinatario, enviar saludos («salud», Stg 1.1, *chairein*, un infinitivo con una especie de sentido imperativo: «Salve», «Que seas feliz»). En la mayoría de las epístolas del Nuevo Testamento, el «saludo» es reemplazado, como aquí, con el sustantivo correspondiente «gracia». A esta forma helenística de saludo, se le agrega la palabra hebrea «paz». En algunos lugares del Nuevo Testamento, el carácter religioso de la carta se acentúa con la adición de «misericordia», como sucede aquí (1ª Ti 1.2; 2ª Ti 1.2; Jud 2). Por lo general, se omite el verbo con el saludo. Solo 2ª Pedro 1.2 y Judas 2 agregan el verbo «multiplicadas». El uso de Juan aquí es, por lo tanto, muy interesante. Él usa esta fórmula triple inusual y expresa de manera única el verbo en tiempo futuro: **Sea con vosotros gracia, misericordia y paz** para siempre.

Estas bendiciones vienen y seguirán viniendo **de Dios Padre y del Señor Jesucristo**. La preposición se repite quizás para enfatizar la igualdad del Hijo con el Padre como fuente de todas las bendiciones. Los mejores manuscritos omiten «Señor» antes de Jesucristo (una palabra que Juan nunca usa en este sentido en las epístolas). Sin embargo, note cuán específico es Juan: **de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre**. Sin duda, en su preludio, Juan anticipa su afirmación de que Jesús es el Cristo y el Hijo del Padre (vea comentarios sobre el versículo 7 y sobre 1ª Jn 4.8; 5.5, 12).

Finalmente, por cuarta vez en la introducción, Juan menciona **la verdad** y por segunda vez la conecta con el amor: las bendiciones de Dios

continuarán con nosotros **en verdad y en amor**. Una vez más, Juan probablemente está pensando en los dos términos de manera concreta. La gracia, la misericordia y la paz de Dios estarán con nosotros en conexión con la verdad que debemos seguir y el amor que debemos mostrar a todos. Si nos beneficiamos de su ayuda, Dios nos dará su gracia, misericordia y paz de tal manera que se manifestarán en nuestras vidas.

ANDAR EN LA VERDAD; QUÉ QUIERE DECIR, 4-11

La parte principal de la epístola de Juan se compone de los versículos 4-11. La preocupación de Juan es que la comprensión del amor no lleve a los cristianos a albergar falsos maestros para su propia destrucción. El disfraz de seguir los mandamientos, o incluso el mandamiento específico del amor, tiene que entenderse a la luz de la verdad tal como es en Cristo y ha sido recibida desde el principio. «Andar en la verdad» y el nuevo mandamiento del amor se definen o describen de esta manera (vss. 4-6). A continuación se establece la advertencia contra los falsos maestros (7-9). Y finalmente, a los que están en el error se les debe negar incluso la hospitalidad (10, 11).

Cuando andamos en la verdad, 4-6

El método habitual de comenzar el cuerpo de una carta mencionando alguna circunstancia agradable o feliz entre los dos corresponsales (vea 3ª Jn 3) es usado por Juan para llegar directamente al punto de la breve epístola. El contraste entre algunos de los hijos de la señora que son fieles con otros que, él insinúa, no lo son y con engañadores que no confiesan a Cristo (vss. 7-10) constituye su principal preocupación.

⁴Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. ⁵Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. ⁶Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio.

[4] Como en las otras dos cartas, el autor comienza con una nota de gozo: **Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad**. A Juan le habían llegado noticias de

la conducta de los hijos de la señora. La palabra **algunos** no está en el original, sin embargo, es exigida por la idea partitiva en griego: «Encontré a tus hijos siguiendo...». Podría querer decir que Juan había conocido solo parte de los hijos, sin embargo, el significado más obvio es que no todos los que había conocido eran fieles. Si se refiere a una iglesia, entonces había un sentimiento dividido en la iglesia. Si bien era trágico, Juan se regocijó de que **algunos** (probablemente la mayoría, en vista de que su gozo es mucho) continuaran en la verdad tal como la habían aprendido. Compare con 3ª Juan 4, «No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad». En la Primera Epístola, Juan había mencionado la comunión entre ellos y con el Padre y el Hijo (1ª Jn 1.3, 4) y había declarado que se había comprometido a escribir para que el gozo de sus lectores fuera completo o pleno en esta comunión.

La razón del gran gozo de Juan era que algunos de los hijos estaban **andando en la verdad**. Aquí nuevamente Juan usa el sustantivo **verdad** con la preposición «en» (*en*). Es evidente que la frase no es meramente adverbial: «Los encontré verdaderamente andando», sino que quiere decir «siguiendo la verdad», es decir, la revelación del evangelio como norma de conducta. En griego, la metáfora aquí es en realidad «andando en la verdad». «Andar» en el sentido de conducta o un «estilo de vida» constituye una figura confinada al Nuevo Testamento principalmente a las epístolas de Pablo y a 2ª y 3ª de Juan. El estado o esfera en la que alguien se comporta generalmente se designa (como aquí) por la preposición *en* seguida de un sustantivo: «en buenas obras» (Ef 2.10); «en pecados» (Col 3.7). Dado que Juan cree que permanecer en lo que se había proclamado desde el principio del evangelio era necesario para la comunión continua con Dios y Cristo (1ª Jn 2.24), era la noticia de que algunos de los hijos de la señora estaban siguiendo o andando en la verdad lo que le daba un gran gozo. La necesidad de seguir la verdad surge por el hecho de que era **conforme al mandamiento que recibimos del Padre**. Juan se había referido al mandamiento de Dios en 1ª Juan 3.22ss.: «y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado».

Al describir la obediencia de ellos, Juan usa

una fuerte comparación: **conforme al mandamiento que recibimos**. Es un cumplimiento adicional que apunta a la plenitud o casi perfección de la obediencia de ellos (vea 1ª Jn 2.6, 27; 3.3, 7, 23; 4.17).

[5] En otras ocasiones en sus escritos, Juan se vuelve a nuevos aspectos de su tema con énfasis en la urgencia del asunto que nos ocupa: **Y ahora** (Jn 17.5; 1ª Jn 2.28). Esto introduce la preocupación principal de la epístola basada en su declaración de regocijo. Juan había dicho que estaba feliz de encontrar a los hijos de la señora siguiendo la verdad. **Y ahora** (tengo una petición que hacer): **te ruego, señora [...] que nos amemos unos a otros**. Algunos de los hijos de la señora no estaban siguiendo la verdad. La situación particular es revelada por el contexto. «Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne» (vs. 7). Juan ama «en [...] verdad», y todos los que «conocen la verdad» hacen lo mismo (vs. 1). Esa verdad permanece en nosotros y estará con nosotros para siempre (vs. 2). La conducta cristiana, incluso la práctica del nuevo mandamiento de Jesús, se basa en la perspectiva correcta de la doctrina. Sobre esta base, el amor discrimina; no incluye el error ni a los que enseñan el error. La solicitud **te ruego** está quizás un poco sobre traducida aquí; el verbo *erōtaō* quiere decir «pedir algo», «hacer una petición».

La petición del anciano, dice, **no como escribiéndote un nuevo mandamiento**. Jesús le había llamado a su mandamiento de amarse unos a otros como él los había amado un mandamiento «nuevo» (Jn 13.34). En ese pasaje, Jesús parece haber estado contrastando el mandamiento más antiguo bajo la Ley (Lv 19.15) de amar al prójimo como a uno mismo con la nueva comprensión de ese deber, tal como el cristiano lo ve contrapuesta a la forma en que Dios le ha amado (y a todos los hombres) en Cristo. Cuando Juan usa el término nuevo aquí y en 1ª Juan 2.7ss., es natural pensar que se refiere a la declaración de Jesús en cuanto a que este mandamiento es «nuevo». Si bien podría asumirse lo anterior, el contexto parece mostrar que Juan quiere decir más. Los falsos maestros declararon nuevas enseñanzas, que no habían sido parte de la instrucción cristiana desde el comienzo de la iglesia. Incluso el «nuevo mandamiento» de Jesús había sido parte de la doctrina desde el principio. Por eso a los cristianos se les había enseñado a practicar esa virtud desde el principio de su obediencia a Cristo. Era un mandamiento **que hemos tenido desde el principio**. El término

principio tiene su propio uso en el Nuevo Testamento. Denota el primer momento en un contexto dado. A menudo, quiere decir creación (He 1.10) o la manifestación de Jesús al mundo (Lc 1.2; Jn 15.27). Cuando se usa para cosas que son anteriores al mundo, quiere decir «antes de que comenzara el tiempo». Por lo tanto, se usa del pecado del diablo (Jn 8.44; 1ª Jn 3.8) y de la existencia de Cristo (Jn 1.1; 1ª Jn 1.1ss.). En otras ocasiones, podrían querer decir el principio de la iglesia (Hch 11.15), cuando se proclamó por primera vez el evangelio. En el pasaje que nos ocupa, el principio lo constituye el primer escuchar y obediencia a la palabra, el principio de ser cristianos (1ª Jn 2.24; 3.11; 2.7).

[6] Hemos de amarnos unos a otros, sin embargo, ¿qué quiere decir? **Este es el amor, que andemos según sus mandamientos**. El mandamiento de amar es un mandamiento resumido; incluye todo lo que hemos de hacer en respuesta a lo que Dios ha revelado de sí mismo y de su voluntad. El mandamiento a amar se basa en la revelación de Dios. Observe cómo Juan equipara «andando en (seguir) la verdad, conforme al mandamiento que recibimos» (*kathōs entolēn*, vs. 4), **andemos según sus mandamientos** (vs. 6), y «andar [seguir] en ello, es decir, el amor» (vs. 6b). Juan está diciendo, en su manera característica de repetir frases que son virtualmente equivalentes, que amarnos unos a otros ha de tomarse en el contexto de los mandamientos y la verdad de Dios. Por lo tanto, no está simplemente diciéndoles a sus lectores que han de «amar a todos» indiscriminadamente. Han de amar «en la verdad» como lo hacen «todos los que han llegado a conocer la verdad». Lo que lo anterior quiere decir en particular se aclara en los siguientes versículos.

Este es el mandamiento: [...] como vosotros habéis oído desde el principio. Sobre esto, vea el versículo anterior. Nótese más arriba que en **andéis en amor** a mitad del versículo 6, la RSV ha interpretado el pronombre femenino griego (*autē* «ella») como una referencia al sustantivo femenino (en griego) **amor** en lugar del sustantivo **mandamiento** y, por lo tanto, ha sustituido «amor» por el ambiguo «ello» de nuestro idioma. Dado que «mandamiento» y «amaos unos a otros» se oponen entre sí en el contexto, este cambio no agrega nada, y se aclara en nuestro idioma.

Advertencias contra los falsos maestros, 7–9

7 Porque muchos engañadores han salido por el

mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. ⁸Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. ⁹Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo.

[7] La razón de peso de los escritos de Juan, y especialmente de lo que ha dicho sobre andar conforme a la verdad y sobre el amor, es el surgimiento de los falsos maestros. Se tiene que prestar atención a los asuntos que acabamos de mencionar, **Porque** [el griego es una partícula causal fuerte, *hoti*] **muchos engañadores han salido por el mundo.** Aquí puede hacerse referencia a 1ª Juan 2.18, 19, donde Juan describe maestros que «salieron de nosotros, pero no eran de nosotros» y a 4.1, «muchos falsos profetas han salido por el mundo». Allí, también, el autor había descrito a tales hombres como «los que os engañan» (1ª Jn 2.26). **Engañadores** es una palabra fuerte, y muestra cuán seriamente piensa el autor que eran las enseñanzas y la influencia de los falsos maestros. «Engañador» o «seductor» (como podría traducirse la palabra) era casi una palabra técnica judía para un hereje. La acusación de los sacerdotes judíos de que Jesús era un engañador jugó un papel importante en provocar su muerte (Mt 27.63; Jn 7.12, 42). Juan argumenta que el nombre que se aplica falsamente al Salvador pertenece apropiadamente a estos maestros.

Sin embargo, los falsos maestros no solo eran engañadores, eran **anticristos**. La palabra quiere decir un adversario o uno que se opone a Cristo. Sobre la aplicación de la palabra en Juan, vea el comentario sobre 1ª Juan 2.18, 22; 4.3, donde el autor había aplicado la expectativa de la venida del anticristo a los muchos falsos maestros que habían salido al mundo.

Tales engañadores o anticristos son aquellos que **no confiesan que Jesucristo ha venido en carne.** En griego, **hombres que no confiesan** se expresa mediante un participio sustantivo que llama la atención sobre las personas interesadas como un grupo definido o bien conocido. El error en su enseñanza, sin duda, era la enseñanza docética y dualista de los gnósticos de que el Cristo divino no podía en ningún sentido real haberse encarnado en la carne del hombre Jesús de Nazaret, ya que sostenían que la carne humana era mala. (Vea la Introducción, compare las declaraciones

y comentario sobre 1ª Jn 2.22ss.; 4.2, 15; 5.6ss.) La expresión reconocer la venida de Jesucristo en la carne es paralela a 1ª Juan 4.2, «confiesa que Jesucristo ha venido en carne». En ambos pasajes, el original tiene un participio pretérito perfecto (**Jesucristo ha venido en carne**) en lugar del sustantivo, «la venida de Jesucristo», como consigna la RSV aquí. En el original, el objeto de la fe, y por tanto la confesión, no es tanto un acontecimiento como sí una persona: Jesucristo, sin embargo, es una persona caracterizada por este aspecto; es decir, él era «el que ha venido en la carne».

En 1ª Juan 4.2, el participio es pretérito perfecto, y la Reina-Valera lo presenta igual aquí, sin embargo, algunas versiones (como la RSV, usada por el autor del presente estudio) usan el presente. En cierto sentido, la encarnación fue un hecho definitivo, cuyos resultados aún eran válidos (de ahí el pretérito perfecto); desde otro punto de vista, la verdad de esa doctrina se manifestaba continuamente en la proclamación de la iglesia y en el gozo de sus beneficios (de ahí el presente).

Algunos comentaristas plantean la posibilidad de que Juan, por el uso del tiempo presente aquí (en la RSV), quiere decir un segundo advenimiento de Jesús en la carne. Sin embargo, es un hecho gramatical obvio que el tiempo en expresiones infinitas como participios e infinitivos no tiene que ver con el tiempo en sí mismo, sino con el tipo de acción. El participio presente obtiene su tiempo del contexto y puede referirse a acciones pasadas o contemporáneas con el tiempo del verbo principal, así como a futuro. Desde el punto de vista de Juan a finales de siglo, la encarnación era vista como una especie de evento atemporal, cuyos resultados continuaban.

[8] Dado que la enseñanza de los engañadores ha sido enviada al mundo, Juan les advierte a la señora y a sus hijos, diciendo: **Mirad por vosotros mismos;** tienen que tener cuidado al sopesar toda la enseñanza que les llega, teniendo cuidado de compararla con lo que han oído desde el principio (1ª Jn 4.1–6), no sea que ellos también sean engañados. La advertencia está claramente relacionada con la enseñanza de Juan de que los discípulos vivían en el «último siglo» o en el «tiempo final», un factor en su amonestación a lo largo de la correspondencia. El ascenso de los engañadores, que en realidad son anticristos, es evidencia del «último tiempo» (vea comentario sobre 1ª Jn 2.18). Lo anterior ha dado urgencia a muchas de las advertencias de Juan (2.28; 3.2; 4.17; cf. 2.8, 17).

Además, la mención de «galardón» confirma el hecho de que Juan está pensando en el juicio final.

Por lo tanto, el propósito del atento cuidado que habían de tener era **para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo**. Si eran engañados siendo llevados a una falsa aplicación de amor, no serían reconocidos ni galardonados por el Señor, y esto desharía todo lo que se había hecho anteriormente. Por otro lado, si estaban atentos y eran fieles a la verdad tal como la habían recibido, entonces, **[recibirían] galardón completo**. El lenguaje aquí es mercenario, como si el galardón del creyente dependiera de sus propios esfuerzos. Sin embargo, se debe tener en cuenta el uso de Juan. Jesús mismo hizo las obras de Dios; sus obras fueron las obras salvadoras de Dios, cuya voluntad hizo (cf. Juan 5.20; 7.3; 9.3, 4; 10.25, etc.). De la misma manera, las cosas logradas por el creyente son los actos de Dios realizados por la fe en él: «Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6.25–29). Está claro que Juan está usando este tipo de pensamiento para expresar lo logrado en el creyente por la gracia de Dios. Usó casi el mismo lenguaje en Juan 4.36, «Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna», así como en Juan 6.27, «Trabajad [...] por la comida que a vida eterna permanece». En el pasaje que nos ocupa, el autor indica que este es su significado al cambiar las declaraciones del siguiente versículo: él usa «persevera en la doctrina» y «tiene al Padre y al Hijo» como la otra cara de la moneda. Debe recordarse que estas son algunas de las palabras favoritas de Juan para la comunión que se establece al aferrarse a la verdad y andar en amor. Por lo tanto, **el fruto de vuestro trabajo** en el vocabulario de Juan quiere decir la vida eterna, la comunión ya establecida como la promesa de Dios para el creyente (1ª Jn 2.25). Este Dios ha trabajado para nosotros; este es nuestro **galardón completo** que se realizará en el día del juicio. El peligro de perderlo por no permanecer en la doctrina de Cristo o por dar ayuda y consuelo a aquellos que ponen en peligro esa comunión es suficiente para justificar la advertencia: **Mirad por vosotros mismos**.

Hay una variación textual con la palabra «nuestro» en algunos manuscritos («el fruto de nuestro trabajo») en lugar de «vuestro». La evidencia está dividida de manera bastante uniforme, aunque los traductores evidentemente han pensado que el «vuestro» se ajusta mejor a la explicación anterior. Aún así, Juan podría haber estado pensando en su propia parte como predicador o maestro en el

establecimiento de la fe de ellos. La idea se aproximaría a la de Juan 4.36, mencionada anteriormente.

[9] El maestro que se niega a confesar o reconocer que Jesús ha venido en carne y que en el engaño trata de llevar a otros a esta negación, está enseñando una nueva doctrina. La forma en que Juan lo asevera es: **Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo**. Juan no está hablando de un quebrantamiento de alguna ley o mandamiento por parte de alguien que no se **persevera** en la doctrina. El verbo quiere decir «adelantarse a alguien» y, por tanto, progresar más allá de algo (Mr 11.9). Aquí el avance fue un cambio de doctrina, que Juan consideró tan grave que advierte que quien así sigue adelante y no permanece en la doctrina **no tiene a Dios**. Juan bien podría dar a entender que los falsos maestros afirmaban que su doctrina era más progresiva que la de los maestros más antiguos; si es así, con Juan el progreso de ellos iba en la dirección equivocada.

Lo contrario de esta actitud progresista es **perseverar en la doctrina de Cristo**. Ya se ha señalado que «perseverar en alguien» es una de las expresiones favoritas de Juan «para denotar una comunión personal interna y duradera» (vea comentario sobre 1ª Jn 2.6). Sin embargo, hay un uso similar en el que «persevera» denota la disposición a aferrarse y no abandonar el reino, la esfera, la costumbre a la que uno se adhirió previamente. De modo que Juan había hablado de perseverar o permanecer en la luz (1ª Jn 2.10), de permanecer en lo que se había oído desde el principio (1ª Jn 2.24), y ahora de perseverar en la doctrina. Juan también invierte el orden a menudo y habla de dejar que algo permanezca en él. La palabra permanece en nosotros, y vencemos al maligno (1ª Jn 2.14); la unción del Espíritu permanece en nosotros y se nos enseña (1ª Jn 2.27); la simiente permanece en nosotros y no pecamos (1ª Jn 3.9). En el presente pasaje, el incumplimiento de la doctrina de Cristo es perder la bendición de la comunión continua con Dios; esa comunión se basa en la fe. Juan agrega la afirmación positiva de que el que permanece en la doctrina de Cristo **tiene al Padre y al Hijo**.

Sin embargo, ¿qué quiere decir **la doctrina de Cristo**? El griego aquí es susceptible de ser entendido subjetivamente («la doctrina que Cristo enseñó») u objetivamente («la doctrina acerca de Cristo»), y la cuestión es muy difícil de decidir. Ambas interpretaciones pueden encajar en el significado de la carta de Juan. Juan podría estar pensando que al negar la encarnación de Jesús, los

falsos maestros no estaban ajustando su enseñanza a la doctrina apostólica transmitida por inspiración de Jesús mismo. Este cuerpo de enseñanza había incluido la enseñanza acerca de la persona de Cristo, y no se podía obtener nada más de esa enseñanza sino que Jesús había de ser identificado con el Cristo, el Hijo de Dios. Por otro lado, Juan podría estar pensando más específicamente en la doctrina o enseñanza particular acerca de la persona de Cristo: los falsos maestros no continúan en la doctrina correcta acerca de Jesucristo.

La mayoría de los comentaristas están sin duda del lado del genitivo subjetivo. La palabra usada aquí (*didachē*) a menudo se usaba como sinónimo de enseñanza dogmática, con el cuerpo de doctrina fiel que era el tipo y norma suprema de la comunidad (Tit 1.9; Ro 6.17; 16.17 y compare con Mt 16.12; Hch 5.28; 17.19; He 13.2). Este uso es el normal en Juan (Jn 7.16, 17; 18.16), y en esta carta las referencias a «conocer la verdad» (vs. 1) y «andando [...] conforme al mandamiento que recibimos del Padre» (vs. 4) parecen suponer este punto de vista.

Por otro lado, el contexto inmediato, así como la referencia a los falsos maestros que traen «esta doctrina», supone la doctrina particular que se estaba analizando: que Jesús no había venido en carne y por lo tanto implica la «doctrina acerca de Cristo». En cualquier caso, la aplicación práctica es aproximadamente la misma. Si la idea subjetiva era lo que pretendía Juan, era en términos de la negación de la encarnación de Jesús como parte de esa doctrina.

No hay hospitalidad para los falsos maestros, 10, 11

¹⁰**Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!**
¹¹**Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras.**

[10] La consecuencia de aceptar el error y «surgir» (1ª Jn 2.18) como maestro para difundir doctrinas falsas no es solo una pérdida de comunión con Dios (vs. 9, «no tiene a Dios»), sino también la pérdida de la comunión con otros cristianos. Según Juan, la comunión cristiana entre nosotros y con el Padre se basa en la recepción del mensaje del Señor encarnado (1ª Jn 1.1–4). Cualquiera que niegue que Jesucristo ha venido en carne no presenta esa base de comunión. Si se ha gozado

de una comunión anterior, tiene que ser disuelta; de lo contrario, continuará sobre la base proporcionada por el hereje en lugar de la que Dios ha establecido. Esto indica por qué Juan ha vinculado el amor a lo largo de la epístola con «la verdad» y con «el mandamiento».

Entonces Juan advierte: **Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa.** Juan ya había proporcionado (1ª Jn 4.1ss.) los medios para «[probar] los espíritus [o profetas] si son de Dios». Se les había de dar la oportunidad de reconocer o confesar que Jesucristo venía o había venido en carne. Este punto clave de la doctrina sería suficiente para propósitos de identificación. Sin duda, había otros asuntos involucrados (como se ve en 1ª Jn), sin embargo, Juan vio que estos generalmente surgirían como algo natural si existiera la creencia correcta. De todos modos, la comunión era destruida con la negación del Hijo.

Aquí la palabra **casa** parecería tener más significado si la carta iba dirigida a una iglesia. Entonces, sería una prohibición recibir a los falsos maestros en el lugar de reunión de la iglesia. Las congregaciones generalmente se reunían en hogares en los días del Nuevo Testamento (Hch 2.46; 1ª Co 16.19; Flm 2). La caridad cristiana es necesaria; sin embargo, no debe alentar a lobos con piel de cordero que devorarán el rebaño. Pablo le dijo a Tito que «es preciso tapar la boca» de los falsos maestros (Tit 1.11). Si Juan se refiere a la casa de un particular y desaconseja la hospitalidad en tal caso, no debe interpretarse simplemente como un acto hostil de falta de hospitalidad. Tiene que recordarse que Juan está hablando de falsos maestros conocidos.

En 3ª Juan se hace la recomendación de que se ha de recibir a maestros fieles y enviarlos con provisiones para que puedan llegar a su próximo destino. Ese apoyo mediante el alojamiento y las provisiones constituía un factor definitivo en la propagación temprana del evangelio. Este tipo de ayuda había de ser rechazada a aquellos que no eran dignos del evangelio. En Corinto, Pablo instruyó que a los que habían sido culpables de ciertos pecados se les debía negar incluso la comunión en la mesa (1ª Co 5.11).

Juan agrega además que no habían de **[decirle]: ¡Bienvenido!** (*chairein*), la cual constituye una forma de saludo o salutación hablada o escrita. *Chairein* se usaría como saludo o como despedida (2ª Co 13.11). Aquí tiene que ver con la hospitalidad, con el alojamiento y las provisiones en un hogar. Sin embargo, la iglesia del Nuevo Testamento

reconocía que el saludo entre hermanos expresa y fortalece el vínculo de comunión entre colaboradores en el Señor. Por eso, los cristianos de un lugar a menudo enviaban saludos a los de otro (Ro 16; Fil 4.21; Col 4.15; 1ª Ts 5.26). El saludo sería la palabra hablada o un abrazo (1ª Co 16.20; 2ª Co 13.12; Ro 16.16; 1ª P 5.14). Hay un matiz religioso en el saludo intercambiado entre hermanos.

[11] Juan ahora establece la razón (*gar*) de prohibiciones tan estrictas: **Porque el que le dice: ¡Bienvenido!** [es decir, el que así recibe y envía por su camino a tal falso maestro] **participa en sus malas obras.** El griego aquí usa el verbo *koinōnein*, «tener comunión». Es el único uso que hace Juan de este verbo, sin embargo, ha usado el sustantivo en 1ª Juan 1.3, 6, 7. Así como la aceptación de la verdad acerca de la manifestación de la palabra de vida hace posible la comunión entre nosotros («con nosotros», 1ª Jn 1.3), por lo que la negación de la doctrina de Cristo destruye la base de esa participación común y la participación fraterna que tenemos en el evangelio. Pablo agradeció a Dios por la comunión de los filipenses en la promoción del evangelio (Fil 1.5; cf. 1ª Co 1.9). Sin embargo, la maldad y el error pierden el derecho a esa comunión. Lo que podría parecernos un lenguaje muy fuerte de parte de Juan debe considerarse a la luz de los pasajes complementarios del Nuevo Testamento (1ª Ti 5.22, 24, 25; Ap 18.4; 2ª Co 6.14ss.) y a la luz de los estragos que los falsos maestros podrían haber estado provocando entre las iglesias de Asia Menor. El alojamiento y las provisiones se interpretarían como un respaldo y alentarían al falso maestro en su malvada obra.

EL CIERRE DE LA CARTA, 12, 13

¹²**Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido.**

¹³**Los hijos de tu hermana, la elegida, te saludan. Amén.**

[12] Puede que Juan haya estado separado durante mucho tiempo de aquellos a quienes estaba escribiendo y podría decirles: **Tengo muchas cosas que escribiros.** Sin embargo, explica la brevedad de la presente carta diciendo: **pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta.** En griego, Juan usa un tiempo pasado (aoristo), sin embargo, los autores del Nuevo Testamento a menudo usaban

un tiempo pasado de lo que ya sería cierto (como «escribí» o «envié») cuando el lector estaba leyendo el mensaje. Esta preferencia de Juan podría haber querido decir que Juan anticipaba una visita rápida, haciendo inútil una extensa carta. El verbo *genesthai* se usa con mucha frecuencia para visitar (Jn 10.35; Hch 10.13; 1ª Co 2.13; 16.10). Sin embargo, otros comentaristas han visto más en las palabras de Juan. Quizás Juan se abstuvo de pronunciar palabras más severas, porque las palabras puestas por escrito suelen ser más difíciles de interpretar u olvidar. Quizás haya, entonces (como algunos han visto), un indicio de que una visita podría resultar en la sanidad de algunos sentimientos o heridas, en el marco de las ideas de algunas personas sobre las cosas que preocupan a la iglesia. Los resultados serían la preservación de la comunión dentro del grupo. Todo podría hacerse mejor hablando **cara a cara** (el griego es más literalmente «boca a boca»). En el bien que surgiría de una visita que quizás no surgiría de una carta, entonces, dice Juan, **nuestro gozo [sería] cumplido.** Fue en conexión con el gozo de la comunión que Juan había usado palabras similares en 1ª Juan 1.3, cuando escribió que los hombres tendrían comunión y el gozo sería completo.

Cuando Juan habló de usar **papel y tinta**, se refería a los medios ordinarios de correspondencia del día. El papel aquí se refiere a hojas de papiro, un material de escritura hecho de la médula de una caña que crecía en las tierras bajas de Palestina y Egipto. Las hojas se pegaban juntas para formar rollos. Una sola hoja sería suficiente para una epístola tan corta como 2ª o 3ª Juan. La tinta se fabricaba mezclando carbón (hollín o negro de humo) u óxido de hierro rojo con goma arábiga. La pluma (mencionada en 3ª Juan 13) se confeccionaba sacándole punta al extremo de una caña y partiéndola para hacer una plumilla. Los escribas profesionales solían estar disponibles con los materiales cuando las personas querían escribir cartas.

[13] Juan cierra la breve epístola con el saludo habitual. Ha usado el pronombre plural **vosotros** (vss. 10, 12), y en el saludo se repite. Retoma una vez más la metáfora con la que comenzó la carta (la de una señora y sus hijos) y de este uso llama a la iglesia de la que él mismo es miembro una **hermana** y sus miembros sus **hijos: Los hijos de tu hermana, la elegida.** A la congregación también se le describe como elegida o escogida, en vista de que era a la que se dirigía la carta (vea comentarios sobre el vs. 1).

La Tercera Carta de Juan

La Tercera Carta de Juan (como 2ª Juan) está escrita por «el anciano». La carta tuvo más dificultades para ganarse un lugar en el canon, sin embargo, finalmente su similitud de estilo y contenido con 1ª y 2ª Juan ganó reconocimiento para ello. La carta es escrita a Gayo, una persona desconocida. Después del saludo (vs. 1), se refiere a la hospitalidad a los misioneros viajeros (2–12). Gayo es elogiado por su práctica en contraste con Diótrefes, quien se niega a permitir que la iglesia reciba a los predicadores. Se felicita al mensajero de Juan, Demetrio. El cierre contiene la esperanza de Juan de ver pronto a Gayo (13–15).

Divisiones de 3ª Juan

- I. EL SALUDO, 1
- II. GAYO ES ELOGIADO Y SE INSTA A LA HOSPITALIDAD A PARTIR DE LA VERDAD, 2–12
 - A. El anciano ora por la salud de Gayo y habla de su gozo al escuchar que sigue la verdad, 2–4
 - B. Se anima a Gayo a recibir y apoyar a los misioneros de la iglesia, 5–8
 - C. Se advierte a Diótrefes, que se niega a recibir a los predicadores viajeros y calumnia al anciano, 9, 10
 - D. Se elogia a Demetrio, 11, 12
- III. LA CONCLUSIÓN, 13–15

EL SALUDO, 1

¹El anciano a Gayo, el amado, a quien amo en la verdad.

[1] La Tercera Epístola de Juan comienza con un saludo simple, pero sin lo habitual, y probablemente la oración del versículo 2 tiene el mismo

propósito. El autor es simplemente el anciano (vea 2ª Jn 1) sin ninguna otra identificación. Casi todo lo que se puede concluir de esto es que el autor era una figura muy conocida que esperaba ser identificado con tal término. De su amenaza de lidiar con Diótrefes en el versículo 10, podemos inferir que era una persona de autoridad entre las iglesias. La carta es corta y tiene aproximadamente la misma longitud que 2ª Juan, tal vez la longitud es determinada en cada caso por la cantidad de material que podría colocarse en una sola hoja de papiro.

El anciano le escribe a **Gayo, el amado**. El nombre de Gayo era uno de los más comunes de todos los nombres romanos. En el Nuevo Testamento se les menciona a otros tres hombres con el nombre: Gayo de Macedonia (Hch 19.29), Gayo de Derbe (Hch 20.4) y Gayo de Corinto (Ro 16.23). Por la forma en que se dirige al actual Gayo en esta carta, se puede suponer que era un miembro destacado de la congregación a la que pertenecía. Se hablaba bien de él entre todas las iglesias por su hospitalidad a los maestros viajeros y visitantes, un deber a menudo reservado para los líderes de las iglesias locales. Se le llama **amado**, un título que Juan había usado extensamente en la Primera Epístola (2.7; 3.2, 21; 4.1, 7, 11) así como en la Segunda (2, 5, 11) para expresar el sentimiento del propio Juan y el de otros cristianos que conocían a los destinatarios. Sin embargo, frente a este sentimiento general por él, Juan le asegura específicamente: **a quien amo en la verdad**. Como en el saludo de 2ª Juan, es difícil decidir si Juan está usando la frase preposicional de manera adverbial (no hay ningún artículo en griego, sin embargo, comúnmente se omitiría después de la preposición incluso cuando el sustantivo es definido) que quiere decir «a quien verdaderamente amo» o si Juan se está refiriendo

a **la verdad** como el área o esfera donde existe su amor por Gayo: **a quien amo en la verdad**, es decir, por nuestro vínculo común en el evangelio de Jesucristo. La evidencia de 2ª y 3ª Juan apunta a la conexión entre el amor y la verdad, es decir, la doctrina de Cristo. El argumento de Juan es que la obligación de amar se basa en la comunión que tiene como base doctrinal la confesión de Jesús. Sólo cuando está presente la aceptación de la verdad puede haber una manifestación adecuada del amor mutuo. Entonces Juan ama a Gayo en relación con la verdad, porque entre ellos existe tal base.

GAYO ES ELOGIADO Y SE INSTA A LA HOSPITALIDAD, 2-12

Los versículos 2 al 12 constituyen el cuerpo principal de la epístola. El tema de la epístola es que el recibimiento y el apoyo de los misioneros es una obra digna de quien es fiel a la verdad. El anciano comienza orando por la salud física y espiritual de Gayo. Le complace el informe de que Gayo anda de acuerdo con la verdad (2-4). A continuación, se le insta a Gayo a que continúe con su hospitalidad pasada recibiendo a los predicadores viajeros. El apoyo ha de ser acorde con el tipo de servicio que están prestando al Señor (vss. 5-8). Se ha de recordar la negativa de Diótrefes a practicar esta hospitalidad, su negativa a tener comunión con los que la practican y su difamación del anciano (vss. 9, 10). Se elogia a Demetrio, emisario de Juan (vss. 11, 12).

Oración por la salud de Gayo, 2-4

2Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma. 3Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad. 4No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad.

[2] En lugar del saludo habitual de las cartas de esos días, el anciano amplía un poco otra fórmula que aparece a veces en tales epístolas («Oro para que te mantengas bien») y escribe: **deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud**. El verbo **seas prosperado** (literalmente, «ser llevado por un buen camino», es decir, «tener un viaje próspero») en la literatura de esos días siempre se usa en un sentido metafórico de «llevarse bien, prosperar o triunfar». Compare los únicos

otros pasajes donde se usa en el Nuevo Testamento (Ro 1.10 y 1ª Co 16.2). Además, la oración de Juan es que Gayo pueda prosperar **en todas las cosas**, «en todos los aspectos» (Westcott). Juan quiere que prospere en todo lo que emprende. También se ha conjeturado que Juan podría estar pensando en la prosperidad de Gayo debido a los gastos en los que incurre como cristiano en su hospitalidad (vs. 6). De manera similar, Pablo está interesado en que los cristianos sean diligentes en los negocios para que puedan ayudar en casos de necesidad urgente y no sean infructuosos (Tit 3.14).

El anciano ora, además, para que Gayo **tenga salud**, lo que podría ser simplemente un deseo sincero de que un hermano amado esté libre de enfermedades, sin embargo, nuevamente puede ser que, dado que Gayo era la principal fuente de alivio para los viajeros cristianos en su área, el deseo de Juan tanto para su prosperidad como para su salud podría ser que tan buena obra pueda continuar de su parte. En Timoteo, el verbo usado aquí (tener salud) siempre tiene un sentido figurado de doctrina que es «saludable» o «sana» (1ª Ti 1.10; 2ª Ti 4.3; Tit 1.9; 2.1), sin embargo, Lucas lo usa para la salud corporal (Lc 5.31; 7.10; 15.27), como lo hace el autor aquí.

Por último, la oración de Juan es que la prosperidad y la salud de Gayo puedan igualar la prosperidad de su alma, pues dice: **así como prospera tu alma**. Aquí el autor repite el verbo **prospera** (*euodein*) de la cláusula anterior después de un verbo de comparación: «Que puedas prosperar y tener salud así como tu alma está prosperando». Por lo tanto, Juan afirma su confianza en que a Gayo le esté yendo bien de una manera espiritual y expresa la esperanza de que en los otros aspectos mencionados también lo haga igualmente. Sin duda, Juan está insinuando que el énfasis aquí es el correcto: cómo esté el alma de alguien debe ser la regla por la cual se juzgue la prosperidad en riqueza y salud, no al revés.

[3] La evidencia de que el alma de Gayo está prosperando son las noticias que los hermanos le habían traído a Juan (el **pues** en griego es la partícula *gar*, que con tanta frecuencia establece el fundamento de la declaración anterior). Esta noticia había hecho a Juan muy feliz: **Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad**. Gayo se aferraba a la verdad del evangelio como su propia posesión. Era suya porque la había aprendido, la había abrazado y la estaba dejando brillar en su vida («dan

testimonio de la verdad de tu vida»; RSV).

El hecho de que Gayo estaba exhibiendo la **verdad** en su vida se evidenciaba por lo que se le había informado a Juan (y de hecho por lo que pudo haber sabido previamente de su actividad): **de cómo andas en la verdad**. En vista de todo el trasfondo en estas cartas, el autor quiere decir que Gayo es firme y veraz en su fe y exhibe el tipo de vida característico de aquellos que permanecen en la verdad.

[4] La observación de que Gayo estaba siguiendo (o andando en) la verdad de acuerdo con el informe que había llegado al anciano le lleva a decir: **No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad**. La declaración probablemente supone que Gayo era un converso del autor. El uso del artículo aquí hace que **la verdad** se refiera a la verdad de Gayo mencionada anteriormente, sin embargo, probablemente también ayude a definir la primera referencia como la verdad objetiva, la palabra de Dios o la revelación del evangelio en la que se estaba andando. Un predicador se goza al saber que aquellos a quienes ha convertido y ha ayudado a madurar en Cristo están siendo fieles a lo que se les ha enseñado. La expresión de gozo de Juan aquí casi duplica lo que le dijo a la señora en la epístola anterior, 2ª Juan 4. Juan podría haberse gozado de escuchar muchas cosas sobre sus hijos en tales informes, sin embargo, con su actitud, no podría tener mayor gozo que las noticias que había escuchado.

Estímulo para recibir y apoyar misioneros, 5-8

⁵Amado, **fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos**, ⁶los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. ⁷Porque ellos salieron por amor del nombre de El, sin aceptar nada de los gentiles. ⁸Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad.

[5] Nuevamente, el anciano se dirige a Gayo como **amado** y luego pasa al tema que evidentemente ha motivado la carta: su hospitalidad. Gayo había establecido una reputación entre las iglesias por practicar la hospitalidad que en el Nuevo Testamento se les insta con tanta frecuencia

a los hermanos (He 13.2; Ro 12.13; 1ª P 4.9), a los ancianos de la iglesia (1ª Ti 3.2; Tit 1.8), e incluso a las viudas (1ª Ti 5.10). El anciano elogia esto en Gayo diciéndole: **fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos**. La palabra **fielmente** aquí es una traducción de *pistos*, que con el verbo *poieo* (hacer) quiere decir hacer algo de manera confiable o fiel. Gayo estaba siendo fiel en las responsabilidades del amor cristiano y la verdad que había abrazado, quizás también en la reputación que se había ganado entre los hermanos.

Juan elogia **algún servicio** que se le preste a los hermanos (griego relativo indefinido, que quiere decir «lo que hagas»). Sin embargo, al anciano especialmente (o tal vez «particularmente» sería más exacto) le interesa la obra de la hospitalidad, lo que sea que hagas **a los hermanos** que son **desconocidos**. La palabra aquí para **desconocidos** es *xenos*, que, al igual que las formas sustantivas y adjetivas *philoxenia* y *philoxenos* (1ª Ti 3.2; He 13.2), se refiere a recibir desconocidos o extranjeros en casa para su alojamiento. Por lo tanto, el tema es el de recibir a los maestros y predicadores itinerantes y apoyarlos para que continúen en su camino. Esa ayuda constituye una obra fiel.

[6] Los hermanos que eran desconocidos y que habían sido objeto de la hospitalidad de Gayo, dice Juan, **han dado ante la iglesia testimonio de tu amor**. Tal hospitalidad es una verdadera expresión del amor (*agapē*) que Gayo tenía en Cristo. Compare con la declaración en 1ª Juan 3.17. Una vez que los hermanos gozaban de tal hospitalidad, se lo hacían saber a la iglesia, dando fe de su amor, lo que bien podría haber sido ante la congregación de Éfeso cuando regresaron del viaje misionero al que habían sido enviados. Más adelante en la carta (vs. 9), Juan indica que a toda la congregación donde vivía Gayo no se le había permitido participar en esta hospitalidad debido al dominio de Diótrefes. Así, el ministerio de las necesidades de los hermanos había recaído en Gayo.

Juan anticipa ocasiones futuras en las que se necesitaría tal comunión con los misioneros: y **harás bien en encaminarlos [...] para que continúen su viaje**. El verbo griego que se traduce como **encaminarlos** (*propempein*) es una palabra que se usa a menudo en el contexto de la hospitalidad y se refiere al apoyo. Quiere decir, según Arndt-Gingrich, «ayudar a alguien en el viaje con comida, dinero, haciendo arreglos para acompañantes, medios de viajes, etc». Compare con Hechos 15.3;

Romanos 15.24; 1ª Corintios 16.6, 11; 2ª Corintios 1.16. La idea de apoyo se menciona nuevamente en el versículo 8. Aquí hemos presentado una de las formas en que la iglesia primitiva llevaba a cabo la obra misionera. Los hombres eran seleccionados y ordenados para una misión y enviados por congregaciones (Hch 13.1ss.), y esa congregación proveía los medios para la primera parte del viaje. La expectativa era que las iglesias ya establecidas a lo largo del camino recibirían a tales hombres, se ocuparían de sus necesidades entre ellos y los enviarían con provisiones para que continuaran su viaje. Siendo partícipe (participación que realmente debería haber sido obra de toda la iglesia), Gayo estaría [**haciendo**] **bien**, es decir, haciendo una buena obra; especialmente sería así si eran enviados de manera que fuera **digno de su servicio a Dios**. Esto sería con el tipo de generosidad acorde con la gracia otorgada por Dios en el evangelio.

[7] La razón por la que los hermanos que van a predicar el evangelio merecen el apoyo que Juan ha mencionado se establece en la cláusula que dice: **Porque ellos salieron por amor del nombre de El, sin aceptar nada de los gentiles**. La frase **por amor del nombre** es literalmente en griego, «por su nombre». El nombre al que se hace referencia es el de Jesucristo; y, dado que hacer algo por el nombre de alguien es hacer algo por la persona involucrada, la traducción **por amor del nombre** da la misma idea en nuestro idioma. El principio de no aceptar nada de las personas fuera de la iglesia era parte de la regla bajo la cual laboraban estos maestros. Para conocer las prácticas misioneras similares de Pablo, vea 1ª Tesalonicenses 2.9; Hechos 18.3; 20.34; 1ª Corintios 9.6–18; 2ª Corintios 11.7–11; Filipenses 4.14–19. Los maestros enviados desde Éfeso parecen laborar con esta regla: fueron enviados por una iglesia, esperaban que otras iglesias o cristianos individuales en el camino se ocuparan de sus necesidades, y practicaban el principio de dar a conocer el evangelio a los gentiles sin aceptar nada de ellos por la labor.

[8] Debido a que los maestros salen sin aceptar nada de los paganos a quienes predicán, es obligación de otros cristianos **acoger a tales personas**. La versión RSV consigna el verbo (*hupolambanō*) «apoyar» y la King James «recibir». Hay abundante evidencia de autores contemporáneos de que el verbo en tal contexto quiere decir «apoyar». Por lo tanto, Juan sigue instándole a Gayo a que reciba y envíe a los hermanos que vienen a él como invitados.

Haciendo así, Juan dice que el fin es **que cooperemos con la verdad**. La palabra que se usa aquí es una de las palabras favoritas de Pablo para definir a quienes lo acompañaban y laboraban con él en sus viajes de predicación (Ro 16.3, 9, 21; Fil 2.25; 4.3; Flm 24). Sin embargo, como indica el versículo, el término no solo es aplicable a quienes cooperan en la predicación, sino también a quienes, como miembros de las iglesias, les proporcionan a los predicadores los medios para salir y predicar. En el mismo sentido, Pablo le dijo a la iglesia de Filipos que habían tenido comunión con él en la predicación del evangelio desde el día en que él puso pie entre ellos (Fil 1.5). El verbo o sustantivo usado aquí podría ir seguido del caso dativo del área en la que se ayuda o coopera. En Colosenses 4.11 se usa el término colaboradores «en el reino de Dios»; aquí el área de servicio está «con la verdad». Aquellos que apoyan al predicador que predica la verdad son colaboradores en la verdad. El predicador no puede predicar a menos que sea enviado (Ro 10.15).

ADVERTENCIAS CONTRA DIÓTREFES, 9, 10

Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. ¹⁰Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parloteando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia.

[9] El autor apela a Gayo para que continúe recibiendo a los misioneros viajeros en su casa y practicando la hospitalidad con ellos. Lo anterior es tanto más importante en vista de la actitud de oposición a tal obra por parte de Diótrefes, quien parece haber estado en una posición de liderazgo y por lo tanto capaz de impedir que la congregación participara en la obra. Juan le dice a Gayo: **Yo he escrito a la iglesia**, queriendo decir que le había instruido a la iglesia sobre la hospitalidad. **La iglesia** aquí probablemente quiere decir la congregación local a la que pertenecían Gayo y Diótrefes. Es posible que haya habido más de una «iglesia en casa» en el área y que las dos pertenecieran a grupos diferentes. En este caso, el hecho de que un grupo no actuara debido a la oposición de Diótrefes quería decir que la carga

recaía sobre Gayo.

Se le había impedido a la iglesia cumplir con su papel de hospitalidad por el hecho de que **Diótrfes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe**. No recibía ni actuaba en base al pedido del anciano. El siguiente versículo muestra que era atrevido e intencionado en su negativa a recibir a los mensajeros enviados por la iglesia donde vivía el anciano.

La razón asignada para el actuar de Diótrfes es que **le gusta tener el primer lugar**, o como dicen las versiones anteriores, «le encanta tener la preeminencia». Su egoísmo y su ambición de señorear le hacían oponerse directamente a la autoridad del autor de la epístola. ¿Era este egoísmo una fachada que ocultaba otros motivos? Aquí solo podemos conjeturar. Diótrfes, como líder local, podría haber resentido las directivas o los consejos de Juan. O puede que Diótrfes se haya opuesto a la recepción de los mensajeros de Juan por razones doctrinales, inclinándose hacia la posición de los falsos maestros (1ª Jn 2.18ss.; 4.1ss.) en lugar de la del anciano. Sin embargo, la carta no da ninguna evidencia de estos motivos, excepto decir que a Diótrfes le encantaba ocupar el primer lugar.

[10] El anciano espera ir a la localidad de Gayo para una visita (vss. 13, 14, y compare con 2ª Juan 12). En ese momento promete enfrentarse al rebelde Diótrfes. Dice, **si yo fuere, recordaré las obras que hace**. Juan no lo olvidará y, además, le recordará a Diótrfes sus malas obras. No contento con negarse a reconocer la carta de Juan, el líder egoísta está **parloteando con palabras malignas contra nosotros**. La palabra **parloteando** aquí se define como «decir tonterías sobre» alguien, para «sacar a colación acusaciones injustificadas» (Arndt-Gingrich). Evidentemente, ante la iglesia, Diótrfes no solo había desautorizado el consejo del anciano sobre los mensajeros, sino que también lo había atacado con acusaciones falsas.

Sin embargo, este no fue el alcance total de su actuar. No contento con eso, **no recibe a los hermanos**. No participaba en brindar hospitalidad a los mensajeros enviados por la iglesia donde vivía el anciano. Sin embargo, lleva su oposición aún más lejos: **... y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe**. No permitiría que ningún otro miembro de la congregación les diera la bienvenida a los mensajeros de Juan. El medio de esta negativa era **expulsar de la iglesia** a los que deseaban recibir a los mensajeros, es decir, cortarles la comunión a miembros que practicaran la hospitalidad para

con los predicadores viajeros. El griego deja claro que son los miembros de la iglesia los que desean practicar esta virtud (no los mensajeros mismos) los que son expulsados de la iglesia.

Cuando Juan dice que escribió una carta a la iglesia sobre este asunto (vs. 9), ¿a qué carta se refiere? Quizás no sea 2ª Juan, porque esa carta realmente contiene más que una instrucción negativa a rechazar la comunión con los falsos maestros. La interpretación más probable (con Brooke) es que Juan había escrito dos cartas, una a Gayo y otra a la iglesia en el mismo lugar. Posiblemente la de la iglesia era anterior, y Juan ya había escuchado la noticia de que Diótrfes la había rechazado. Así que escribe otra carta a Gayo instándole a ocuparse de los maestros y prometiendo ocuparse él de Diótrfes cuando viniera.

Se alaba a Demetrio, 11, 12

11Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios. 12Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero.

[11] El anciano avanza de la promesa de confrontar a Diótrfes para pasar a una advertencia o amonestación a Gayo como su **amado a no [imitar] lo malo, sino lo bueno**. En este contraste entre lo bueno y lo malo, probablemente esté mirando en ambos sentidos en el contexto, todavía recordando el actuar poco caritativo de Diótrfes y mirando el carácter encomiable de Demetrio, a quien recomendará en el próximo versículo. El hecho de que la advertencia se exprese en términos tan generales se ha visto como la renuencia del anciano a calificar incluso a Diótrfes como un hombre malvado, como tal. Después de todo, Diótrfes era cristiano.

Aún así, hay una fuerte advertencia aquí. Acciones como las descritas son perjudiciales para la comunión del cristiano con Dios. En contundente antítesis, el autor afirma (lo que nos recuerda 1ª Jn 3.10): **El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios**. «Ser de Dios» quiere decir (como en 1ª Jn 3.10; 4.4, 6; 5.19) exhibir el camino y la manera de Dios como descendencia de él, y «ver a Dios» quiere decir (como en 1ª Jn 3.6; Jn 14.9) estar en relación con Dios, volverse profundamente consciente de él mediante la experiencia de la comunión. Estas expresiones son

simplemente variaciones del rico vocabulario de Juan para describir la comunión con Dios y Cristo. La acción que es contraria al espíritu y la manera de Dios pone en peligro la comunión con Dios destruyendo su base. El cristiano que pertenece a la familia de Dios no debe actuar como si perteneciera al otro grupo.

La frase **hace lo bueno** sugiere (Grundmann en *Theological Dictionary of the New Testament [Diccionario teológico del Nuevo Testamento]*) «la demostración de amor que no sufrirá restricción alguna». Aquí Juan la usa para describir los frutos de la conducta que surgen de la relación con Dios. Los cristianos tienen que producir el fruto de justicia de Dios.

[12] En el versículo 11, el elogio del «que hace lo bueno» probablemente esperaba este versículo, en el que el anciano ahora elogia por su nombre a alguien que parece estar bajo su patrocinio. No sabemos nada aparte de esta epístola sobre este **Demetrio**. Solo podemos suponer algunas cosas de esta carta. La inferencia natural es que era uno de los predicadores itinerantes del evangelio a quien el anciano le había mencionado a Gayo y lo había animado a acoger. Es muy probable que fuera el portador de esta carta a Gayo. Podría haber sido el representante del anciano en asuntos relacionados con la ciudad o congregación en cuestión. Dado que Diótrefes era hostil, la autoridad del anciano fue presentada en la carta para respaldar su llegada.

La carta incluye una triple recomendación para Demetrio. Primero, **Todos dan testimonio** de él. Querría decir su reputación entre las iglesias donde era bien conocido. El autor le asegura a Gayo que Demetrio es un hombre de experiencia en tales círculos y que, si se les diera la oportunidad, muchos darían testimonio de su carácter. En segundo lugar, tiene testimonio de **la verdad misma**. Lo que se quiere decir con esta expresión es debatible. Juan podría querer decir que la opinión común atestiguada por la reputación de Demetrio, que acaba de mencionar, es efectivamente un hecho, y ese hecho (si todos pudieran saberlo como lo sabía el autor) testificaría por él. En Juan, sin embargo, a menudo se sospecha un significado más profundo de «la verdad». La verdad a menudo es personificada e identificada con el Padre, el Hijo o el Espíritu Santo (Jn 14.6, 17; 15.26; 16.13; 1ª Jn 4.6; 5.6). Sin embargo, es poco probable que el autor quiera decir que el Espíritu Santo le ha dado a Demetrio un elogio personal (mediante declaraciones proféticas como en Hch 13.2). Es más probable que la referencia sea a la

idea derivada de la personalización del término: que dado que Cristo era la verdad, la encarnación de la verdad de Dios en la tierra, entonces su revelación, encarnada no solo en su persona sino en sus enseñanzas y en las enseñanzas de sus apóstoles y representantes, es la verdad. Esta verdad revelada, tal como se realiza en la vida cristiana, habla por el que la practica, porque esa vida se convierte en algo que todos pueden ver. Así interpretaríamos «andando en la verdad» (2ª Jn 4; 3ª Jn 3) y «practicamos la verdad» (1ª Jn 1.6). La conducta cristiana de Demetrio lo elogia a él. En tercer lugar, dice Juan, **y también nosotros damos testimonio**. El anciano respondería por su reputación y confiabilidad. Entonces el autor insinúa su propia posición y reputación, que eran bien conocidas y aceptadas por Gayo: **y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero**.

En este elogio vemos algo de la forma en que la iglesia primitiva se protegía de los falsos maestros. Los apóstoles y líderes enviaban representantes y maestros con cartas de encomio de sus manos a las congregaciones que conocían. Vea Hechos 18.27; 2ª Corintios 3.1; Romanos 16.1; Colosenses 4.10.

LA CONCLUSIÓN, 13–15

¹³Yo tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero escribírtelas con tinta y pluma, ¹⁴porque espero verte en breve, y hablaremos cara a cara.

¹⁵La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular.

[13] La similitud del final de esta epístola y la de 2ª Juan, junto con la semejanza de su comienzo (ambas enviadas por «el anciano»), aboga por la unidad de autoría. Aquí, también, el autor le dice a su lector que hay **muchas cosas** que le gustaría **escribirle**. Los asuntos que existían entre Gayo y el anciano (en vista de lo que está escrito en esta epístola) eran asuntos delicados que bien podían conversarse personalmente. Escribir cosas les da una fijeza y una permanencia que no les da una visita cara a cara. Si la carta alentaba a Gayo a recibir a los mensajeros como continuación de su hospitalidad, si Diótrefes era advertido por la carta y si el elogio a Demetrio por parte del anciano era recibido, otras cosas podrían esperar. La declaración **no quiero escribírtelas con tinta y pluma** es una declaración formal común en cartas. Sobre el uso de materiales de escritura, vea el comentario sobre 2ª Juan 12.

[14] El autor revela la esperanza de visitar la iglesia a la que pertenece Gayo. La visita se indica como pronta o **en breve** (*eutheōs*, un elemento que falta en la declaración comparable de 2ª Juan 12). Él ya ha prometido (vs. 10) ocuparse de Diótrefes cuando venga. Quizás hacía visitas periódicas a las iglesias que buscaban liderazgo en él y era el momento para tal visita. O quizás las angustiosas circunstancias de la iglesia le habían hecho decidirse a visitarla. Hablar **cara a cara** es una forma de decir que deseaba tener una conversación personal o privada con Gayo.

[15] Como parte de su cierre, el autor agrega el deseo de que **la paz sea contigo**. En carácter con su carta breve y concisa, da el saludo simplemente en estilo hebreo, generalmente adoptado por cristianos (1ª P 5.14), sin agregar las habituales expansiones cristianas como la de Efesios 6.23ss. Los saludos de Juan aquí quizás fueron recordados como el saludo del Señor después de su resurrección (Jn 20.19, 21, 26).

El saludo final también es breve, un envío y una petición recíprocos: **Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos**. En la localidad tanto de Gayo como la del propio autor había un círculo de amigos, probablemente otros cristianos. Estos envían su saludo y con Juan le piden a Gayo que transmita el de ellos. No hay nada especial en el tipo de saludo; se conocen ilustraciones de la misma fórmula a partir de cartas seculares en los papiros. Saludar **a cada uno en particular** es la traducción que hace la Reina-Valera de *kat' onoma* (a veces traducido como «por nombre»), tomando la preposición en su uso distributivo frecuente: Saludadlos «nombre por nombre», es decir, a todos.

(Viene de la página 18)

al Hijo y, por tanto, tienen la vida eterna (Jn 17.3). Vea los comentarios sobre los otros pasajes donde se usa el término vida eterna en esta epístola: 1.2; 2.25; 3.15; 5.13, 20.

El hecho de que los hombres tengan esa vida, que sepan que han pasado de la muerte a la vida y

que caminan en novedad de vida en Cristo Jesús, es la seguridad que el testimonio de Dios le da al que cree que de verdad Jesús es el Hijo de Dios. Brooke dice: «El envío del Hijo en una misión, verdaderamente caracterizada por el agua del bautismo y la sangre derramada en la cruz, y cuyo objetivo era plantar una nueva vida en los hombres, constituyó el testimonio de Dios para la naturaleza y carácter de Jesús de Nazaret». Recibiendo este testimonio, aceptando a Jesús como hijo de Dios y permaneciendo en él, el creyente tiene esta vida.

[12] Puesto que esta nueva vida está en el Hijo, **el que tiene al Hijo tiene la vida**. «Tener al Hijo» quiere decir estar en estrecha asociación o comunión con él. Compare el modismo similar con tener un amigo (Lc 11.5), tener a alguien como ayudante (Hch 13.5), tener un maestro (1ª Ti. 6.2). Solo aquellos que han confesado a Jesús y entran en comunión con él tienen esta vida (vea comentarios sobre 1ª Jn 2.23): «En él estaba la vida y la vida era la luz del mundo». Naturalmente, lo contrario es cierto: **el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida**. No hay otra fuente de una vida así (vea Hch 4.12).

(Viene de la página 24)

que algunos, como la mujer Jezabel, aconsejaron llegar a un compromiso y enseñaron que no era pecado asistir a tales fiestas (Ap 2.14, 20). Compare la enseñanza de Pablo sobre tales asuntos (1ª Co 10.14–22). Si bien no se ha mencionado anteriormente en la epístola, es muy posible que los falsos maestros, a quienes se refiere bastante la epístola, hayan enseñado el mismo tipo de compromiso que la mujer Jezabel. No tenemos forma de saberlo. O puede que el tema simplemente se le haya sugerido a Juan en oposición al Dios verdadero, ya que el apóstol conocía los peligros de la tentación a los que el entorno idólatra sometía a los cristianos. En todo caso, la advertencia final para los que conocen al Dios que es verdadero es **guardaos de los dioses falsos, de los ídolos**.

El amor del cristiano

«En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.

En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano» (1ª Jn 4.9–21).

A Juan se le ha llamado el «Apóstol del amor». Si tuviéramos que resumir 1ª Juan, obviamente leeríamos 1ª Juan 4.7, 8: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor».

En el resto del capítulo 4, Juan continuó hablando del amor, relacionándolo con los mandamientos de Dios. En los versículos 9 al 21, observó cuatro aspectos diferentes del amor. Es interesante estudiar estos cuatro aspectos del amor y ver cómo Juan muestra que nuestro amor por Dios y nuestro hermano está interrelacionado con el amor de Dios por nosotros. Por el bien de la enseñanza, podemos

dividirlos, sin embargo, en realidad, todos están conectados. Todos van juntos.

UN AMOR DE FAMILIA

El primer aspecto del amor de Dios dice: Dios ama a todos, por lo tanto tenemos que amar a todos. Amo a mi hermano en la carne. Tengo muchas razones para amar a mi hermano, sin embargo, la razón más importante es porque mi madre y mi padre lo aman. A veces, los hermanos de la iglesia pueden tener características que dificultan amarlos. A veces, una de las mayores luchas que tenemos en el cristianismo es amar a un hermano en Cristo que es difícil de amar. Necesitamos ver cómo Dios lo ha amado. Dios amó a ese hombre lo suficiente que envió a Su Hijo a morir por él. Dios manifestó Su amor, y si Dios puede amarlo, yo puedo amarlo.

UN AMOR DIVINO

El segundo aspecto tiene que ver con el morar en Dios y el morar en el amor. A menudo separamos varias verdades que van juntas. Hablamos de doctrina, fidelidad y amor como algo separado. Morar en el amor, morar en Dios y confesar que Jesús es el Hijo de Dios, todos son un mismo aspecto. A veces, nuestra visión del amor es que el amor es algún tipo de sentimiento o emoción que es más fácil de sentir que hablar de él. Cuando un hombre se enamora de una mujer o viceversa y quieren saber si realmente es amor, miden su amor por lo mucho que les impacta. Cuanto más fuerte es el impacto, mayor es el amor. El amor no es tan simple. El amor surge de una relación. Nuestro amor por Dios y nuestro hermano surge de nuestra relación con Dios. Ese amor surge de esa constante y cotidiano morar en Él.

El amor es algo en lo que se habita, no algo que se siente. El amor es algo que se hace. Si usted vive en Dios, vive en amor; y si vive en amor, vive en Dios. Si creo que tengo que sentirme continuamente como si estuviera viviendo en las nubes para poder vivir en Dios, no estoy siendo realista. El amor es poder mirar a las personas por lo que son, ver sus defectos y deficiencias, saber que a

veces no se comportan exactamente de la forma en que se suponen han de comportarse. Sin embargo, caminamos con Dios, y debido a que caminamos y moramos en Dios, podemos caminar en amor. Podemos aceptar a las personas por lo que son, aunque no sean todo lo que deberían ser. El amor es vivir en la forma en que Dios quiere que vivamos. El verdadero amor viene de Dios.

UN AMOR PERFECTO

Juan pasó al tercer aspecto: el amor perfecto o la «consumación del amor». Muchas personas tienen amor, sin embargo, no es amor de adultos. Decimos de una niña de trece años: «Oh, está enamorada». Sabemos que no es un amor perfecto. Sin embargo, hay un amor perfecto. No nos referimos a un amor que ya no tiene faltas ni comete errores. Un hombre o una mujer pueden alcanzar un estado de amor perfecto. El amor perfecto es un amor maduro.

Juan dijo que en nuestras relaciones con Dios y nuestro hermano, alcanzamos un estado de amor perfecto. Algunas personas tienen un amor imperfecto por sus hermanos. Mientras ese hermano esté bien y contribuya a la vida de la iglesia, lo amaremos. Siempre que ese hermano sea el tipo de hermano que queremos que sea (en nuestro trato económico, en nuestro nivel cultural y que le guste lo que nos gusta), nos agrada. Sin embargo, si no está a nuestro nivel, ¡qué mal! Tendremos que buscar un nuevo círculo de amigos. Ese es un amor imperfecto. Sin embargo, llega un amor perfecto.

Viene, primero, un amor perfecto hacia Dios. Es realmente lo que Juan tenía en mente. Juan ya había dicho que cuando veamos a Dios, lo veremos como Él es y seremos como Él. A medida que el amor se perfecciona, algunos de los atributos de Dios son adquiridos en este mundo.

«En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor» (1ª Jn 4.18a). Existen muchos tipos de temores. De hecho, hay un tipo de temor a Dios que es un temor sano. Salomón dijo: «Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre» (Ec 12.13); «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová» (Pr 1.7). En cierto sentido, el temor es un atributo saludable que debe nutrirse y conservarse. Sin embargo, ese no es el tipo de temor del que hablaba Juan aquí. El versículo 18 continúa diciendo: «... De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor». ¿Qué quiso decir Juan con temor? Podemos comparar este amor con el de una pare-

ja joven cuando comienzan a cortejar. Una joven se enamora de un joven, sin embargo, él todavía no le ha anunciado su amor. Él todavía no le ha mostrado el anillo, por lo que ella tiene temor. Ella no tiene temor de que él la golpee; no tiene temor de que él haga algo horrible y feo. Sin embargo, ella teme no ser su elección. Sin embargo, luego, su amor crece. Él le propone matrimonio, y cuando comienzan a planificar el matrimonio, ese temor comienza a desaparecer. Debido a que su amor se perfecciona, el temor desaparece. Dos personas que se enamoran y se casan desde la perspectiva cristiana no tienen nada que temer respecto a la infidelidad y el divorcio. Están unidos por amor. Así es cuando comenzamos a amar a Dios.

Cuando vemos a Dios por lo que es, hay un temor innato de alguien que es poderoso y majestuoso. Tenemos temor de hacer algo para desagradarle. Algunas personas que han sido cristianas durante mucho tiempo se levantan todos los días con temor de hacer algo que provoque la ira de Dios sobre sí mismas. No es solo el temor al juicio que tienen. Simplemente tienen temor de desagradar a Dios. Sin embargo, a medida que crecemos y comenzamos a amar a Dios, sabemos que Dios nos ama y que el temor desaparece. El versículo 19 dice: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero». Sabemos que Dios nos ama. Sabemos que «si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1ª Jn 1.7). No tenemos que andar con temor día a día. Es posible que debamos tener temor de los momentos en la vida en que hacemos cosas para desagradar a Dios. Puede que eso a veces sea un temor realista. Sin embargo, no debemos temer que Dios no nos ame.

Es por eso que a veces el amor de un hijo por sus padres es la comparación más cercana del amor de un hombre por Dios. Ciertamente, hay un sentido en el que el amor por un esposo o una esposa puede compararse con el amor por Dios. Pablo mostró la relación de Cristo con la iglesia (Ef 5). Sin embargo, en el sentido del que hablaba Juan aquí, está más estrechamente relacionado con el amor de un hijo por sus padres. Un hijo ama a sus padres porque los padres le amaron primero. Amamos a Dios porque Él nos amó primero. Nuestro amor por Él no es más que una respuesta a Su amor. Nuestro amor no es un regalo generoso para darle a Dios. Es simplemente una respuesta, una recepción del amor que Él tiene por nosotros. El amor de Dios se

manifestó en la entrega de Su Hijo, Jesús. Nuestro amor se manifiesta en nuestro morar en Dios y en nuestro morar en el amor. Nuestro amor, una vez perfeccionado, echará fuera el temor.

UN AMOR DE SERVICIO

El cuarto aspecto de nuestro amor por Dios se relaciona con nuestro amor por nuestro hermano. Simplemente no se puede separar los dos. Es cierto que las características de Dios son tales que ciertamente Él es mucho más fácil amar que a un hermano. Sin embargo, en cierto sentido, el amor que tenemos por nuestro hermano es mucho más fácil de demostrar que el amor que tenemos por Dios. En esencia, Juan estaba diciendo: «Aquí está su hermano. Él está aquí y tiene necesidades que usted puede satisfacer». Quizás usted necesite hacer algo por él física o espiritualmente. Tal vez solo necesite acercarse a él y decirle: «Te amo. No siempre actúas como yo quiero que actúes, sin embargo, te amo de todos modos. Tú eres mi hermano en Cristo». Juan dijo que si no podemos acercarnos a ese hermano a quien vemos cuando entramos en el edificio, pese a que tiene todas esas fallas y defectos, entonces no podemos amar a Dios en el sentido de que Dios realmente quiere que le amemos. Si no podemos amar lo que tenemos a la mano, no podemos amar lo que no podemos ver. Es un mandamiento que tenemos de Él.

Este amor es un mandamiento. Por eso sé que este amor no es un sentimiento. No podemos condenar a las personas por lo que sienten. A veces les decimos a los niños: «Ama a tus padres» sin

explicárselo. Piensan que estamos diciendo: «Deberías sentirte bien todo el tiempo con tu mamá y tu papá». A veces, mamá o papá hacen cosas que a los niños no les agradan. Eso no quiere decir que los niños no los amen. Juan no estaba diciendo que siempre tenemos que sentirnos bien con un hermano, sin embargo, estaba diciendo que siempre tenemos que tratar bien a un hermano.

«El que ama a Dios, ame también a su hermano» (1ª Jn 4.21). Algunos hermanos me irritan. Sin embargo, cuando miro lo que Dios ha hecho por ellos y por mí, reconozco cómo Dios se ha acercado y nos ha unido. ¿Hay alguien en nuestra confraternidad a quien no podamos acercarnos y amar? Nuestra cultura o costumbres podrían interponerse entre nosotros. Sin embargo, una verdad que nos une es el amor de Dios por nosotros.

Recuerdo haber oído hablar del movimiento ecuménico cuando comencé a predicar. Decían que deberíamos ser uno porque todos amamos al mismo Dios. Esa idea tiene cierta validez, sin embargo, note que Juan le dio la vuelta. Estaba diciendo: «Todos debemos amarnos unos a otros porque Dios nos ama a todos».

Cuando Juan habló de amor, no se refería a la emoción que a menudo se llama «amor». Hablaba del amor que requiere esfuerzo.

CONCLUSIÓN

¿Cuánto ama usted a Dios? ¿Cuánto ama a su hermano? Los dos están entrelazados. Amemos a Dios y los unos a los otros con el amor del Nuevo Testamento. Richard Pectol

¿Quién es el verdadero cristiano?

«Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios. Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte.

Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.

Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.

Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén» (1ª Jn 5.9–21).

Un niño había ido a la iglesia con su papá. El predicador usó la palabra «cristiano» varias veces. El predicador dijo que todo el mundo debería ser cristiano. Cuando llegaron a casa, el niño le preguntó a su papá: «¿Qué es un cristiano?». El padre pensó por un minuto y dijo: «Bueno, un cristiano es alguien que cree en Jesús, que ha nacido de nuevo, que ama a todas las personas, que glorifica a Dios en la vida, que les habla a otros acerca de Jesús y que se esfuerza por hacer lo correcto todo el tiempo». El niño miró inocentemente a su padre

y le preguntó: «Papá, ¿alguna vez he visto uno?».

¿Se ha preguntado usted alguna vez si había cristianos verdaderos? Cuando miramos el complejo denominacional y el cuerpo de Cristo que nos rodea, vemos diferentes ideas sobre lo que quiere decir ser cristiano. No es solo un problema moderno; siempre ha estado aquí. Estuvo aquí en el siglo primero. Muchos de los escritos de Pablo son una respuesta a malentendidos sobre quiénes son realmente los cristianos.

Con el gran énfasis en el amor en nuestros tiempos, a menudo vamos a 1ª Juan para estudiar el amor. Aunque se enfatiza el amor, Juan también estaba escribiendo para mostrarnos cómo identificar a los cristianos. El análisis era necesario porque ya estaban surgiendo varias doctrinas falsas que se convertirían en herejía gnóstica en el siglo segundo. Estas doctrinas sostenían diferentes ideas sobre ser cristiano.

Los cristianos, en primer lugar, son aquellos que aceptan la verdad de que Jesús es real, que Él era realmente hombre y realmente Dios (1ª Jn 1.1–3). Juan dijo que los cristianos son personas que reconocen y admiten sus faltas (1ª Jn 1.8–10). Declaró que los cristianos son personas que no aman al mundo, cuyo sistema de valores no está envuelto en ganar dinero, comprar autos y tener lo mejor para comer (1ª Jn 2.15). Incluso advirtió que negar que Jesús vino en la carne no solo era anticristiano, era anticristo (1ª Jn 2.22). Afirmó que ser cristiano quiere decir amar a tu hermano, amar a Dios y guardar los mandamientos de Dios (1ª Jn 5.23). Al concluir el libro, señaló tres verdades que son vitales para ser cristiano.

EL CRISTIANO ACEPTA EL TESTIMONIO DE DIOS

El cristiano acepta el testimonio de Dios (1ª Jn 5.9), no el testimonio del hombre. La forma en que usted determina si es cristiano no es por lo que siente en su corazón. Los cristianos deben sentirse bien en sus corazones. Deben tener un sentimiento seguro de que son salvos. Sin embargo, ese sentimiento no es la prueba del cristianismo porque tal sentimiento se puede sentir sin que una persona

sea cristiana.

El cristianismo no se basa en lo que otras personas piensen de usted o en reglas y estándares que otras personas puedan establecer. Juan dijo:

Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

Estas cosas os he escrito a vosotros que creáis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios (1ª Jn 5.9-13).

La palabra «saber» quiere decir más que conocimiento intelectual o académico; es el conocimiento de la experiencia. Juan dijo, en esencia, «Quiero que experimentes la vida eterna mediante una relación con Jesús. La única forma de tener esa experiencia es creer en el testimonio de Dios».

Usted no puede confiar en sus sentimientos ni puede confiar en lo que dicen otras personas. La única forma en que realmente puede conocer y experimentar esta vida eterna es experimentarla por medio del testimonio de Dios.

UN CRISTIANO TIENE CONFIANZA EN LA ORACIÓN

En segundo lugar, Juan se centró en el tema de la oración en la vida cristiana. Él dijo:

Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho (1ª Jn 5.14, 15).

Usted puede medir su vida espiritual por su actitud para con la oración. ¿Ha orado alguna vez esperando pocos resultados? ¿Alguna vez se ha reunido con la familia para un devocional y simplemente ha seguido la rutina? ¿Se reúne con otros en adoración y ora sin esperar que nada suceda?

Juan dijo que una de las formas en que usted sabe que Dios es su vida es por la actitud que tiene para con la oración. Siempre que pida de acuerdo con la voluntad de Dios, todo lo que pida será respondido. Su vida debe estar de acuerdo con

la voluntad de Dios y sus pedidos no deben ser egoístas. Advirtió sobre ciertas oraciones que ni siquiera deberían ser hechas:

Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte (1ª Jn 5.16, 17).

Juan advirtió que si hacemos peticiones que no son la voluntad de Dios, Dios no las concederá. No podemos orar por un hombre que ha pecado de muerte y esperar que esa oración sea respondida. El cristiano debe tener una vida con Dios y un conocimiento de Su voluntad que le permita orarle y luego creer que Él está escuchando y responderá de acuerdo con Su voluntad.

UN CRISTIANO TIENE CUIDADO DEL ENEMIGO

Juan concluyó 1ª Juan instándonos a tener cuidado con el enemigo. Servir a Dios no es fácil. El cristianismo no es una religión para cobardes que intentan huir de las realidades de la vida. No es un refugio del mundo, sino un campo de batalla. Juan dijo: «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado» (1ª Jn 5.18a). Si usted ha nacido de Dios, buscará limpiar su vida de pecado. Juan declaró: «pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca. Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno» (1ª Jn 5.18b, 19). La persona que es un cristiano fiel ha llegado a un firme entendimiento de la diferencia entre estar en Cristo y en el mundo. Los dos no se pueden mezclar, al igual que el agua y el aceite no se pueden mezclar. Si usted desea servir a Cristo, no puede servir al mundo.

Juan había dicho antes: «no améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1ª Jn 2.15). Jesús lo expresó de manera simple: «No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Mt 6.24). Si pasar un buen rato es lo más importante para usted, quizás Dios no está en su vida. Si acumular dinero es lo más importante para usted, tal vez no se esté protegiendo del enemigo.

Una de las herramientas más exitosas en la guerra es el espionaje. El espionaje incluye más que hacer estallar depósitos de municiones. A veces tiene que ver con destruir la moral del enemigo,

sembrar semillas de duda, destruir el patriotismo, destruir el sustento del esfuerzo que se realiza. El arma más poderosa de Satanás no es el adulterio, la embriaguez ni el robo. Su arma más poderosa es sembrar entre el pueblo de Dios la idea de que pueden llevar una vida tranquila; que pueden ir a la iglesia y ser cristianos y al mismo tiempo participar en el mundo siempre que eviten los extremos. Esa es la mayor arma de Satanás.

Juan dijo:

Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.

Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna (1^o Jn 5.19, 20).

¿Cómo conoce usted a Dios? ¿Cómo sabe usted que es cristiano? Todo regresa a Jesucristo. No requiere de una gran comprensión de filosofía ni de religiones experienciales. Lo que realmente cuenta es nuestra relación con Jesús. Juan concluyó diciendo: «Hijitos, guardaos de los ídolos» (1^o Jn 5.21). ¿Parece a primera vista como que este versículo está fuera de contexto? Parece que Juan terminó toda su carta y descubrió que había olvidado un punto, así que lo colocó al final. No había estado hablando de la idolatría en este libro. Había estado hablando de algo gnóstico, del tipo místico, mostrando que usted no puede permitir que el misticismo y el pietismo reemplacen el verdadero cristianismo. El versículo 21 es casi como una ocurrencia tardía. ¡Pero, no lo es! Juan nos estaba advirtiendo. Estaba diciendo que los gnósticos y místicos que acaban con la verdadera deidad y humanidad de Jesús son idólatras. No es la idolatría pura como la practicaban los corintios; sin embargo, es idolatría.

La anterior es una exhortación importante para

nosotros hoy. Conocemos demasiada Biblia para aceptar cualquiera de las grandes religiones del mundo, especialmente aquellas que involucran idolatría. Sin embargo, podemos dejarnos caer en una forma de idolatría cuando realmente no creemos que la presencia de Jesucristo en nuestras vidas realmente marca la diferencia. Si no experimentamos día a día esa creencia de que Jesús es el Hijo de Dios, que Él es nuestro Maestro, nuestro Salvador, el Redentor de la humanidad, nuestra religión puede convertirse rápidamente en una formalidad que puede convertir el servicio de adoración en idolatría. Incluso podemos convertir la Cena del Señor en idolatría. Imagínese a alguien diciendo: «Si puedo llegar allí el domingo y participar de la Cena del Señor, realmente no importa lo que suceda durante la semana. Tengo mi vida espiritual; tengo todo en orden». No, la adoración y la vida en la iglesia no son fines en sí mismas; son un medio para un fin. Debemos tener cuidado incluso hoy día para mantenernos alejados de los ídolos.

CONCLUSIÓN

¿Quiénes son los verdaderos cristianos? Esa pregunta suena casi descarada, porque suena como un juicio, decir que este es cristiano y el otro no, ¿o no es así? Sin embargo, definitivamente necesitamos hacer la pregunta. También es necesario hacer la pregunta correlativa: «¿Soy yo uno?». ¿Tendría que decirle su hijo: «¿He visto alguna vez a un verdadero cristiano?».

¿Es usted un cristiano? No debemos juzgar a los demás, sino que debemos juzgarnos a nosotros mismos. ¿Oro como debo? ¿Acepto el testimonio de Dios? ¿De verdad lucho contra el enemigo? ¿Hago todo lo que puedo para mantener al mundo fuera de mi vida?

Richard Pectol

Amor en la verdad

«El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros: Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor.»

Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros» (2ª Juan 1-5).

En nuestros días, las palabras que menos se entienden son «amor» y «verdad». «Amor» ha adquirido un significado tan general que puede querer decir cualquier cosa que la gente desee. La «verdad» se ha vuelto tan subjetiva que tampoco tiene un significado real para gran parte del mundo. Aunque Jesús dijo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8.32), la palabra «verdad» ha perdido su significado específico y vital; es solo una generalidad.

Segunda de Juan es una epístola inusual. Es uno de los libros más cortos de nuestra Biblia. Escrita para «la señora elegida», esta carta deja marcado en los destinatarios la interrelación de la verdad y el amor. A Juan se le llama el Apóstol del Amor porque escribió más sobre el amor que cualquier otro apóstol. Sin embargo, también escribió más sobre la verdad, los mandamientos y la obediencia que cualquier otro apóstol. En los primeros cuatro versículos de 2ª Juan se refirió a la verdad cinco veces:

El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros: Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor.

Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre (2ª Jn 1-4; énfasis agregado).

A Juan le preocupaba que las personas conocieran, anduvieran y gozaran de la comunión en la verdad. La verdad es importante. Realmente importa lo que la gente cree y cuál es la base de la fe. La fe tiene que estar cimentada y arraigada en la verdad, la verdad que se centra en la Palabra de Dios y Jesucristo. De hecho, Jesús se refiere a sí mismo como «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14.6). Juan enfatizó tres verdades en esta epístola con respecto a la interrelación de la verdad y el amor.

FIDELIDAD EN LA ADHERENCIA

En primer lugar, dijo que es importante andar en los mandamientos de Dios:

Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio (2ª Jn 4-6).

¿Dónde se origina la verdad? La verdad científica se descubre mediante experimentos. Sin embargo, la verdad religiosa no se descubre mediante experimentos; viene por revelación de Dios. En el último sentido, incluso la verdad científica proviene de Dios.

Juan dijo que esta verdad está ligada al amor de Dios: «Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros» (2ª Jn 5). El amor es un mandamiento. Creemos que no podemos mandar a «amar»; decimos que no podemos controlar a quién amamos. Sin embargo, el amor que Dios ordena puede controlarse porque es más que una emoción. El amor es la forma en que tratamos a las personas; es más genuinamente expresado. Llegarle a alguien que no es de su agrado es verdadero amor.

Jesús dijo que hemos de amar a nuestros enemigos. Si amamos a los que nos aman, somos como los recaudadores de impuestos (vea Mt 5.46). Todos

son amables con las personas que son amables con ellos. Las personas que son difíciles de amar son las que no son lo que queremos que sean. Sin embargo, amar a esas personas es lo que Dios manda: «Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio» (2ª Jn 6). Es algo así como un dilema. En nuestra cultura moderna, interpretamos la obediencia, el deber y los mandamientos como algo negativo; y el amor es positivo. Esto pone el amor de un lado y la obediencia del otro. Sin embargo, Juan dijo que van juntos, como socios, porque el amor a Dios no se encuentra en la desobediencia. El amor a Dios se encuentra únicamente en el cumplimiento de sus mandamientos. La única forma en que podemos mostrar nuestro amor por Dios es haciendo lo que Él nos pide que hagamos. Nuestro amor está ligado a la verdad. Cuando sabemos cuál es la verdad, deseamos hacer la voluntad de Dios, aunque a veces sea una tarea desagradable.

VIGILANCIA EN NUESTRA ATENCIÓN

Después de contarnos la relación entre el amor y la obediencia, Juan advirtió sobre las personas que pueden engañarnos:

Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo (2ª Jn 7, 8).

Pablo advirtió sobre el engaño del pecado. Tenemos que tener cuidado porque no todo lo que se llama bueno a sí mismo es bueno y no todo lo que se dice que es de Dios es de Dios.

Juan dijo que en sus días había personas que se llamaban a sí mismas cristianas sin estar dispuestas a confesar que Jesucristo vino en carne. En el siglo segundo surgió una falsa doctrina de este error. La gente creía que Dios era tan grande y poderoso que no podía tener nada que ver con la carne. Hubo ciertas emanaciones de Dios, dijeron, y una de ellas se convirtió en Jesús, sin embargo, Él no fue realmente Dios. Algunos también creían que aunque Jesús vino en forma corporal, en realidad no se convirtió en un hombre, simplemente se veía como un hombre. Estas creencias se estaban infiltrando en el cristianismo. Juan nos instó a tener cuidado de no perder esas verdades que hemos buscado, sino de recibir un galardón completo.

Muchas personas en los días de Juan tuvieron que dar su vida para ser cristianas. Muchos de ellos tuvieron que pasar algún tiempo en prisión. Juan estaba diciendo, en esencia, «Tengamos cuidado de que, después de hacer todos esos sacrificios, no perdamos nuestro galardón».

Ezequiel dijo: «el alma que pecare, esa morirá» (Ez 18.4; vea 18.20). Ezequiel 18 habla de cierto hombre que comenzó a servir al Señor fielmente, dio mucho, hizo todos los sacrificios y llevó una vida moral; luego, hacia el final de su vida, negó la fe. Ezequiel dijo que toda su justicia fue en vano. Por lo tanto, Juan estaba diciendo que tengan cuidado de no perder su galardón al final.

La verdad es vital. Aquellos que se aferran a la verdad realmente confían en Jesús. Las personas no pueden confiar realmente en Jesús a menos que se aferren a la verdad.

CONSISTENCIA EN LA APLICACIÓN

Juan también abordó otra pregunta: ¿Cómo tratamos a estas personas? Todos conocemos a algunas buenas personas que son engañadas por errores religiosos. Aquellos que los escuchan también están siendo engañados. Juan dijo: «Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo» (2ª Jn 9). En primer lugar, tenemos que darnos cuenta de que no importa cuán buenas sean estas personas, si van más allá de la enseñanza de Cristo, no son de Cristo. No podemos comprometer la verdad.

Juan fue muy específico. Él dijo: «Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras» (2ª Jn 10, 11). Tenemos que mirar el contexto y el escenario del presente pasaje: Este pasaje no quiere decir que no se pueda invitar a la persona a tomar un vaso de té helado en un caluroso día de verano. El punto de Juan fue el de incluir a la persona de tal manera que realmente se apoye su falsa doctrina.

En los días de Juan, los predicadores no eran apoyados como lo son hoy. El dinero escaseaba y las posadas eran pocas. Cuando una persona llegaba a la ciudad a predicar, tenía que encontrar a alguien que le permitiera hospedarse en su casa. Juan estaba diciendo: «Incluso si el prójimo viene diciendo que es cristiano, pero no viene con las buenas nuevas de Jesucristo, no lo apoye». Ciertamente, debe tratar de enseñarle el evangelio, pero

no lo lleve a su hogar ni tenga ninguna asociación que apoye su doctrina. Si lo hace, es tan culpable como el que enseñaba la doctrina.

CONCLUSIÓN

¿Qué estaba diciendo Juan sobre el amor y la verdad? Tenemos que amar a todos. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn 3.16). Si Dios amó tanto al mundo que permitiría que Su Hijo muriera por todas las personas, también debemos amarlas. Sin embargo, decir que las amamos no quiere decir que debemos apoyarlas en sus falsas enseñanzas. Es tentador pensar que una persona religiosa sincera es cristiana a pesar de sus falsas enseñanzas. Juan dijo que no podemos ceder a esta tentación.

Muchas personas religiosas en el mundo piensan que estamos siendo críticos. Las personas creen que cualquiera que haya pasado por una determinada experiencia es verdaderamente nacido de Dios. Sin embargo, no es lo que enseña la Biblia. Tenemos que defender lo que sabemos que es verdad.

A veces es posible desenfocarse. Es posible poner tanto énfasis en la verdad sin tener en cuenta el amor que nos volvemos severos, inflexibles y beligerantes, alejando a las personas del Señor. Sin embargo, por otro lado, podemos desarrollar una actitud sobre el amor, el perdón y la aceptación que nos impida defender la verdad. Tenemos que evitar ambos extremos y practicar la verdad con amor.

La verdad es vital. Hay que creerla y obedecerla. No se puede hacer ningún compromiso con ella.

Richard Pectol

(Viene de la página 2)

su responsabilidad, alentarán a los miembros a andar «en la verdad» y los amarán por su fidelidad. También corregirán a los que son como Diótrefes.

«Santos solidarios». El segundo tipo de cristiano mencionado en 3ª Juan es Gayo. Teniendo en cuenta su carácter, llegamos a la conclusión de que el cumplimiento de la obra del Señor requiere santos solidarios.

Juan le dijo primero a este hermano: «Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma» (vs. 2). ¿Nos gustaría que alguien orara para que podamos prosperar como prosperan nuestras almas? En algunos casos, sería como orar para que las personas se arruinen o se enfermen y mueran; porque espiritualmente están en bancarrota, y sus almas están en su lecho de muerte. En lugar de permitirnos estar en esta posición, ¡esforcémonos por ser espiritualmente saludables, para que alguien pueda decir de nosotros lo que Juan dijo de Gayo! ¡Su alma estaba sana! ¿Cuáles eran las características de su salud espiritual?

Quizás las palabras de Juan sugieran que la vida de Gayo mostraba abundante evidencia de virtudes cristianas, como el amor, la gentileza, la paciencia y la bondad. Sin embargo, hay algunos hechos que podemos saber con certeza sobre Gayo:

Un hecho es que su vida era una vida de verdad: Juan dijo que los hermanos testificaban de su verdad y agregó que Gayo estaba «[andando] en la verdad» (vs. 3). La idea es que obedecía a la verdad. Su vida era congruente con sus creencias; vivía lo que creía.

Además, la vida de Gayo era una vida de servicio. Juan habló de su ayuda a otros en los versículos 5 al 8. Los hermanos mencionados en el versículo 5 era aquellos a quienes Gayo ayudaba: hombres que viajaban de un lugar a otro, predicando la Palabra y llevando a cabo las instrucciones de los apóstoles.

¿Qué hacía Gayo por ellos? Les brindaba ayuda, incluso a extraños, hermanos a quienes aún no conocía. Les servía a estos evangelistas viajeros mientras estaban en su propia área. Con ayudarlos, era *hospitalario* por bien del evangelio.

Se le instó a Gayo a que enviara a estos hermanos cristianos en su camino, y podríamos suponer que lo hizo. La palabra «encaminarlos» sugiere que les ayudaba a pagar sus gastos mientras viajaban desde su casa hasta la siguiente parada de su viaje. Era *generoso* al dar, dispuesto a desprenderse de

su dinero para ayudar a difundir el evangelio.

En otras palabras, les mostraba amor; luego testificaron acerca de su amor ante la congregación (vs. 6a). Era *amoroso*, lo que se demostró por la forma en que ayudaba a sus visitantes. El amor que no es expresado difícilmente puede llamarse amor.

Se necesita el mismo tipo de cristianos en la iglesia hoy. Dichos discípulos no son necesariamente los que van a enseñar y predicar la Palabra o a establecer iglesias en áreas difíciles del mundo. En cambio, incluyen a las personas que apoyan a dichos obreros, sea económica, emocional o personalmente. Se están involucrando de otras maneras, como lo hizo Gayo abriéndoles su casa. La iglesia necesita santos comprensivos que sean hospitalarios, generosos y amorosos.

Cristianos que realizan la obra de la iglesia. La epístola supone la existencia de un grupo de hombres que son predicadores o misioneros: los evangelistas. De ellos podemos aprender que, si se va a hacer la obra de la iglesia, se necesitan soldados abnegados. Juan dijo: «Porque ellos salieron por amor del nombre de El, sin aceptar nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad» (vss. 7, 8).

¿Qué aprendemos sobre estos hombres? 1) Recordaban estar agradecidos por lo que se hacía por ellos y alabar a quienes les habían ayudado. Juan le dijo a Gayo: «han dado ante la iglesia testimonio de tu amor» (vs. 6a). 2) Su objetivo singular era servirle a Dios; ellos «salieron por amor del nombre de El» (vs. 7a). 3) Estaban dispuestos a hacer sacrificios por el Señor; salieron «sin aceptar nada de los gentiles» (vs. 7b).

Estos soldados de Cristo hacían sacrificios económicos. Se necesita de una fe considerable para que alguien se ponga en marcha en tales circunstancias, sin garantía de apoyo, dependiendo de los hermanos en cada lugar para recibir hospitalidad y obsequios, y no aceptar la ayuda de los incrédulos. Con frecuencia (y no solo en el caso de predicadores o misioneros), el servicio incondicional a Dios requiere sacrificios económicos.

Sin embargo, la idea principal que queremos hacer notar es que estos hombres estaban liderando el avance del reino del Señor. Eran como los «soldados de primera línea» del ejército de Dios. Estaban dedicando toda su vida a difundir el reino. Tenemos que tener hombres como estos en la iglesia: predicadores y misioneros cuyo objetivo principal en la vida es proclamar la Palabra.

No todo el mundo tiene que hacer esa labor, sin embargo, algunos tienen que estar dispuestos a responder al llamado de dedicarse a una vida de predicación del evangelio.

Cuando los cristianos participan en este tipo de labor, se tienen que valorar sus esfuerzos. Juan animó a Gayo a apoyar a estos hermanos. 1) Dijo que los evangelistas debían ser encaminados «como es digno de su servicio a Dios» (vs. 6b). 2) También alentó su apoyo diciendo que salieron «sin aceptar nada de los gentiles» (vs. 7b). Por lo tanto, instó diciendo: «debemos acoger a tales personas» (vs. 8a). Su sacrificio merece nuestros sacrificios, nuestra generosidad. 3) Luego agregó que, cuando apoyamos a estos obreros, nos convertimos en «[cooperadores] con la verdad» (vs. 8b). En otras palabras, somos partícipes de su labor. Lo que sea que ellos logren, lo logramos nosotros.

Con respecto al versículo 11, los comentaristas están de acuerdo en que «lo malo» se refiere a Diótrefes y «lo bueno» se refiere a Demetrio. El mensaje de este versículo es «No sean como Diótrefes; más bien, sean como Demetrio, a quien ahora describiré».

Los obreros a tiempo completo que Juan describió probablemente incluían a Demetrio: «Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero» (vs. 12).

¿Quién era Demetrio? No se sabe nada de él excepto lo que Juan escribió en esta epístola. Probablemente era la persona que llevaba la carta por Juan.

Podemos ver el testimonio de su carácter: «Todos» daban testimonio de su fidelidad; «la verdad misma» da testimonio de su obra, en el sentido de que vivía de acuerdo con la verdad. Juan también dio testimonio de su buen carácter. Todo cristiano debe esforzarse por vivir de tal manera que puedan hacerse los mismos comentarios sobre él o ella.

Cristianos que obstaculizan la obra de la iglesia. Al hablar de Diótrefes, la epístola describe un segundo tipo de cristiano: uno que no ayuda a realizar la obra, sino que de alguna manera la obstaculiza.

¿Qué hizo Diótrefes que estaba mal? No recibió a los soldados abnegados: «no recibe a los hermanos» (vs. 10). Además de eso, impedía que otros les dieran la bienvenida, llegando incluso a expulsarlos de la iglesia, excomulgándolos.

Incluso se negó a aceptar la autoridad de Juan, el apóstol. Juan había escrito una carta a la

iglesia sobre la cual Diótrefes ejercía liderazgo, sin embargo, Diótrefes la había ignorado (vs. 9). No hay indicios de que la carta fuera 1ª o 2ª Juan. Más bien, probablemente se trataba de una carta relacionada con el ánimo y el apoyo de los evangelistas viajeros. Juan dijo acerca de Diótrefes: «Yo he escrito a la iglesia; pero [...] [él] no nos recibe [...] parlotando con palabras malignas contra nosotros» (3ª Jn 9b, 10). Quizás tenía su propia versión del evangelio. Puede que no estuviera de acuerdo con algo que enseñaba Juan. Podría haber sido un falso maestro. En cualquier caso, se negaba a aceptar la autoridad de Juan.

¿Por qué Diótrefes se negaba a recibir a los evangelistas viajeros y por qué rechazaba la autoridad de Juan? Juan explicó: «le gusta tener el primer lugar entre ellos» (vs. 9b). Diótrefes era un constructor de imperios, y la congregación local era su imperio. No quería que nadie, ya fuera Juan el apóstol o los evangelistas viajeros, interfiriera con su dirección de la congregación o socavara su autoridad.

¿Hay hombres así hoy? Los he visto: hombrecillos que construyen imperios, que quieren ser los primeros. Su objetivo es gobernar una congregación en lugar de servirle. Quieren lograr esto sin ninguna interferencia de miembros dentro de la congregación o de predicadores fuera de la congregación.

La mayoría de los problemas de la iglesia local, aunque no todos, son el resultado del deseo de ser «el primero», el ansia de poder. La mayoría de los problemas de la iglesia son realmente sobre quién está a cargo, quién tendrá el poder. Probablemente, hay al menos un poco de Diótrefes en cada uno de nosotros; el deseo de preeminencia es parte de la condición humana. Si es así, es un deseo contra el que tenemos que luchar, especialmente en la iglesia. Nuestro objetivo tiene que ser seguir el ejemplo de Jesús. Él dijo: «y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mr 10. 44, 45).

Si nuestro objetivo es «ser el primero», ser un amo en lugar de un siervo, entonces la obra de la iglesia se verá obstaculizada. Necesitamos recordar este dicho: «Es asombroso cuánto bien puede lograrse si no importa quién recibe el crédito».

Por supuesto, otros cristianos pueden tener un efecto negativo en la obra de la iglesia: 1) Aquellos que promueven la enseñanza falsa, o que no

predican el evangelio como está escrito, dañan la iglesia. 2) Los que continúan en pecado traen oprobio a la iglesia. 3) Los que se niegan a contribuir a la iglesia —que no dan de su presencia, su tiempo, su dinero o sus talentos a la iglesia— inhiben el crecimiento de la iglesia. 4) Los que no seguirán el liderazgo de los ancianos son un detrimento para la iglesia. A veces, el problema de la iglesia no consiste en un liderazgo deficiente, sino en seguidores deficientes. 5) Los que causan disensión en la iglesia criticando sin causa impiden que la iglesia cumpla su misión.

Conclusión. Cuando yo estaba en noveno año, era mariscal de campo en un equipo de fútbol de secundaria en Moore, Oklahoma. Teníamos un entrenador apasionado. Un día, durante la práctica, se suponía que yo debía liderar el bloqueo. De alguna manera, cometí un error al ejecutar la obra. Accidentalmente me coloqué frente al portador de la pelota y lo derribé. El entrenador me gritó: «¡Roper, si no puedes bloquear, al menos quítate del camino!».

Su amonestación es un buen consejo para algunos de los que obstaculizan la obra de la iglesia. Queremos decirles: «Si no pueden bloquear, es decir, si no pueden o no quieren ayudar a despejar el camino para la obra de la iglesia, ¡al menos sálganse del camino!». Tenemos que tener cuidado de no obstruir la labor de la iglesia. No queremos impedir que otros hagan lo que pueden hacer. No impidamos que la iglesia logre aquello para lo que ha sido diseñada.

¿Qué es usted? ¿Es un líder amoroso, un santo solidario o quizás un soldado abnegado? ¿Es usted, en cambio, como Diótrefes, alguien que impide que la iglesia tenga éxito o arruina la obra de la iglesia de alguna otra manera? ¿Es usted alguien que ayuda o alguien que obstaculiza, alguien que edifica la iglesia o alguien que la derriba? ¿Ayuda y asiste y promueve la obra de la iglesia, o se opone a ella?

Si ha impedido que la iglesia tenga éxito debido a su vida pecaminosa, ahora es el momento de corregirlo.
Coy Roper

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).